INSTITUTO MARX-ENGELS-LENIN • MOSCU

LA LUCHA DE GUERRILLAS A LA LUZ DE LOS CLASICOS DEL MARXISMO-LENINISMO

Recopilación



Primera edición en Colombia: junio de 1976

EDICIONES LIBRO ABIERTO
Apartado aéreo 14161
Bogotá — Colombia.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

INTRODUCCION

La segunda guerra mundial demuestra que el movimiento popular de guerrilleros no sólo no ha perdido su razón de ser en el siglo de los aviones y de los tanques, de los ejércitos de masas y de las armas automáticas, sino que, por el contrario, se ha desarrollado con una fuerza tal, como la historia no había conocido hasta ahora.

Las acciones de guerrillas, en el verano del año 1944, comprenden territorios inmensos de Europa. De manera brillante ponen fin a su heroica epopeya de más de tres años los guerrilleros soviéticos, que han dado al mundo ejemplos prodigiosos de la lucha de guerrillas en el siglo XX. Los guerrilleros de Yugoslavia, que han creado un ejército regular bajo la dirección del mariscal Tito y se han ganado el reconocimiento general, se baten por la libertad y la independencia de su patria. Actúan con éxito los guerrilleros de Grecia y Bulgaria. Francia e Italia viven momentos de un impetuoso ascenso del movimiento de guerrilleros. Los intrépidos patriotas de la pequeña Dinamarca combaten de manera excelente. En una palabra, por todas partes, en los países ocupados por los invasores alemanes, las masas populares han emprendido el camino de la guerra de guerrillas y pelean con todos los medios a su alcance en favor de su liberación nacional.

No hay duda de que el movimiento de guerrilleros está llamado a jugar un serio papel en la liberación de los pueblos de la Europa ocupada del yugo del fascismo alemán. Los patriotas en armas alzados a la lucha contra los opresores hitlerianos pueden prestar y prestan una ayuda no pequeña al gran Ejército Rojo y a las tropas anglo-americanas en la liberación de los pueblos europeos del yugo alemán.

Con cuanta mayor rapidez y decisión se alce la población de los países europeos ocupados contra los invasores hitlerianos, con tanta mayor celeridad llegará la hora deseada de su liberación y de la derrota total de Alemania.

En estas condiciones ofrecen un señalado interés los trabajos de Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre el movimiento de guerrilleros.

Los más grandes pensadores de la humanidad y campeones de la lucha por la libertad e independencia de los pueblos y por los intereses de las grandes masas trabajadoras, los fundadores del socialismo científico abordaron, entre otros, los problemas de la lucha armada de los pueblos contra los opresores extranjeros por su liberación nacional.

Las obras de los clásicos del marxismo-leninismo reunidas en la presente recopilación fueron escritas en una situación diferente de la actual, en condiciones históricas distintas a las de hoy.

Las consideraciones de Marx y Engels se refieren preferentemente al período de la guerra del pueblo francés contra los prusianos en el año 1871, así como a la guerra de los españoles contra la invasión napoleónica.

Los trabajos de Lenin y los primeros artículos de Stalin están consagrados sobre todo a las acciones de guerrillas en Rusia contra el absolutismo zarista.

Sin embargo, los trabajos de los clásicos del socialismo científico acerca de estos problemas tienen también una enorme importancia en las condiciones actuales para desplegar el movimiento activo de liberación nacional de los pueblos contra los opresores fascistas alemanes.

Y las indicaciones de Stalin sobre la guerra de guerrillas contra los alemanes en las tierras soviéticas que estuvieron temporalmente ocupadas, son un excelente modelo para las acciones de los patriotas en la lucha por la expulsión de los invasores hitlerianos y por su completa derrota.

El planteamiento, en el terreno de los principios, del problema de la necesidad y de la posibilidad del movimiento de guerrilleros desde el punto de vista de los representantes avanzados del pueblo, el método con el que Marx, Engels, Lenin y Stalin abordan el problema de la organización y dirección de las acciones de guerrillas por el Partido

de la clase obrera, todo esto puede servir a la gran causa de la lucha contra el fascismo alemán en nuestros días.

Los materiales de esta recopilación testimonian que los clásicos del marxismo-leninismo han sido brillantes conocedores del arte militar y han considerado necesario para los representantes de la clase obrera y de su Partido el profundo conocimiento de los problemas militares en la teoría y en la práctica.

La importancia de esta cuestión ha sido magníficamente precisada por Lenin, que ya en el año 1905 señalaba que ni un solo partidario del marxismo «ha dudado nunca de la inmensa significación de los conocimientos militares, de la inmensa importancia de la técnica militar y de la organización militar, como instrumentos que utilizan las masas del pueblo y las clases del pueblo para la solución de los grandes choques históricos». (Véase la presente recopilación, pág. 69).

Los materiales que figuran en este libro demuestran hasta qué punto ha sido profundo y multilateral el estudio hecho por Lenin de los problemas del movimiento guerrillero, comenzando por su fundamentación teórica y terminando por detalles de la técnica de la guerra de guerrillas como el de preparar granadas de mano e impregnar trapos de petróleo para la provocación de incendios.

En sus recuerdos, Krúpskaia escribe acerca del trabajo realizado por Lenin en el terreno del arte militar: «Se dedicaba a esto mucho más de lo que se sabe, y sus conversaciones acerca de los grupos de choque durante la guerra de guerrillas, sobre los «grupos de cinco y de diez» no eran pura charlatanería de un profano, sino un plan meditado en todos sus aspectos».

Stalin — el más grande teórico del socialismo científico en nuestra época — es, además, un genio mundialmente reconocido del arte militar. Bajo su dirección, el Ejército Rojo ha arrojado a las hordas hitlerianas de la tierra soviética y continúa derrotándolas con todo éxito, llevando a los pueblos de los países ocupados de Europa la liberación del yugo fascista alemán.

Y el comienzo de la actividad militar de Stalin se refiere al tiempo en que estudió los problemas de la lucha armada por la liberación de los pueblos de Rusia, los problemas del movimiento de guerrillas en el año 1905.

En el transcurso de largos años Lenin y Stalin enseñaron a los hom-

bres avanzados de Rusia y al pueblo soviético a comprender la importancia del arte militar para la defensa de los intereses populares, de la libertad e independencia de la patria. Y esto dió sus fructuosos resultados para la defensa de la joven República Soviética en los años 1918-1920 y en el período de la grave agresión fascista alemana contra la U.R.S.S., durante el cual el pueblo soviético, su Ejército Rojo y los guerrilleros en la retaguardia del enemigo han dado a todo el mundo prodigiosos ejemplos de maestría militar, de heroísmo y arrojo en las batallas contra el enemigo de toda la humanidad civilizada: la Alemania hitleriana.

Los grandes ejemplos de la actividad de Lenin y Stalin y los trabajos teóricos de los clásicos del marxismo sobre el movimiento de guerrilleros ayudarán mejor que nada a asimilar a este respecto los puntos de vista justos. La popularización de estos puntos de vista entre las grandes masas populares que gimen bajo el yugo de los opresores extranjeros y la utilización de los principios teóricos del marxismo en cuanto al movimiento de guerrilleros en consonancia con las condiciones de los diferentes países, han de servir a la causa de la más rápida derrota de Alemania y sus satélites y ayudarán a los pueblos a recobrar la libertad y la independencia.

* * *

La presente recopilación ha sido preparada por la colaboradora científica del Instituto Marx—Engels—Lenin R. Koniushaia, bajo la redacción de V. Ponomarev, que ha escrito la introducción.

MARX Y ENGELS
SOBRE
LA LUCHA DE GUERRILLAS

LA GUERRA DE GUERRILLAS EN FRANCIA CONTRA LOS INVASORES PRUSIANOS, EN LOS AÑOS 1870-1871

De la carta de Marx a Ludwig Kugelmann del 13-XII-1870

... Es una idea puramente hohenzollerniana la de que el pueblo comete un crimen al continuar defendiéndose por su cuenta y riesgo cuando todo su ejército permanente ha sido destruído. En realidad, la guerra popular prusiana contra Napoleón I fué una verdadera nube en el ojo del bravo Federico-Guillermo III, como cabe persuadirse de esto por el trabajo histórico del profesor Pertz sobre Gneisenau, que con sus órdenes sobre el Landsturm (milicia) elevó la guerra de guerrillas a la categoría de sistema. Así pues, Federico-Guillermo III se indignaba por el hecho de que el pueblo luchase por su cuenta y riesgo e independientemente de las disposiciones dadas por su grandeza imperial.

Por lo demás, las cosas están aún por ver. La guerra en Francia puede todavía tomar unos derroteros totalmente «inesperados». La resistencia del ejército del Loira «no entraba» en los cálculos, y la actual dispersión de las fuerzas militares alemanas a diestro y siniestro puede tan sólo aterrorizar a la población, pero lo único que en realidad da por resultado es el despertar en todas partes la fuerza defensiva y debilitar la fuerza ofensiva. Incluso la amenaza de bombardear París no es otra cosa que un simple truco. A juzgar por todas las reglas de la teoría de las probabilidades, esto no puede producir sobre París una impresión seria. Serán desmanteladas unas cuantas fortificaciones del recinto exterior, se abrirá una brecha, pero ¿qué se sacará de esto si el número de los sitiados es mayor que el número de los sitiadores? Y si los sitiados realizan salidas con excepcional éxito, obligando al enemigo a defenderse en sus trincheras, ¿qué será cuando los papeles cambien?

El único medio seguro es obligar a París a entregarse por hambre. Pero si este sitio se prolonga lo suficiente para dar posibilidad de formar un ejército y desarrollar la guerra popular en provincias, el cerco no alcanzará sus objetivos y lo único que hará será trasladar el centro de gravedad a otro lugar.

F. Engels

LA SITUACION MILITAR EN FRANCIA

Ayer llamábamos la atención sobre el hecho de que, desde la capitulación de Sedán, han mejorado considerablemente las perspectivas de Francia y que incluso la caída de Metz y el hecho consiguiente de haber quedado libres 150.000 soldados alemanes, en el momento actual no representan una desgracia tan catastrófica como parecía en un principio. Si hoy volvemos a referirnos a esta misma cuestión, lo hacemos para demostrar todavía mejor la razón de este punto de vista con algunos detalles de carácter militar.

La disposición de los ejércitos alemanes hacia el 24 de noviembre, en cuanto esto se ha podido determinar, era la siguiente:

Cerco de París: Tercer ejército (cuerpos 2°, 5° y 6° y el 2° de Baviera, la división 21, la de Würtemberg y la de la Guardia del Landwehr) y el, Cuarto ejército (4° y 12° cuerpos y un cuerpo de la Guardia); en total, 17 divisiones.

Ejército de observación, que protege el cerco: al norte, Primer ejército (1° y 8° cuerpos); por el oeste y suroeste, el ejército del duque de Mecklenburg (divisiones 17 y 22 y primer cuerpo de Baviera); por el sur, el Segundo ejército (3°, 9° y 10° cuerpos y una división del Landwer, parte de la cual fué derrotada por Ricciotti Garibaldi, en las cercanías de Châtillon); en total, quince divisiones.

Con misiones especiales: en el sureste de Francia, el 14° cuerpo (de Werder, compuesto de 2 divisiones y media) y el 15° cuerpo; en Metz y en Thionville, el 7° cuerpo; en la línea de comunicaciones, por lo menos, división y media del Landwehr; en total, no menos de ocho divisiones.

De estas cuarenta divisiones de infantería, las primeras diecisiete, hasta el momento presente, están por entero entretenidas en París; dada la inmovilidad de las últimas ocho divisiones, se puede juzgar que a duras penas cumplen la tarea que les está encomendada. Para las operaciones militares quedan todavía quince divisiones, que componen tres ejércisos de observación y que, contando la caballería y la artillería, representan una fuerza numérica no superior a 200 mil combatientes.

Así pues, hasta el 9 de noviembre parecía que no había serios obstáculos que impidiesen a esta masa de hombres invadir la mayor parte de la Francia central e incluso de la Francia meridional. Pero desde entonces las cosas han cambiado considerablemente. No es tan importante el hecho de que von der Tann fué derrotado y obligado a retirarse o que D'Aurelle demostró su capacidad de mandar bien a sus tropas, lo que nos ha hecho estimar el ejército del Loira considerablemente más de lo que, hay que reconocerlo, lo estimábamos antes; son, principalmente,

importantes las enérgicas medidas tomadas por Moltke contra la campaña que él esperaba emprendería el ejército del Loira sobre París, lo que colocó a este ejército en una situación completamente diferente. Moltke no sólo consideró necesario tener dispuestas contra dicho ejército, incluso con riesgo de levantar de hecho el cerco de París, una gran parte de las fuerzas que bloquean a la capital por la parte sur, sino que cambió de súbito la dirección del movimiento de los dos ejércitos que venían de Metz, a fin de acercarlos más a París y concentrar a todas las tropas alemanas alrededor de esta ciudad; ahora sabemos también, además, que fueron adoptadas medidas para circundar de fortificaciones defensivas el dispositivo del asedio. Sea cual sea la opinión de otras personas, Moltke, evidentemente, considera el ejército del Loira no simplemente como un conglomerado de hombres armados, sino como un verdadero ejército, que constituye una fuerza amenazante.

El anterior desconocimiento del carácter de este ejército era, en grado considerable, resultado de las informaciones de los corresponsales ingleses que se encuentran en Tours. Entre ellos, por lo visto, no hay ni un solo militar, capaz de señalar los rasgos característicos que distinguen a un ejército de una multitud de hombres en armas. A diario se recibían los datos más contradictorios referentes a la disciplina, a los progresos hechos en la instrucción, al número, al armamento, a los equipos, a la artillería, al transporte, dicho en pocas palabras, todos los datos fundamentales a base de los cuales podría formarse opinión acerca del ejército del Loira. Todos nosotros sabemos las enormes dificultades que acompañaron a la formación de este nuevo ejército: insuficiencia de oficiales, de armamento, de caballos, de toda clase de material, y, en particular, insuficiencia de tiempo. Los comunicados recibidos por nosotros se referían sobre todo a estas dificultades, y como resultado el ejército del Loira era en general subestimado por aquellos que no se dejan llevar en sus juicios por sus simpatías personales.

Ahora estos mismos corresponsales ensalzan todos a una a este ejército. Se dice que dispone de mejores oficiales y que es más disciplinado que el ejército que pereció en Sedán y Metz. Indudablemente, esto es así hasta cierto punto. La moral de este ejército, por lo visto, es considerablemente mejor que nunca lo fué la moral de los ejércitos bonapartistas; se advierte la decisión de cumplir el deber contraído ante el país, actuar de manera coordinada, subordinarse a las órdenes superiores dadas a este respecto. Además, este ejército ha vuelto a aprender algunas cosas muy importantes que el ejército de Luis-Napoleón había olvidado por completo: el servicio de protección, el arte de cubrir los flancos y la retaguardia contra inopinados ataques, explorar al enemigo, caer de sorpresa sobre sus destacamentos, consiguiendo informes y capturando prisioneros. El corresponsal del «Times» en el Cuartel General del duque de Mecklenburg aduce pruebas de esto. Ahora, son los prusianos

los que no pueden saber dónde se encuentra su enemigo y deben actuar a ciegas; antes era precisamente al contrario. Un ejército que ha aprendido esto, ha aprendido mucho. Pero no debemos olvidar que el ejército del Loira, al igual que sus gemelos, el ejército del Oeste y el del Norte, debe, no obstante, demostrar aún su valor en una gran batalla contra un ejército aproximadamente igual en número. Pero en general este ejército hace abrigar las mayores esperanzas, y están dadas las circunstancias que permiten tener la seguridad de que incluso una derrota grave no le ocasionará tanto daño como el que comúnmente produce a la mayoría de los ejércitos recién formados.

Es un hecho que las brutalidades y crueldades de los prusianos, en lugar de abatir la resistencia popular, han duplicado la energía de ésta, y hasta tal punto es así, que los prusianos, al parecer, han comprendido su error; ahora casi no oímos hablar de incendios de aldeas y de apaleamiento de campesinos. Pero la conducta cruel de los prusianos ha hecho ya su efecto, y la guerra de guerrillas adquiere cada día mayores dimensiones. Cuando leemos en el «Times» un comunicado dando cuenta del avance del duque de Mecklenburg hacia Le Mans, sin haber visto al enemigo, sin que hayan aparecido tropas regulares de ninguna clase que ofrecieran resistencia, sino únicamente la caballería y los guerrilleros atacando en los flancos; cuando no hay ningún dato sobre el lugar donde se encuentran las tropas francesas, y las tropas prusianas se mantienen aglomeradas en grandes destacamentos, recordamos sin querer las marchas de los mariscales de Napoleón en España o de las tropas de Bazaine en Méjico. Y una vez que se ha despertado este espíritu de la resistencia popular, incluso un ejército de 200.000 hombres no irá muy lejos en la ocupación de un país hostil. Un ejército así alcanza rápidamente el límite pasado el cual sus destacamentos vienen a ser más débiles que las fuerzas de los que se defienden; de la energía de la resistencia popular depende por entero la rapidez con que haya de alcanzarse este límite. Así pues, incluso un ejército derrotado encuentra bien pronto un lugar a resguardo de la persecución del adversario, a condición de que el pueblo de este país se levante en armas, y esto es lo que precisamente puede ocurrir ahora en Francia. Y si la población de las regiones ocupadas por el enemigo se alza a la insurrección o cuando menos son interrumpidas constantemente las líneas de comunicación del enemigo, en ese caso, se acerca aún más el límite tras el cual la invasión deviene impotente. A nosotros, por ejemplo, no nos extrañará que el avance del duque de Mecklenburg, si éste no recibe un fuerte apoyo del príncipe Federico-Carlos, resulte ya desde ahora un paso demasiado aventurado.

En el momento presente todo depende, naturalmente, de París. Si París se mantiene todavía un mes (y los comunicados acerca de la situación en cuanto a las reservas de víveres en el interior de la ciudad

no excluyen en modo alguno esta posibilidad), Francia podrá crear un ejército de operaciones lo suficientemente grande para, con ayuda de la resistencia del pueblo, levantar el sitio mediante una afortunada ofensiva sobre las comunicaciones de los prusianos. El mecanismo de la organización del ejército, por lo visto, funciona en Francia en la actualidad bastante bien. Hay más hombres de los que hacen falta; gracias a los recursos de la industria moderna y a la rapidez de los modernos medios de comunicación, el armamento se obtiene en proporciones inesperadamente grandes; tan sólo de América han llegado 400.000 fusiles; la artillería se fabrica en Francia con una celeridad hasta ahora completamente desconocida e incluso se encuentran oficiales o se les prepara de una u otra manera. En resumen, los esfuerzos hechos por Francia después de Sedán para la reorganización de su defensa nacional, no tienen igual en la historia, y para alcanzar un éxito casi seguro necesitan tan sólo de una cosa: tiempo. Si París resiste aunque sólo sea un mes más, esto contribuirá fuertemente al éxito. Si París no tuviese víveres para este período de tiempo, Trochu puede intentar abrirse paso a través de la línea del cerco con aquellas de sus tropas que sean adecuadas para esto; y sería demasiado temerario afirmar ahora que no puede alcanzar el éxito. Y si obtiene éxito, los alemanes, para mantener el orden en París, necesitarán aún, a pesar de todo, una guarnición formada cuando menos por tres cuerpos de ejército prusianos, de forma que Trochu liberaría mayor cantidad de franceses que alemanes liberados por la entrega de París. Lo que han podido hacer los franceses defendiendo París, nunca lo podrían hacer los alemanes, tomando esta fortaleza y defendiéndola de los franceses. Serían precisos tantos hombres para reprimir la resistencia popular en el interior de la ciudad, como para la ocupación de las fortificaciones y para rechazar los ataques desde el exterior. Así pues, la caída de París puede, pero no es obligado que deba traer consigo la caída de Francia.

Ahora es el momento menos oportuno para hacer conjeturas sobre la posibilidad de uno u otro giro de la guerra. No conocemos de manera aproximada más que un hecho: la fuerza del ejército prusiano. Del otro, de la fuerza numérica e intrínseca de las tropas francesas sabemos demasiado poco. Y además, ahora actúan factores morales, que no admiten cálculo alguno y de los que podemos tan sólo decir que todos ellos son favorables para Francia y desfavorables para Alemania. Una cosa parece indiscutible: las fuerzas beligerantes se equilibran precisamente ahora más que nunca lo estuvieron después de Sedán, y el reforzamiento relativamente pequeño de los franceses con tropas instruídas podría establecer por entero el equilibrio.

Publicado en «Pall Mall Gazette», de Londres, núm. 1806, sábado 26 de noviembre de 1870

LAS PROBABILIDADES DE LA GUERRA

La última derrota del ejército francés del Loira y la retirada de Ducrot al otro lado del Marne (suponiendo que este repliegue haya tenido el carácter decisivo que se comunicaba el sábado) determinan definitivamente la suerte de la primera operación combinada emprendida para la liberación de París. Esta ha fracasado por completo y la opinión pública comienza de nuevo a preguntar si esta nueva serie de reveses no prueba la incapacidad de los franceses para una afortunada resistencia ulterior y si no es mejor suspender de golpe el juego, entregar París y firmar la cesión de Alsacia y Lorena.

Se trata de que la gente ha perdido toda idea de lo que significa una verdadera guerra. La guerra de Crimea, la de Italia y la austro-prusiana fueron todas ellas guerras simplemente ordinarias, guerras de gobiernos que firmaban la paz en cuanto su mecanismo militar era destruído o se veía desgastado. Una verdadera guerra, una guerra en la que participe la nación misma, no la hemos visto en el Centro de Europa ya en el curso de unas cuantas generaciones. La hemos visto en el Cáucaso, en Argel, donde la lucha continuó durante más de veinte años casi sin interrupción; la hubiéramos podido ver en Turquía, si los turcos hubiesen recibido de sus aliados autorización para defenderse con sus propios y primitivos medios. Pero el hecho es que nuestros convencionalismos conceden el derecho de una efectiva autodefensa tan sólo a los bárbaros; consideramos que los Estados civilizados han de batirse con arreglo a la etiqueta y que la verdadera nación no va a hacerse culpable de un hecho tan incivil como la continuación de la lucha después de que la nación oficial se haya visto obligada a entregarse.

Y en el momento presente los franceses cometen una incivilidad de este género. Con disgusto de los prusianos, que se consideran los mejores conocedores de la etiqueta militar, los franceses continúan batiéndose resueltamente desde hace tres meses, después de que el ejército francés oficial ha sido eliminado del campo de batalla: han hecho incluso lo que su ejército oficial no pudo hacer nunca durante esta guerra. Han conseguido un gran éxito y otros muchos menores; han capturado al enemigo cañones, convoyes y prisioneros. Verdad es que acaban de sufrir una serie de rudas derrotas; pero estas derrotas no son nada en comparación con las que su ejército oficial estaba acostumbrado a sufrir de manos de este mismo enemigo. Es cierto que el primer intento de romper el bloqueo de París mediante una ofensiva simultánea desde dentro y desde fuera ha sufrido completo fracaso, pero ¿es que hay que deducir de aquí inexcusablemente que no les han quedado posibilidades para un segundo intento?

Ambos ejércitos franceses, tanto el de París como el del Loira, según el testimonio de los mismos alemanes, se han batido bien. Ciertamente, han sido derrotados por fuerzas numéricamente inferiores, pero había que esperar eso de tropas bisoñas, que acababan de ser organizadas y que se enfrentaban con tropas veteranas. Sus movimientos tácticos bajo el fuego, según las palabras del corresponsal del «Daily News», que sabe lo que escribe, fueron rápidos y seguros; si les faltó precisión, esto es un defecto común a muchos ejércitos franceses victoriosos. Una cosa no deja lugar a dudas y es que estos ejércitos han demostrado que son verdaderos ejércitos, a los que sus enemigos deberán tratar con el debido respeto. Indudablemente, están formados de los elementos más heterogéneos. Hay batallones de línea con diferente número de viejos soldados; hay fuerzas móviles de diferente valor combativo, desde batallones instruídos y armados, que cuentan con sus correspondientes oficiales, hasta batallones de reclutas bisoños, que no tienen aún una instrucción militar elemental; hay guerrilleros de toda clase: buenos, malos y regulares; la mayoría de ellos, probablemente, pertenece a esta última categoría. Pero en todo caso hay un núcleo de buenos batallones fogueados, en torno a los cuales pueden agruparse los restantes; si en el curso de un mes toman parte en diferentes combates, evitando grandes derrotas, de todos ellos se obtendrán excelentes soldados. Con una mejor estrategia, ahora también podrían tener éxito, y la única estrategia que se exige en el momento actual consiste en el aplazamiento de toda batalla decisiva, lo que creemos que puede ser conseguido.

Pero las tropas concentradas en Le Mans y cerca del Loira, no representan ni mucho menos todas las fuerzas armadas de Francia. Se tiene aún, por lo menos, 200 ó 300 mil hombres, de los que ahora se está formando destacamentos en puntos más alejados de la retaguardia. Cada día su capacidad combativa aumenta más y más. En el transcurso, cuando menos, de cierto tiempo, cada día debe dar al frente una cantidad incesantemente creciente de soldados frescos. Detrás de ellos hay ya multitud de hombres dispuestos a ocupar el lugar de los primeros. Armas y municiones llegan a diario en grandes cantidades; con las modernas fábricas de cañones y de fundición, con el telégrafo y los barcos, teniendo dominio en el mar, no hay que temer la falta de todo esto. En el plazo de un mes se producirá también un enorme cambio en la capacidad combativa de estos hombres; y si se les diera dos meses, constituirían un ejército capaz de turbar fuertemente la tranquilidad de Moltke.

Además de estas fuerzas más o menos regulares, existe una numerosa Milicia Nacional, la masa del pueblo, llevada por los prusianos hasta la guerra defensiva, que, según las palabras del padre del rey Guillermo, legitima todos los medios. Cuando «Fritz»(1) avanzaba de Metz a Reims, de Reims a Sedán y de aquí a París, no se hablaba ni una pala-

bra de la insurrección del pueblo. Las derrotas de los ejércitos imperiales eran acogidas con una especie de estupor general; veinte años de régimen imperial habían habituado a las masas populares a una subordinación obtusa y pasiva a la dirección oficial. En algunas partes se encontraban campesinos que participaban en combates efectivos, como en Bazeille, pero eran excepciones. Sin embargo, apenas los prusianos se situaron en torno a París y sometieron a las localidades circundantes al sistema devastador de las requisas, efectuadas sin consideración alguna, apenas comenzaron a fusilar a los guerrilleros y a quemar las aldeas que prestaban ayuda a los guerrilleros, en cuanto rechazaron las propuestas de paz de los franceses y declararon sus intenciones de llevar a cabo una guerra de conquista, todo esto cambió. Por todas partes en torno a ellos, estalló la guerra de guerrillas, provocada por sus propias crueldades, y ahora basta que entren en un nuevo departamento para que por todas partes se ponga en pie la Milicia Nacional. Quien lea en los periódicos alemanes las informaciones que dan cuenta del avance del ejército del duque de Mecklenburg y del príncipe Federico-Carlos, en seguida advertirá qué extraordinaria influencia ha tenido en su movimiento de avance esta insurrección del pueblo, incapturable, que tan pronto desaparece como vuelve a aparecer y que siempre es amenazante. Incluso la numerosa caballería, a la que los franceses no tienen casi nada que oponer, ha sido neutralizada en considerable medida por esta hostilidad general activa y pasiva de la población.

Examinemos ahora la situación de los prusianos. De diecisiete divisiones situadas ante París, no pueden, naturalmente, distraer ni una sola, mientras Trochu puede en cualquier fecha repetir sus salidas en masa. Las cuatro divisiones de Manteuffel en Normandía y Picardía tendrán todavía durante cierto tiempo tanta tarea, que apenas si podrán realizarla; además, las pueden retirar de allí. Las dos divisiones y media de Werder pueden avanzar más allá de Dijon tal vez sólo mediante incursiones, y así continuarán las cosas hasta que Belfort se vea obligado a entregarse. No es posible distraer ni un solo soldado de las unidades encargadas de custodiar la larga y estrecha línea de comunicaciones: el ferrocarril Nancy-París. El 7° cuerpo tiene bastante con abastecer de guarniciones a la fortaleza de Lorena y sostener el cerco de Longwy y Montmédy. Para las operaciones de campaña contra la mayor parte de la Francia central y meridional quedan once divisiones de infantería de Federico-Carlos y del duque de Mecklenburg, seguramente no más de 150 mil hombres, incluída la caballería.

Así pues, los prusianos tienen en acción cerca de veintiséis divisiones para la ocupación de Alsacia y Lorena, para asegurar las dos largas líneas de comunicación hasta París y Dijon y para el sitio de París, y sin embargo, de una manera directa, posiblemente dominan incluso menos de una octava parte, e indirectamente tal vez no más de una

cuarta parte de Francia. Para el resto del país les quedan quince divisiones, de las cuales cuatro se hallan bajo el mando de Manteuffel. Con qué profundidad pueden penetrar en el país, ésto depende por entero de la energía de la resistencia popular que pueden encontrar. Pero dado que todas sus comunicaciones van a través de Versalles — pues la campaña de Federico-Carlos no ha abierto una nueva línea a través de Troyes — y pasan por un país insurreccionado, estas tropas tendrán que desperdigar sus fuerzas en un amplio frente, dejar en la retaguardia destacamentos para la protección de las carreteras y para tener sometida a la población; como resultado, rápidamente alcanzarán aquel límite en el que sus fuerzas disminuirán hasta tal punto, que resulten equilibradas con las fuerzas opuestas de los franceses, cuyas probabilidades volverán a ser entonces favorables, o bien estos ejércitos alemanes deberán actuar con grandes columnas móviles, que se muevan por el país a todo lo largo y a todo lo ancho, pero sin ocuparlo definitivamente. En tal caso, las tropas regulares francesas pueden, replegándose ante aquéllos durante cierto tiempo, encontrar después el número suficiente de oportunidades para atacarlos por los flancos y por la retaguardia.

Unos cuantos destacamentos volantes, como los que por ejemplo envió en 1813 el general Blucher para envolver los flancos franceses, serían muy útiles, si sirviesen para destruir la línea de comunicación de los alemanes. Esta línea es vulnerable casi en toda su extensión desde París hasta Nancy. Unos cuantos destacamentos, cada uno de ellos formado por uno o dos escuadrones de caballería y cierto número de buenos tiradores, atacando esta línea, destruyendo los raíles, los túneles y los puentes, asaltando los trenes, etc., obligarían a llamar a la caballería alemana del frente, donde es particularmente peligrosa, si bien, por cierto, los franceses no poseen el verdadero «arrojo de los húsares».

Todo esto lo decimos en el supuesto de que París continúe manteniéndose. Hasta ahora, a excepción del hambre, no hay nada que pueda obligar a París a entregarse. Pero el comunicado publicado en el número de ayer del «Daily News», de su corresponsal que se encuentra en esta ciudad, si es verídico disipa muchos temores. Se dispone allí todavía de 25 mil caballos, aparte de los pertenecientes al ejército de París, que suponiéndoles un peso de 500 kilogramos a cada uno, darían 6 $^1/_4$ kgs. o 14 libras de carne por habitante, o cerca de $^1/_4$ de libra de carne al día durante dos meses. Teniendo en cuenta esto, así como que pan y vino hay «ad libitum» (todo lo que se quiera) y que existe una considerable cantidad de cecina y otras vituallas, París puede resistir perfectamente hasta comienzos de febrero. Y esto daría a Francia dos meses, que ahora tienen para ella más importancia que dos años en tiempos de paz. Con una dirección más o menos inteligente y enérgica, tanto

central como local, Francia estaría, pues, en condiciones de liberar para entonces a París y reponer sus fuerzas.

¿Y si París cae? Tendremos tiempo suficiente para examinar esta posibilidad, cuando sea más probable. Sea como sea, Francia ha podido hacer frente a los acontecimientos sin París durante más de dos meses y puede continuar batiéndose sin él. Naturalmente, la caída de París puede quebrantar el espíritu de resistencia, pero la misma influencia pueden ejercer también ahora las noticias sobre los reveses de los últimos siete días. Ni lo uno ni lo otro debe obligatoriamente tener consecuencias tales. Si los franceses refuerzan un tanto algunas de sus buenas posiciones de maniobra, como Nevers, que se encuentra en la confluencia del Loira y el Allier, si levantan fuertes alrededor de Lyon para hacer esta plaza tan fuerte como París, en este caso la guerra puede llevarse a cabo incluso después de la caída de París; pero ahora todavía no es tiempo de hablar de esto.

Así pues, nos atrevemos a declarar que si no se debilita el espíritu de resistencia en el pueblo, la posición de los franceses, incluso después de las recientes derrotas, es todavía muy fuerte. Contando con el dominio en el mar para la traída de armas, teniendo número suficiente de hombres que se pueden convertir en soldados, después de haber hecho durante tres meses — los primeros y más difíciles tres meses — un trabajo de organización, teniendo posibilidades de disponer de un mes más, si no de dos, de tregua, además en un momento en que los prusianos manifiestan ya síntomas de agotamiento, entregarse en tales condiciones sería una traición manifiesta. ¿Y quién sabe qué contingencias pueden producirse, qué complicaciones ulteriores pueden surgir en Europa en ese tiempo? A toda costa los franceses deben continuar la lucha.

Publicado en «Pall Mal, Gazette», núm. 1816, jueves, 8 de diciembre de 1870

F. Engels

NOTAS SOBRE LA GUERRA—XXXI

En la campaña del Loira ha sobrevenido, por lo visto, una tregua temporal, que nos da la posibilidad de comparar los comunicados y las fechas y crear de estos materiales confusos y contradictorios un relato de los acontecimientos actuales tan claro como es posible, dadas las circunstancias.

El ejército del Loira comenzó su existencia como una agrupación especial el 15 de noviembre, cuando D'Aurelle de Paladines, que hasta entonces mandaba los cuerpos 15° y 16°, fué nombrado comandante je-

fe de una nueva agrupación que fué formada con este nombre. No podemos decir qué tropas integraban entonces esta agrupación; de hecho, este ejército recibía ininterrumpidamente refuerzos, por lo menos hasta fines de noviembre, cuando nominalmente constaba de los siguientes cuerpos: el 15° (Pallières), el 16° (Chanzy), el 17° (Sonis), el 18° (Bourbaki) y el 19° (Barral, según los datos de los prusianos) y el 20° (Crouzat). De ellos el 19 nunca se recuerda ni en los partes franceses ni en los prusianos, y por eso no podemos suponer que haya tomado parte en los combates. Además de estos cuerpos, en Le Mans y en el vecino campamento de Conlie se encontraban el 21° cuerpo de ejército (Jaurès) y el ejército de Bretaña, que después de la dimisión de Kératry fué puesto bajo el mando de Jaurès. Podemos añadir que en el Norte, bajo el mando del general Faidherbe, se encuentra el 22° cuerpo, con su base de operaciones en la ciudad de Lille. No hemos incluído aquí el cuerpo de caballería del general Michel, agregado al ejército del Loira, aunque este destacamento de caballería se considera muy numeroso, pero en vista de que ha sido formado recientemente y no está instruído, no se le puede considerar sino como una unidad voluntaria o «amateur» de caballería.

Este ejército constaba de elementos extraordinariamente diversos, desde viejos soldados, vueltos a llamar a filas, hasta reclutas y voluntarios bisoños, adversos a toda disciplina; desde batallones fuertes, como por ejemplo los zuavos pontificios, hasta bandas que eran batallones sólo de nombre. Aunque se estableció cierta disciplina, el ejército en su conjunto conservaba, no obstante, el sello del inmenso apresuramiento con que se efectuó su formación. «Si se diesen a este ejército todavía cuatro semanas para la preparación, sería un adversario temible», decían los oficiales alemanes después de haberse enfrentado con él en el campo de batalla. Excluyendo a todos los reclutas bisoños, que sirven tan sólo de estorbo, podemos afirmar que en los cinco cuerpos de D'Aurelle (sin contar el 19°) había aproximadamente de 120 a 130.000 hombres que merecen el nombre de soldados. Las tropas situadas ante Le Mans podían dar aún cerca de 40.000.

Frente a ellos está el ejército del príncipe Federico-Carlos, en el que entran también las tropas al mando del gran duque de Mecklenburg; por el capitán Hozier sabemos ahora que todos ellos juntos reunían, posiblemente, menos de 90.000 hombres. Pero merced a su experiencia militar, a su organización y a la dirección experta de sus jefes, esos 90.000 hombres podían perfectamente entrar en combate contra un doble número de tropas como las que operaban contra ellos. Así pues, las probabilidades eran casi iguales, y el que esto sea así constituye un gran honor para el pueblo francés, que en el transcurso de tres meses creó de la nada este nuevo ejército.

La campaña comenzó por parte de los franceses con el ataque contra von der Tann delante de Coulmiers y la recuperación de Orleáns el 9 de noviembre. Después vemos el movimiento del duque de Mecklenburg en ayuda de von der Tann y las maniobras de D'Aurelle en dirección a Dreux, lo que obligó al duque de Mecklenburg a concentrar aquí todas sus tropas y emprender la marcha sobre Le Mans. Durante esta marcha las tropas francesas irregulares intranquilizaron a los alemanes con tanta energía como nunca en esta guerra. La población ofreció la más resuelta resistencia, los guerrilleros hostilizaron incesantemente los flancos del invasor; pero las tropas regulares se limitaron a simples demostraciones y no aceptaron combate. Las crónicas de los corresponsales alemanes que se encuentran en el ejército del duque de Mecklenburg, su furia e indignación contra los malditos franceses que aplican tenazmente en la guerra los procedimientos más ventajosos para sí y menos ventajosos para el adversario, son la mejor demostración de que esta fugaz campaña en las proximidades de Le Mans fué realizada excelentemente por los que se mantenían a la defensiva. Los franceses obligaron al duque de Mecklenburg, como en una caza cualquiera de patos salvajes, a ir tras un ejército invisible hasta tanto que aquél se halló a una distancia aproximada de 25 millas de Le Mans. Después de haber ido tan lejos, no se decidió a proseguir adelante y se volvió sobre sus pasos hacia el sur. Evidentemente, el plan inicial consistía en asestar un golpe demoledor al ejército de Le Mans, después volver hacia el sur en dirección a Blois y envolver el flanco izquierdo del ejército del Loira, al mismo tiempo que Federico-Carlos, que llegaba precisamente entonces, lo atacaría desde el frente y por la retaguardia. Pero este plan, como otros muchos formados después, fracasó. Abandonando al duque de Mecklenburg a su suerte, D'Aurelle avanzo contra Federico-Carlos y el 24 de noviembre atacó delante de Ladon y Mazières al 10° cuerpo prusiano, y el 28 delante de Beaune-la-Rolande a una gran unidad prusiana. Evidentemente, aquí D'Aurelle utilizó mal a sus tropas. A pesar de que era el primer intento de penetrar a través del ejército prusiano y abrirse camino por la fuerza hacia París, sólo una pequeña parte de estas tropas estaba preparada. Lo único que consiguió hacer fué infundir al enemigo respeto hacia sus tropas. Después de esto se retiró hacia las posiciones fortificadas delante de Orleáns, donde concentró todas sus fuerzas, situándolas de derecha a izquierda en el siguiente orden: el 18° cuerpo en el extremo del flanco derecho, después el 20° y el 15°, todos los cuales se encontraban al este del ferrocarril París-Orleáns; al oeste del ferrocarril, el 16° cuerpo, y en el extremo del flanco izquierdo el 17°. Si estas tropas hubiesen sido concentradas a tiempo, apenas si se hubiera podido dudar de que habrían aplastado al ejército de Federico-Carlos, que entonces contaba con menos de 50.000 hombres. Mas para cuando D'Aurelle se fortificó sólidamente en sus po-

siciones, el duque de Mecklenburg avanzó de nuevo hacia el sur y se unió al ala derecha del ejército de su primo, que fué investido ahora del mando supremo. Así pues, 40.000 soldados del duque de Mecklenburg participaron en el ataque contra D'Aurelle, al mismo tiempo que el ejército francés de Le Mans, conformándose con la gloria de haber «rechazado» al enemigo, se quedó tranquilamente en su sitio, a unas 60 millas del punto donde se decidía la suerte de la campaña.

Después de esto llegó de manera completamente inesperada la noticia de la salida hecha por Trochu el 30 de noviembre. Había que haber hecho nuevos esfuerzos para apoyarlo. El 1 de diciembre D'Aurelle comenzó su ofensiva general contra los prusianos, pero era demasiado tarde. Al mismo tiempo que los alemanes los recibieron con todas sus tropas, su 18° cuerpo, en el extremo del flanco derecho, fué, por lo visto, enviado por una dirección falsa y no participó en las operaciones. De este modo D'Aurelle se batió teniendo tan sólo cuatro cuerpos, y esto significa que el número efectivo de sus soldados, probablemente, tan sólo superaba en muy poco al número de soldados del adversario. Fué derrotado y, al parecer, se consideró vencido incluso antes de que esto ocurriese en realidad. Así se explica la indecisión que manifestó cuando, después de haber dado en la noche del 3 de diciembre la orden de retirada a través del Loira, a la mañana siguiente la modificó y resolvió defender Orleáns. El resultado era de esperar: «ordre, contre-ordre, désordre» (orden, contraorden, desorden). Como el ataque prusiano se concentró contra su flanco izquierdo y el centro, sus dos cuerpos del flanco derecho, evidentemente, como consecuencia de las contradictorias órdenes por ellos recibidas, perdieron el camino de la retirada hacia Orleáns y debieron atravesar el río cerca de Jargeau (20 cuerpo) y todavía más al este, cerca de Sully (cuerpo 18°). Una pequeña parte de este último fué, por lo visto, rechazada aún más al este, ya que el 7 de diciembre fué descubierta en las cercanías de Nevoy, cerca de Gien, por el 3er cuerpo prusiano, que lo persiguió desde aquí en dirección a Briare, siempre por la orilla derecha del río. Orleáns cayó en manos de los alemanes el 4 de diciembre por la tarde, y la persecución de los franceses fué organizada inmediatamente. Al mismo tiempo que el 3er cuerpo debía ir por la orilla derecha del Alto Loira, el 10° fué enviado a Vierzon y las tropas del duque de Mecklenburg por la orilla derecha hacia Blois. Sin llegar a este punto, los últimos fueron sorprendidos cerca de Beaugency, cuando menos, por parte del ejército de Le Mans, que, al fin, se unió ahora con las tropas de Chanzy y ofreció una resistencia tenaz y en parte afortunada. Pero pronto fué rota esta resistencia, pues el 9° cuerpo prusiano salió por la orilla izquierda del río a Blois, donde cortaría a Chanzy la retirada a Tours. Este movimiento envolvente alcanzó su objetivo. Chanzy salió del peligro y Blois cayó en manos del invasor. El deshielo que

había comenzado y las fuertes lluvias anegaron los caminos y esto detuvo la persecución ulterior.

El príncipe Federico-Carlos telegrafió al Cuartel General que todo el ejército del Loira había sido dispersado en distintas direcciones, su centro había sido roto y como ejército había dejado de existir. Todo esto suena magníficamente, pero está lejos de corresponder a la realidad. Incluso según los cálculos alemanes, no puede haber duda ninguna de que casi todos los 77 cañones capturados delante de Orleáns eran cañones de la Marina, abandonados en las fortificaciones. Es posible que fueran hechos prisioneros 10.000 hombres — e incluyendo a los heridos, hasta 14.000—y que en su mayoría estuviesen bastante desmoralizados; pero no era mucho mejor la moral de los bávaros que el 5 de diciembre, también desmoralizados, sin armas y sin mochilas, iban en multitudes por la carretera de Artenay a Chartres. Durante la persecución, el día 5 y después, no fueron capturados trofeos; si el ejército estaba deshecho, no puede ser que una caballería tan activa y numerosa como la prusiana no hiciese prisioneros a los soldados de este ejército en multitudes enteras. Aquí, expresándonos suavemente, se oculta alguna inexactitud que está fuera de lo habitual. El deshielo no es justificación: comenzó alrededor del día 9, y, por tanto, para la persecución activa se tuvieron cuatro o cinco días, en que los caminos helados y los campos estaban en magnífico estado. La ofensiva de los prusianos fué detenida no tanto por el deshielo como por el convencimiento de que las fuerzas de sus tropas, que contaban 90.000 hombres y que habían quedado reducidas a 60.000 a consecuencia de las pérdidas y de que hubo que dejar tropas para las guarniciones, se hallaban casi agotadas. Habían casi llegado al límite pasado el cual es una imprudencia perseguir incluso a un enemigo derrotado. Las incursiones en gran escala en la dirección sur eran posibles, pero apenas si podrá tener lugar la ocupación ulterior de territorio. El ejército del Loira, dividido ahora en dos ejércitos — uno bajo el mando de Bourbaki y otro bajo el de Chanzy—, tendrá suficiente tiempo y espacio para reorganizar y completar sus filas con los nuevos batallones creados. Por su dispersión ha dejado de existir como ejército; pero es el primer ejército francés en esta campaña que no se ha cubierto de ignominia. De los dos ejércitos que han venido a sustituírlo, probablemente oiremos hablar aún.

Y mientras tanto Prusia descubre síntomas de agotamiento. Llaman al Landwehr a hombres de 40 y más años, aunque, según la ley, estos hombres están libres del servicio militar después de los 32 años. Las reservas instruídas del país están exhaustas. En enero serán enviados a Francia los movilizados del Norte de Alemania, aproximadamente 90.000. Todo esto junto, *posiblemente*, represente los 150.000 hombres de los que tanto oímos hablar, pero todavía no existen; y

cuando realmente lleguen, su aparición modificará esencialmente el carácter del ejército. El agotamiento de fuerzas originado por esta campaña aumenta terriblemente de día en día. Esto se demuestra tanto por el tono melancólico de las cartas enviadas desde el ejército, como por las listas de bajas. A juzgar por estas listas, las principales pérdidas no son ocasionadas por los grandes combates, sino por las pequeñas refriegas, durante las cuales perecen uno, dos, cinco hombres. Las oleadas de la guerra popular, en el transcurso del tiempo, destruyen por partes el ejército más grande y, lo que es singularmente importante, sin ninguna pérdida aparente de la parte contraria. Mientras París se sostenga, la situación de los franceses mejora cada día, y la impaciencia con que en Versalles esperan la entrega de París es la mejor demostración de que esta ciudad puede todavía ser peligrosa para las fuerzas que la asedian.

Publicado en «Pall Mall Gazette», núm. 1824, sábado, 17 de diciembre de 1870.

F. Engels

LA SITUACION EN FRANCIA DESDE EL PUNTO DE VISTA MILITAR

Si la serie de reveses del ejército francés con los que ha quedado señalada la campaña de enero — la derrota de Faidherbe y Chanzy, la caída de París, la derrota de Bourbaki y su entrega a los suizos —, si todos estos desastrosos acontecimientos ocurridos en el transcurso de un corto período de tres semanas, han roto — como se puede considerar con fundamento—el espíritu de resistencia en Francia, no es nada improbable que los alemanes puedan ahora con sus desmedidas exigencias volver a despertar este espíritu. Si el país está amenazado de completa ruina como resultado de la conclusión de la paz tanto como a consecuencia de la continuación de la guerra, ¿para qué, entonces, concertar la paz? Las clases poseedoras, la pequeña burguesía de las ciudades, los grandes propietarios de la tierra y parte de los campesinos-propietarios formaban hasta ahora el partido de la paz; se podía esperar que elegirían a la Asamblea Nacional diputados partidarios de la paz; pero si el enemigo insiste en unas exigencias tan inauditas, el grito de guerra a vida o muerte puede resonar tanto en sus filas como en las filas de los obreros de las grandes ciudades. En todo caso, no hay que despreciar las posibles probabilidades de renovación de la

guerra después del 19 de febrero; en particular, en vista de que los mismos alemanes, a creer al número de hoy del «Daily News», no están tan satisfechos de la perspectiva del curso ulterior de las cosas para abstenerse de serios preparativos con vistas a la reanudación de las operaciones militares. Por eso, examinaremos una vez más la situación desde el punto de vista militar.

Los 27 departamentos de Francia ocupados en el momento presente por los prusianos, representan una superficie de 15.800.000 hectáreas con una población (excluyendo a las fortalezas que todavía no se han entregado) de casi 12.500.000 habitantes. La superficie total de Francia es de 54.240.000 hectáreas y su población de 37.382.000 habitantes. De aquí se deduce que, en cifras redondas, han quedado todavía sin conquistar 38.500.000 hectáreas con una población de 25.000.000 habitantes; o sea, dos tercios completos de población y considerablemente más de dos tercios del territorio. Es cierto que París y Metz, cuya resistencia ha detenido durante tanto tiempo la penetración ulterior del enemigo, han caído. En el interior del país no conquistado, a excepción de Lyon, no hay ni un solo punto fuerte que pueda jugar el papel que han jugado estas dos fortalezas. Alrededor de 700.000 franceses (sin contar la Guardia Nacional de París) han pasado a ser prisioneros de guerra o están internados en Suiza. Pero se dan también otras circunstancias que pueden compensar esta deficiencia, incluso en el caso de que el armisticio de tres semanas no fuese aprovechado para la construcción de nuevos puntos, rodeados de fortificaciones temporales, aunque para esto haya tiempo más que suficiente.

La mayor parte de la Francia no conquistada se halla situada al sur de la línea Nantes-Besanzón; forma un macizo compacto, cubierto desde tres lados por el mar o por fronteras neutrales, y sólo su línea fronteriza septentrional está abierta para una ofensiva enemiga. Aquí reside la fuerza de la resistencia nacional: aquí deben ser encontrados hombres y medios para la continuación de la guerra, si ésta se reanuda. Para la conquista y ocupación de este enorme rectángulo de 450 millas por 250, a condición de una resistencia desesperada tanto de las tropas regulares como también de las fuerzas irregulares de la población, serían insuficientes las tropas actuales de los prusianos. La entrega de París, teniendo en cuenta que quedasen cuatro cuerpos en calidad de guarnición de esta capital, deja libres a nueve divisiones; la rendición de Bourbaki libera a las seis divisiones de línea de Manteuffel, es decir, en total quince divisiones o 150.000-170.000 soldados para las operaciones de campaña, además de las cuatro divisiones de Goeben y de las ocho divisiones de Federico-Carlos. Pero Goeben tiene lo suficientemente atadas las manos en el Norte, y Federico-Carlos, con su detención en Tours y Le Mans, ha demostrado que sus fuerzas ofen-

sivas se hallan totalmente exhaustas; así pues, para la conquista del Sur quedan únicamente las citadas quince divisiones; y en el curso de los meses próximos no pueden llegar nuevos refuerzos.

A estas quince divisiones los franceses deberán al principio oponer, principalmente, nuevas formaciones. En las inmediaciones de Nevers y Bourges se encontraban los cuerpos 15° y 25°. Allí mismo, en los alrededores, debía encontrarse el cuerpo 19°, del que nada hemos oído hablar desde comienzos de diciembre. Además, existe el cuerpo 24°, que se salvó del naufragio de Bourbaki, y las tropas de Garibaldi, aumentadas hace poco hasta 50.000 hombres, aunque no conocemos cuáles son sus unidades y en qué puntos se encuentran. En resumen, esto supone 13 ó 14 divisiones, posiblemente hasta 16, pero cuantitativa y cualitativamente son insuficientes para detener el avance de los nuevos ejércitos que seguramente han de ser enviados contra ellas, si transcurre el plazo del armisticio y no se concluye la paz. Pero las tres semanas de armisticio no sólo darán a estas divisiones francesas tiempo para agruparse; darán la posibilidad de que los reclutas más o menos preparados que se encuentran ahora en los campos de instrucción, cuyo número, según el cálculo de Gambetta, llega hasta 250.000 hombres, se conviertan, cuando menos sus mejores batallones, en unidades dotadas de capacidad combativa, que estarán en condiciones de enfrentarse con el enemigo. Así pues, en caso de reanudación de la guerra, los franceses estarían en condiciones de rechazar toda invasión seria en el Sur, si no es que también en la línea fronteriza del Loira o lejos al Norte de Lyon, por lo menos en los puntos en que la presencia del enemigo no pueda debilitar fundamentalmente la fuerza de su resistencia.

Indudablemente, el armisticio dará una gran cantidad de tiempo para restablecer el avituallamiento, la disciplina y la moral de los ejércitos de Faidherbe y Chanzy, así como de todas las demás tropas que se encuentran en Cherburgo, El Havre, etc. Se trata únicamente de saber si se aprovechará debidamente el tiempo. A la vez que las fuerzas de los franceses crezcan, pues, en considerables proporciones tanto cuantitativa como cualitativamente, los alemanes apenas si recibirán ningún refuerzo. En este sentido, el armisticio resultará ventajoso para los franceses.

Pero además del macizo compacto de la Francia meridional, quedan sin conquistar dos penínsulas: la de Bretaña con Brest y la de Cotentin con Cherburgo, y además dos departamentos septentrionales con sus fortalezas. El Havre también es un punto costero no conquistado y provisto de buenas fortificaciones. Cada una de estas cuatro zonas tiene, por lo menos, una plaza bien fortificada en la costa para el ejército en retirada; así que la flota, que en el momento presente no tiene absolutamente nada que hacer, puede mantener la comunicación

entre ella y el Sur y trasladar en caso necesario tropas de un punto al otro y hacer así de golpe a un ejército derrotado capaz de reanudar la ofensiva con fuerzas superiores. Así pues, mientras estas cuatro zonas del Norte y del Oeste sigan siendo en cierto grado invulnerables, crean el mismo número de puntos débiles en los flancos de los prusianos. La línea en la que actualmente amenaza a los franceses un verdadero peligro se extiende desde Angers hasta Besanzón; para los alemanes, además, se extiende desde Angers a través de Le Mans, Rouen y Amiens hasta la frontera belga. A condición nada más de que los franceses den pruebas de suficiente buen sentido, en esta línea los alemanes no podrán conseguir resultados decisivos, pero en cambio las ventajas logradas aquí por los franceses pueden, en determinadas condiciones, ser realmente decisivas.

Tal es la situación estratégica. Utilizando con ventaja su flota, los franceses pueden trasladar tropas al Oeste y al Norte a fin de obligar a los alemanes a mantener en este lugar fuerzas considerablemente superiores y debilitar las tropas enviadas para la conquista del Sur, impedir lo cual constituye ahora la tarea principal de los franceses. Concentrando sus ejércitos en mayor medida que hasta aquí, y por otra parte poniendo en acción mayor número de pequeños destacamentos de guerrilleros, los franceses pueden conseguir mejores resultados con las fuerzas de que disponen. Resulta que en Cherburgo y El Havre había considerablemente más tropas que las que hacían falta para la defensa; y la bien lograda destrucción del puente situado en Fontenois cerca de Toul, en el centro de una región ocupada por el enemigo, demuestra lo que puede ser conseguido por guerrilleros audaces. Si la guerra se reanuda después del 19 de febrero, debe ser realmente una guerra de exterminio, una guerra semejante a la guerra española contra Napoleón, una guerra en la que el enemigo no consiga, por más que recurra a los fusilamientos y a los incendios, quebrantar el espíritu de resistencia.

Publicado en «Pall Mall Gazette», núm. 1869, miércoles, 8 de febrero de 1871.

LAS ACCIONES DE GUERRILLAS EN ESPAÑA CONTRA LA INVASION DE NAPOLEON (1808-1812)

C. Marx y *F. Engels*

FRAGMENTO DEL LIBRO «LA REVOLUCION EN ESPAÑA»

La Junta Central fracasó en la defensa de su país porque fracasó en su misión revolucionaria Consciente de su propia debilidad, de la inestabilidad de su poder y de su extremada impopularidad, ¿cómo hubiera podido hacer frente a las rivalidades, a las envidias y a las despóticas pretensiones de sus generales, comunes a todas las épocas revolucionarias, sino mediante argucias indignas e intrigas mezquinas? Presa como se hallaba de un constante temor y de una constante desconfianza en sus propios jefes militares, podemos dar crédito absoluto a Wellington cuando escribía a su hermano, el marqués de Wellesley, el 1 de septiembre de 1809:

«Por lo que he visto de los procedimientos de la Junta Central, mucho me temo que en la distribución de sus fuerzas no atienda tanto a la defensa militar y a las operaciones militares como a las intrigas políticas y al logro de fines políticos insignificantes».

En las épocas revolucionarias, en que se relajan todos los lazos de subordinación, la disciplina militar sólo puede ser restablecida haciendo pesar severamente sobre los generales la disciplina civil. Como la Junta Central, a causa de su composición incongruente, no logró nunca controlar a los generales, éstos no pudieron nunca controlar a los soldados y hasta el fin de la guerra el ejército español no alcanzó nunca un nivel medio de disciplina y subordinación. Esta insubordinación fué fomentada por la falta de víveres, de ropa y de todos los demás requisitos materiales de un ejército, pues la moral de un ejército — empleando la terminología de Napoleón — depende por completo de su situación material. La Junta Central no era capaz de suministrar regularmente al ejército, porque para esto no servían de nada los manifiestos del pobre poeta Quintana, y para añadir fuerza coercitiva a sus decretos hubiera tenido que recurrir a las

mismas medidas revolucionarias que había condenado en provincias. El mismo reclutamiento general, sin consideración a privilegios y exenciones, y la facilidad otorgada a todos los españoles para obtener todos los grados en el ejército, fué obra de las juntas provinciales y no de la Junta Central. Si las derrotas del ejército español eran, pues, producidas por la impotencia contrarrevolucionaria de la Junta Central, estos desastres venían a su vez a aumentar el estado de depresión en que se encontraba aquel Gobierno, y al hacerle objeto del desprecio y del recelo populares aumentaban la dependencia en que se encontraba con respecto a unos jefes militares presuntuosos pero ineptos.

El ejército regular español, aunque derrotado en todas partes, se presentaba en todos sitios. Dispersado más de veinte veces, siempre estaba dispuesto a hacer de nuevo frente al enemigo y a menudo reaparecía con renovadas fuerzas después de una derrota. De nada servía derrotarle, porque, presto para la huída, sus bajas solían ser pocas y, en cuanto a la pérdida del terreno, le tenía sin cuidado. Retirándose en desorden a las sierras, volvía a reunirse para reaparecer cuando menos se le esperaba, reforzado por nuevos contingentes y en condiciones, si no de resistir a los ejércitos franceses, al menos de tenerlos en continuo movimiento y de obligarlos a diseminar sus fuerzas. Más afortunados que los rusos, los españoles no tuvieron necesidad siquiera de morir para resucitar de entre los muertos.

La desastrosa batalla de Ocaña del 19 de noviembre de 1809 fué la última gran batalla campal librada por los españoles. A partir de entonces se limitaron a la guerra de guerrillas. El mero hecho del abandono de la guerra regular demuestra la desaparición de los organismos centrales de Gobierno ante los organismos locales. Al generalizarse los desastres del ejército regular se generalizaron también las guerrillas y las masas populares, sin prestar apenas atención a las derrotas nacionales, se entusiasmaron con los éxitos locales de sus héroes. En este punto al menos la Junta Central compartía las ilusiones populares. «En la *Gaceta* se publicaban relatos más detallados de una acción de guerrillas que de la batalla de Ocaña».

Del mismo modo que Don Quijote se oponía a la pólvora con su lanza, así se opusieron las guerrillas a Napoleón, sólo que con muy diferente resultado. «Estas guerrillas — dice el «Diario Militar austriaco» (volúmen I, 1821) — tenían sus bases, por así decir, en ellas mismas y toda operación dirigida contra ellas terminaba con la desaparición de su objetivo».

Tres períodos hay que distinguir en la historia de la guerra de guerrillas. En el primer período, la población de provincias enteras tomó las armas y se lanzó a acciones de guerrilleros, como en Galicia y Asturias. En el segundo período, guerrillas formadas con los res-

tos del ejército español, con españoles que desertaban del ejército francés, con contrabandistas, etc., sostuvieron la guerra como causa propia, libres de toda influencia extraña y atendiendo a sus intereses inmediatos. Circunstancias y acontecimientos afortunados colocaron muchas veces a comarcas enteras bajo sus enseñas. Mientras las guerrillas estuvieron constituídas de esta manera no hicieron su aparición como un conjunto temible, pero eran, sin embargo, sumamente peligrosas para los franceses. Las guerrillas constituían la base de un armamento efectivo del pueblo. En cuanto se presentaba la oportunidad de realizar una captura o se meditaba la ejecución de una empresa combinada, surgían los elementos más activos y audaces del pueblo y se incorporaban a las guerrillas. Con la mayor celeridad se abalanzaban sobre su presa o se situaban en orden de batalla, según el objeto de la empresa acometida. No era raro ver a los guerrilleros permanecer todo un día al acecho de un enemigo vigilante para interceptar un correo o apoderarse de víveres. De este modo Mina el Mozo capturó al virrey de Navarra nombrado por José Bonaparte, y Julián Sánchez hizo prisionero al comandante de Ciudad Rodrigo. En cuanto se consumaba la empresa, cada cual se marchaba por su lado y los hombres armados se dispersaban en todas direcciones; los campesinos adheridos a las guerrillas volvían tranquilamente a sus ocupaciones habituales «sin que apenas se notara su ausencia». De este modo resultaban interceptadas las comunicaciones en todos los caminos. Había miles de enemigos al acecho, aunque no pudiera descubrirse ninguno. No podía despacharse un correo que no fuese capturado, ni enviar víveres que no fueran interceptados. En suma, no era posible realizar un movimiento sin ser observado por un centenar de ojos. Al mismo tiempo, no había manera de atacar por la raíz a una coalición de esta especie. Los franceses se veían obligados a permanecer constantemente armados contra un enemigo que, aunque huía continuamente, reaparecía siempre y se hallaba en todas partes sin ser realmente visible en ninguna, sirviéndole las montañas de otras tantas cortinas. «No eran los combates ni las escaramuzas — dice el abate de Pradt — lo que agotaba a las tropas francesas, sino las incesantes molestias de un enemigo invisible que al ser perseguido desaparecía entre el pueblo, del cual volvía a surgir inmediatamente con renovada energía. El león de la fábula, terriblemente martirizado por un mosquito, constituye una imagen acertada de la situación del ejército francés».

En el tercer período las guerrillas imitaron la regularidad del ejército permanente: elevaron sus contingentes de tres mil a seis mil hombres, dejaron de ser fuerzas de comarcas enteras y cayeron en manos de unos cuantos jefes que las utilizaron como mejor convenía a sus fines particulares. Este cambio de sistema de las guerrillas pro-

porcionó a los franceses grandes ventajas en sus luchas contra ellas. Imposibilitadas por su gran número de esconderse y de desaparecer de súbito sin aceptar la batalla como habían hecho antes, los guerrilleros se vieron ahora frecuentemente sorprendidos, derrotados, dispersados e incapacitados por mucho tiempo de causar nuevas molestias.

Comparando los tres períodos de la guerra de guerrillas con la historia política de España, se ve que representan los respectivos grados de enfriamiento del espíritu popular por el espíritu contrarrevolucionario del Gobierno. Empezando por el alzamiento de poblaciones enteras, la guerra irregular fué hecha a continuación por destacamentos de guerrilleros cuyas reservas estaban formadas por comarcas enteras y terminó en forma de «corps francs» (unidades irregulares), a punto continuamente de caer en el bandidaje o de quedar reducidos al nivel de los regimientos regulares.

Su independencia con respecto al Gobierno supremo, el relajamiento de la disciplina, los continuos desastres, la formación, descomposición y reorganización constantes de los cuadros en el transcurso de seis años, forzosamente tenían que imprimir al ejército español un carácter pretoriano, tornándole igualmente propenso a convertirse en el instrumento o en el azote de sus jefes. Los mismos generales, que necesariamente habían tenido que participar en el Gobierno central, reñir con él o conspirar contra él, echaban siempre su espada en la balanza política. Así, Cuesta, que después pareció conquistar la confianza de la Junta Central en la misma proporción en que perdía las batallas del país, había empezado por conspirar con el Consejo Real y por arrestar a los diputados de León en la Junta Central. El propio general Morla, miembro de la Junta Central, se pasó al campo bonapartista después de haber entregado Madrid a los franceses. El fatuo «marqués de las Romerías», miembro también de la Junta Central, conspiró contra ella con el presuntuoso Francisco Palafox, con el desdichado Montijo y con la turbulenta Junta de Sevilla. Los generales Castaños, Blake, La Bisbal (uno de los O'Donell) figuraron e intrigaron sucesivamente como regentes en la época de las Cortes, y, finalmente, el capitán general de Valencia don Javier Elío puso España a merced de Fernando VII. Indudablemente, el elemento pretoriano se hallaba más desarrollado entre los generales que entre sus tropas.

Por otra parte, el ejército y los guerrilleros (éstos, durante la guerra, recibieron de las filas de distinguidos militares de línea parte de sus jefes como Porlier, Lacy, Eroles y Villacampa, mientras que el ejército de línea tuvo después como jefes a caudillos de las guerrillas como Mina, el Empecinado y otros) fueron la parte de la sociedad española en que más prendió el espíritu revolucionario, por proce-

der sus componentes de todos los sectores, incluído el conjunto de la juventud ambiciosa, entusiasta y patriótica, inaccesible a la influencia soporífera del Gobierno central; por estar emancipados de las cadenas del antiguo régimen; porque parte de ellos, como Riego, volvían después de algunos años de cautiverio en Francia. No debemos, pues, extrañarnos de la influencia ejercida por el ejército español en las conmociones posteriores, ni al tomar la iniciativa revolucionaria ni al malograr la revolución con su pretorianismo.

Publicado en «New-York Daily Tribune», del 30 de octubre de 1854.

LOS METODOS DE LA GUERRA POPULAR POR LA INDEPENDENCIA

C. Marx y *F. Engels*

DEL ARTICULO «LA GUERRA EN ITALIA»

Según los últimos informes recibidos de Italia, la derrota de los piamonteses en Novara no tiene en absoluto una importancia decisiva, como se ha comunicado en el telegrama remitido a París. Los piamonteses han sido batidos, han quedado cortados de Turín y arrojados a las montañas. Esto es todo.

Si el Piamonte fuese una República, si el gobierno de Turín fuese revolucionario y tuviese el valor de recurrir a medidas revolucionarias, nada estaría perdido. Pero se ha asestado a la independencia italiana un golpe no con las armas de los invencibles austriacos, sino con la cobardía del poder real piamontés.

¿A qué deben los austriacos su victoria? A la circunstancia de que, merced a la traición de Ramorino, en el ejército piamontés dos divisiones fueron separadas de las otras tres y éstas tres, aisladas, fueron derrotadas por un enemigo que tenía superioridad numérica. Estas tres divisiones han sido ahora rechazadas hasta el pie de los Alpes de Valais.

El error de los piamonteses desde el comienzo mismo ha consistido en que han opuesto a los austriacos tan sólo el ejército regular y han querido sostener la más corriente, burguesa y honrada de las guerras. Un pueblo que quiere conquistar para sí la independencia, no puede limitarse a los procedimientos *corrientes* de realización de la guerra. La insurrección en masa, la guerra revolucionaria, los destacamentos de guerrilleros: estos son los únicos procedimientos con la ayuda de los cuales un pueblo pequeño puede vencer a uno grande; sólo así un ejército más débil puede enfrentarse a otro más fuerte y mejor organizado.

Los españoles han demostrado esto en los años 1808-1812 y los húngaros también lo confirman en el momento presente.

Chrzanowski fué derrotado en Novara y quedó cortado de Turín; Radetzki se hallaba a 9 millas de Turín. En un Estado *monárquico*

como el Piamonte, aunque constitucional, el desenlace de la campaña estaba por eso mismo decidido; a Radetzki se le hicieron proposiciones de paz. Pero en una República *no se hubiera decidido nada con esto*. Si la inevitable cobardía de la monarquía, la cual nunca posee la decisión de recurrir a procedimientos revolucionarios extremos, no lo hubiera impedido, la derrota de Chrzanowski habría podido convertirse en la felicidad para Italia.

Si Piamonte fuese República, la cual no está obligada a atenerse a las tradiciones monárquicas, hubiera podido contar con la posibilidad de terminar la campaña de una manera completamente distinta.

Chrzanowski fué rechazado a Biella y Borgo Manero. Allí donde los Alpes suizos obstaculizan la prosecución de la retirada, donde es casi imposible diseminar el ejército por dos o tres valles estrechos de ríos, hubiese sido fácil reunir el ejército y reducir a la nada con un ataque audaz el avance de Radetzki.

Si los jefes del ejército piamontés estuviesen animados por el entusiasmo revolucionario, si supiesen que en Turín se encuentra un gobierno revolucionario, dispuesto a las acciones más decididas, hubiese sido claro para ellos qué es lo que tenían que hacer.

Después de la batalla de Novara, en las proximidades del Lago Mayor había de 30 a 40 mil soldados del ejército piamontés. Concentrando este cuerpo en unos dos días, se podría haberlo lanzado sobre la Lombardía, donde había menos de 12.000 austriacos. Este cuerpo podría haber ocupado Milán, Brescia y Cremona, promover el alzamiento general, derrotar uno por uno a los diferentes cuerpos austriacos que avanzaban desde la región de Venecia y destruir así por completo la base de operaciones de Radetzki.

En lugar de ir a Turín, Radetzki debería haber vuelto sobre sus pasos y dirigirse a Lombardía, siendo perseguido por la milicia piamontesa, la cual, naturalmente, habría encontrado apoyo en la insurrección lombarda.

Esta guerra *auténticamente* nacional — guerra semejante a la que los lombardos sostuvieron en marzo de 1848, cuando rechazaron a Radetzki más allá de Oglio y Mincio — habría incorporado a la lucha a toda Italia e infundido una energía muy otra a los romanos y toscanos.

Mientras Radetzki continuaba aún entre el Po y Tesino reflexionando en qué hacer, si avanzar o retroceder, los piamonteses y lombardos habrían podido llegar hasta Venecia, liberarla del cerco, atraer a Lamarmora y a los destacamentos de Roma, hostilizando constantemente al mariscal de campo austriaco con innumerables ataques de los destacamentos de guerrilleros y debilitándolo así, dispersar sus

unidades y asestarle, en fin, la derrota. Lombardía no esperaba más que la llegada de los piamonteses; después se alzó, incluso sin esperarlos. Sólo las fortalezas austriacas contuvieron a las ciudades lombardas. En Lombardía había ya 10.000 piamonteses; si hubiesen llegado 20 ó 30.000 más, a Radetzki se le habría cortado la retirada.

Pero la insurrección en masa, el alzamiento general del pueblo es un procedimiento ante cuyo empleo el poder real retrocede con espanto. A un procedimiento tal puede tan sólo recurrir la República: esto lo ha demostrado el año 1793. Esto representa unas medidas tales cuya premisa necesaria es el *terror revolucionario*, pero ¿qué monarca se decide a aplicarlo?

Así pues, la causa del hundimiento de los italianos es no la derrota en Novara y Vigevano, sino la cobardía y la moderación a que les obliga la monarquía. La derrota de Novara causó tan sólo daño *estratégico*: los italianos se vieron cortados de Turín, mientras que para los austriacos este camino aparecía abierto. Este daño no hubiera tenido ninguna importancia si después de perdida la batalla hubiese comenzado una *verdadera guerra revolucionaria*, si la parte que había quedado indemne del ejército italiano se hubiese constituído inmediatamente en núcleo de la insurrección general de la nación, si la *guerra de ejércitos* habitual y estratégica se hubiese convertido en una *guerra popular*, a semejanza de la que sostuvieron los franceses en 1793.

Pero, naturalmente, la monarquía nunca se resolverá a hacer una guerra revolucionaria, a promover la insurrección general y aplicar el terror revolucionario. Antes llegará a la paz con su enemigo jurado, pero de idéntico origen, que a la alianza con el pueblo.

Sea o no traidor Carlos-Alberto, su sola *corona, la sola monarquía* es bastante a llevar a Italia a la perdición.

Pero Carlos-Alberto es traidor. En todos los periódicos franceses se informa acerca del grandioso complot contrarrevolucionario europeo de todas las grandes potencias y acerca del plan de campaña de la contrarrevolución con el objeto de esclavizar definitivamente a todos los pueblos europeos. Rusia e Inglaterra, Prusia y Austria, Francia y Cerdeña, todos han suscrito esta nueva Santa Alianza.

Carlos-Alberto ha recibido la orden de comenzar la guerra con Austria, dejarse derrotar y facilitar así a los austriacos la posibilidad de restablecer la «tranquilidad» en Piamonte, Florencia, Roma e implantar en todas partes la Constitución del estado de sitio. A cambio de esto, Carlos-Alberto debe recibir Parma y Piacenza, los rusos deben pacificar Hungría, Francia debe convertirse en imperio, con lo que se restablecería la paz en Europa. Tales son, según las infor-

maciones de los periódicos franceses, el vasto plan de la contrarrevolución; este plan nos aclara la traición de Ramorino y la derrota de los italianos.

Pero la victoria de Radetzki ha asestado un nuevo golpe a la monarquía. La batalla de Novara y la inactividad de los piamonteses que ha seguido a ella demuestran que en los casos extremos, en que el pueblo debe para su salvación tensar todas sus fuerzas, lo paraliza únicamente el poder monárquico. Para que Italia no perezca a causa de la monarquía, ante todo en Italia debe perecer la monarquía.

Publicado en la «Nueva Gaceta del Rin», núm. 261 (2ª edición), 1 de abril de 1849.

LA LUCHA DE CALLES EN PARIS EN JUNIO DE 1848

C. Marx y F. Engels

LA MARCHA DEL MOVIMIENTO EN PARIS

Paulatinamente se hace posible orientarse en los acontecimientos de la revolución de Junio. Las informaciones llegan de una forma más completa, se tiene la posibilidad de separar los hechos de los rumores y de las falsedades. El carácter de la insurrección se perfila con mayor claridad. Cuanto más se consigue captar la ligazón interna de los acontecimientos de las cuatro jornadas de Junio, tanta mayor admiración despiertan las enormes proporciones de la insurrección, la heroica valentía, la organización rápidamente improvisada y la unanimidad de los insurgentes.

El plan de las operaciones militares de los obreros, elaborado, según se dice, por Kersausie, amigo de Raspail y antiguo oficial, se reducía a lo siguiente.

Los insurgentes debían avanzar en cuatro columnas concéntricas hacia la Alcaldía.

La primera columna, cuya base de operaciones era el suburbio de Montmartre, La Chapelle y La Villette, debía avanzar partiendo de las puertas de Poissonnière, Rochechouart, Saint-Denis y La Villette hacia el sur, ocupar los bulevares y llegar a la Alcaldía a través de las calles de Montorguieil, Saint-Denis y Saint-Martin.

La segunda columna, cuya base eran los suburbios de Temple y Saint-Antoine, poblados casi exclusivamente por obreros y protegidos por el canal de Saint-Martin, debía avanzar hacia el mismo punto por las calles de Temple y Saint-Antoine y por los muelles de la orilla septentrional del Sena, así como por todas las calles paralelas del barrio intermedio.

La tercera columna, con su base en el suburbio de Saint-Marceau, debía avanzar por la calle de Saint-Victoire y por los muelles de la orilla meridional del Sena hacia la isla de la Cité.

La cuarta columna, apoyada en el suburbio de Saint-Jacques y en el distrito de la Escuela de Medicina, debía avanzar por la calle de Saint-Jacques también hacia la Cité. Desde aquí, ambas columnas, después de unirse, debían avanzar por la orilla derecha del Sena y tomar la Alcaldía por la retaguardia y por los flancos.

El plan, como vemos, se apoyaba con todo acierto en las partes de la ciudad pobladas exclusivamente por obreros y que rodean en semicírculo toda la mitad oriental de París y se amplían a medida que se acercan a la parte oriental de la ciudad. Se pensaba limpiar primeramente de todos los enemigos la parte oriental de París y únicamente después avanzar por ambas orillas del Sena hacia la parte occidental y sus centros, las Tullerías y la Asamblea Nacional.

Estas columnas habían de ser apoyadas por una serie de destacamentos volantes que debían actuar independientemente entre sí, levantar barricadas, ocupar las calles pequeñas y mantener contacto entre las columnas.

En caso de repliegue las bases de operaciones estaban sólidamente fortificadas y convertidas, de acuerdo con todas las reglas del arte militar, en fuertes ciudadelas. Fueron levantadas fortificaciones en Clos Saint-Lazare, en el suburbio y el barrio de Saint-Antoine y en el suburbio de Saint-Jacques.

El único error de este plan consistía en que en la primera fase de las operaciones no se prestaba ninguna atención a la parte occidental de París. Allí están situados a ambos extremos de la calle de Saint-Honoré, junto al edificio del mercado y del Palacio Nacional, unos cuantos barrios extraordinariamente favorables para las acciones insurreccionales, con callejuelas muy estrechas y tortuosas y pobladas predominantemente por obreros. Era extraordinariamente importante establecer allí el quinto foco de la insurrección y cortar así, por una parte, la Alcaldía y, por otra parte. ligar con este destacado puesto avanzado considerables fuerzas de combate. El éxito de la insurrección dependía de si se conseguiría con toda la rapidez posible avanzar hacia el centro de París y asegurar la toma de la Alcaldía. No sabemos en qué medida fué posible para Kersausie organizar en este barrio las acciones insurreccionales. Pero es un hecho que ni una sola insurrección ha tenido éxito si desde el comienzo mismo no ha dominado este centro de París contiguo a las Tullerías. Recordemos tan sólo el alzamiento durante el entierro del general Lamarck; los sublevados también pudieron avanzar hasta la calle Montorguieil, pero después fueron rechazados. Los insurgentes comenzaron a actuar siguiendo su plan. Inmediatamente separaron su territorio, el París obrero, del París de la burguesía con dos líneas de barricadas: las barricadas de las puertas de Saint-Denis y las barricadas de la Cité.

De las primeras barricadas fueron expulsados, pero las segundas consiguieron retener. El primer día, el 23 de junio, fué únicamente el prólogo. El plan de los insurgentes se perfilaba con entera precisión (como lo comprendió con todo acierto desde el comienzo mismo la «Nueva Gaceta del Rin», núm. 26, suplemento extraordinario), o sea después de los primeros encuentros de las fuerzas de vanguardia, que tuvieron lugar ya por la mañana. El bulevar de Saint-Martin, que cortaba la línea de operaciones de la primera columna, fué teatro de sangrientos combates, que terminaron allí con la victoria del «Orden», debido en parte al carácter del terreno.

Los accesos a la Cité fueron cortados por la derecha por un destacamento volante que ocupó la calle Planche-Milray y por la izquierda por las columnas tercera y cuarta, que ocuparon y fortificaron los tres puentes meridionales de la Cité. Allí también se libró un combate extraordinariamente encarnizado. Las fuerzas del «Orden» consiguieron apoderarse del puente de Saint-Michel y avanzar hasta la calle de Saint-Jacques. Su propósito era aplastar la insurrección para el atardecer.

Si el plan de los insurgentes se perfilaba ya con precisión, en mayor grado aún puede decirse esto respecto al plan del partido del «Orden». Su plan se reducía a aplastar la insurrección por todos los medios. Estas intenciones las puso de manifiesto al recibir a los insurgentes con balas de cañón y metralla.

Sin embargo, el gobierno suponía que tenía enfrente una banda inorganizada de revoltosos corrientes, que actuaban sin plan alguno. Después de limpiar para el atardecer las principales calles, el gobierno declaró que la insurrección estaba aplastada y con extraordinaria negligencia ocupó las partes conquistadas de la ciudad con tropas.

Los insurgentes pudieron aprovechar magníficamente este descuido, empezando la batalla general después de los combates librados en los puestos de avanzada el 23 de junio. Es admirable la rapidez con que los obreros comprendieron el plan de operaciones, la regularidad con que se apoyaron entre sí y lo hábilmente que supieron utilizar los accidentes del terreno. Esto no se comprendería en absoluto si los obreros no hubiesen estado organizados casi en pie de guerra ya en los talleres nacionales y no hubiesen estado encuadrados en compañías, de manera que les quedaba tan sólo adaptar la organización ya existente a las acciones militares que habían comenzado, para formar en seguida un ejército dislocado con el mayor acierto.

En la mañana del 24 de junio no sólo fué recuperado todo el territorio perdido, sino que se ocupó otro nuevo. Ciertamente, la línea de los bulevares hasta el bulevar del Temple quedaba ocupada por las tropas gubernamentales y, por ello, la primera columna había

quedado cortada del centro. En cambio, la segunda columna avanzó mucho desde el barrio de Saint-Antoine y casi cercó la Alcaldía. Su Cuartel General lo estableció en la iglesia de Saint-Gervain, a 300 pasos de la Alcaldía; ocupó el monasterio de Saint-Méry y avanzó mucho más allá de la Alcaldía, y junto con las columnas de la Cité la aisló casi por completo. Quedaba abierto un solo acceso: el muelle de la orilla derecha. En el sur se ocupó de nuevo el suburbio de Saint-Jacques, se estableció contacto con la Cité, esta última fué fortificada y se preparó el paso a la orilla derecha.

Naturalmente, en este momento no se podía perder ni un minuto más; sobre el centro revolucionario de París se cernía un peligro amenazante, y si no eran tomadas las medidas más enérgicas, la ciudad debía caer inevitablemente.

Publicado en la «Nueva Gaceta del Rin», núm. 31, 1 de julio de 1848.

LA INSURRECCION COMO UN ARTE

C. Marx y *F. Engels*

DEL ARTICULO «REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION EN ALEMANIA»

... La insurrección es un arte, exactamente igual que la guerra o que cualquier arte, y está sometido a ciertas reglas de conducta que, cuando se descuidan, acarrean la ruina del partido que ha dejado de observarlas. Estas reglas, consecuencia lógica de la naturaleza de los partidos y de la naturaleza de las circunstancias con que hay que contar en semejante caso, son tan palmarias y sencillas, que la breve experiencia de 1848 había familiarizado suficientemente con ellas a los alemanes. En primer lugar, no se debe jugar nunca con la insurrección, si no hay la decisión de llegar hasta el fin. La insurrección es una ecuación con magnitudes sumamente indefinidas, cuyo valor puede cambiar cada día. Las fuerzas que se tienen en frente cuentan con todas las ventajas de la organización, de la disciplina y de la autoridad tradicional; si los insurgentes no pueden reunir fuerzas superiores contra su enemigo, son seguros la derrota y el aplastamiento. En segundo lugar, una vez comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor decisión y pasar a la ofensiva. La defensiva es la muerte de toda insurrección armada; en la defensiva, la insurrección está perdida antes ya de medir sus fuerzas con las del enemigo. Hay que sorprender al adversario mientras sus tropas están aún dispersas; hay que conseguir cada día nuevos triunfos, aunque sean pequeños; hay que mantener la superioridad moral que brinda el primer levantamiento eficaz; hay que atraerse a los elementos vacilantes que siguen a la parte más fuerte y se adhieren siempre al lado más seguro; hay que obligar al enemigo a retroceder antes de que pueda reunir sus fuerzas; en suma, para decirlo con las palabras de Dantón, el maestro de táctica revolucionaria más grande que conoce la historia: *de l'audace, de l'audace, encore de l'audace*! (¡audacia, audacia y siempre audacia!).

¿Qué tenía que hacer, pues, la Asamblea Nacional de Francfort si quería escapar a la ruina cierta que la amenazaba? Lo primero de todo, debía comprender claramente la situación y convencerse de que no le quedaba otra opción que someterse incondicionalmente a los gobiernos o abrazar con decisión y sin tardanza la causa de la insurrección armada. En segundo término, debía reconocer públicamente todas las insurrecciones que habían estallado ya, llamar en todas partes al pueblo a que tomase las armas en defensa de la representación nacional y declarar fuera de la ley a todos los monarcas, ministros y a quienesquiera que se atrevieran a oponerse al pueblo soberano, representado por sus mandatarios. En tercer lugar, debía deponer inmediatamente al Regente del Imperio alemán, crear un Poder ejecutivo fuerte, activo, que no cediese ante nada; llamar a Francfort a las tropas sublevadas, para su protección inmediata, ofreciendo así, al mismo tiempo, un pretexto legal para la expansión del movimiento insurreccional; organizar en un todo compacto las fuerzas que tenía a su disposición; en una palabra, aprovechar rápidamente y sin vacilar todos los medios posibles para robustecer su posición y debilitar la posición de sus enemigos.

Los virtuosos demócratas de la Asamblea de Francfort hicieron justamente lo contrario de todo esto. No contentos con dejar que las cosas tomasen el sesgo que se les antojara, aquellos beneméritos varones llegaron al extremo de reprimir, con su oposición, todos los movimientos insurreccionales que surgieron. Eso fué lo que, por ejemplo, hizo Carlos Vogt en Nüremberg. Consintieron que las insurrecciones de Sajonia, de la Prusia Renana, de Westfalia, fuesen reprimidas, sin prestarles más ayuda que una póstuma protesta sentimental contra la cruel violencia del gobierno prusiano. Mantuvieron bajo cuerda tratos diplomáticos con las insurrecciones del Sur de Alemania, pero sin prestarles nunca el apoyo de su franco reconocimiento. Sabían que el Regente del Imperio estaba al lado de los gobiernos, y sin embargo, apelaron *a él*, que ni siquiera dijo «esta boca es mía», con el ruego de que se opusiese a las intrigas de esos mismos gobiernos. Los ministros del Imperio, viejos conservadores, ponían en ridículo en cada sesión a la impotente Asamblea, y los miembros de ésta lo consentían. ¡Y cuando Guillermo Wolff, diputado silesiano, uno de los editores de la «Nueva Gaceta del Rin», exigió que la Asamblea declarase fuera de la ley al Regente del Imperio—que no era, como con razón decía Wolff, más que el primero y el mayor de los traidores al Imperio—, vióse abucheado por la unánime y virtuosa indignación de aquellos democráticos revolucionarios! En suma, éstos siguieron charlando, haciendo declaraciones, protestando, proclamando, dando voces, pero jamás tuvieron valor ni inteligencia para obrar, mientras que cada vez tenían más cerca las hostiles tropas de los gobiernos, y su propio Poder ejecutivo, el

Regente del Imperio, urdía afanosamente con los príncipes alemanes su rápida destrucción. Así perdió esta despreciable Asamblea hasta el último vestigio de importancia; los insurgentes que se habían alzado para defenderla, dejaron de preocuparse de ella; y cuando llegó su vergonzoso fin, la Asamblea murió sin que nadie se enterara siquiera de su indigno fallecimiento.

Londres, agosto de 1852.
Publicado en el «New-York Daily Tribune», del 18 de septiembre de 1852.

LA TACTICA DE LA DEFENSA ACTIVA

F. Engels

DEL ARTICULO «LA GUERRA DE MONTAÑA ANTES Y AHORA»

Incluso en las más altas cumbres de los Alpes no hay ni un solo paso montañoso que no se pueda envolver. La regla de Napoleón en la guerra de montaña era: «por donde pueden pasar las cabras, puede pasar el hombre; por donde pasa el hombre, pasa un batallón, y por donde pasa un batallón, pasa un ejército». Así se vió precisado a obrar Suvórov cuando quedó encerrado en el valle de Reuss: tuvo que conducir a su ejército por senderos de pastores, que incluso no eran lo suficientemente anchos para que pasasen a la vez dos hombres, al mismo tiempo que pisándole los talones le seguía Lecourbe, ¡el mejor general francés en la guerra de montaña!

Precisamente esta posibilidad de envolver al enemigo neutraliza de sobra la fuerza de las posiciones defensivas, contra las cuales el ataque frontal es a menudo una locura completa. La protección de todos los caminos por los que se puede envolver las posiciones defensivas, implicaría para la parte que está a la defensiva tal dispersión de fuerzas, que sería segura la inmediata derrota. En el mejor de los casos estos caminos sólo se pueden tener bajo observación, y el rechazar la operación de envolvimiento debe depender de la acertada utilización de las reservas y de la iniciativa y energía de los jefes de las diferentes unidades. Con todo, si de tres o cuatro columnas que realizan la operación de envolvimiento, aunque sólo sea una consigue éxito, la parte que está a la defensiva se encuentra en una situación tan difícil como en el caso en que hubiesen obtenido éxito todas las columnas. Así pues desde el punto de vista estratégico, en la guerra de montaña la situación del que ataca tiene una superioridad decisiva sobre la situación del que se defiende.

Esta misma conclusión se obtiene al examinar el problema desde el punto de vista puramente táctico. Siempre servirán de posiciones defen-

sivas las estrechas gargantas montañosas, ocupadas por fuertes columnas en el valle y protegidas por tiradores desde las alturas vecinas. Estas posiciones pueden ser envueltas bien de frente, cuando grupos de tiradores se infiltran por las pendientes del valle y envuelven por los flancos a los tiradores de la parte que se defiende, bien enviando tropas por las cumbres, donde esto es posible, o por valles paralelos; además, las fuerzas que realizan la operación de envolvimiento utilizan algún otro paso montañoso para atacar a los que se defienden por el flanco o por la retaguardia. En todos estos casos, las unidades envolventes tienen de su parte las ventajas de una situación *dominante*; ocupan lugares más elevados del terreno y están situadas sobre el valle ocupado por su enemigo. Pueden arrojar sobre éste piedras y árboles, pues actualmente no hay un destacamento que entre en un profundo desfiladero sin haber limpiado previamente sus muros; así pues, este procedimiento que todavía no hace tanto tiempo era preferido para la defensa, ahora se vuelve contra los que se defienden. Otra desventaja para la defensa es el hecho de que las armas de fuego en las que principalmente se apoya, pierden en el terreno montañoso gran parte de su efectividad. La artillería o es inútil o, si se la utiliza en serio, hay que abandonarla generalmente en la retirada. La llamada artillería de montaña, compuesta de obuses ligeros transportados a lomo de mulos, da un resultado por demás insignificante, como lo demuestra en grado suficiente la experiencia de los franceses en Argel. Por lo que se refiere a la utilización de los mosquetones y fusiles, los lugares resguardados que hay por todas partes en las montañas privan a la defensa de una ventaja muy grande, a saber: el campo abierto ante la posición defensiva, que el enemigo se ve obligado a atravesar bajo el fuego. Por consiguiente, tanto desde el punto de vista táctico como desde el estratégico llegamos a la conclusión hecha por el archiduque Carlos de Austria, uno de los mejores generales de la guerra de montaña y uno de los teóricos clásicos de este problema, a saber: que en la guerra de este tipo la ofensiva tiene enormes ventajas sobre la defensiva.

¿Quiere esto decir que la defensa de un país montañoso es una empresa por completo inútil? No, naturalmente. Esto significa únicamente que la defensa no debe ser tan sólo pasiva y que debe extraer su fuerza de la movilidad y actuar a la ofensiva en todas partes donde se ofrezca el caso. En los países alpinos casi son imposibles los combates serios; la guerra aquí representa una cadena ininterrumpida de pequeñas refriegas, de intentos de la parte atacante de abrir aquí o allá una cuña en el dispositivo del enemigo y después avanzar. Necesariamente ambos ejércitos están dispersos; ambos están a cada paso a riesgo de ser objeto de un afortunado golpe del adversario; ambos tienen que confiar en la casualidad. De tal modo, la única ventaja que puede tener el ejército que se defiende consiste en encontrar el punto vulnerable

del enemigo y lanzarse entre sus columnas dispersas. En este caso, las posiciones defensivas fuertes, que son las únicas en las que se apoyaría una defensa puramente pasiva, pueden jugar para el enemigo el papel de emboscadas a las que se le puede atraer para un ataque frontal, al mismo tiempo que los principales esfuerzos de la defensa serán dirigidos contra las columnas envolventes, cada una de las cuales puede a su vez resultar envuelta y caer en la situación más desesperada, en la que se proponía colocar a la parte que se defiende. Es completamente claro, sin embargo, que esta defensa activa exige generales singularmente activos, expertos y hábiles, tropas con un alto grado de disciplina y de movilidad y, en primer lugar, jefes muy hábiles y seguros de brigadas, batallones e incluso compañías, pues en estos casos todo depende de la acción rápida y prudente de las diferentes unidades.

Publicado en «New-York Daily Tribune», núm. 4921 de 27 de enero de 1857.

LENIN Y STALIN
SOBRE
LA GUERRA DE GUERRILLAS

V. I. Lenin

LA GUERRA DE GUERRILLAS

La cuestión de las operaciones de guerrillas interesa vivamente a nuestro Partido y a la masa obrera. Hemos tratado ya varias veces someramente esta cuestión de un modo accidental y ahora nuestra intención es hacer, conforme a lo prometido, una exposición más de conjunto de nuestras ideas.

I

Procedamos por orden. ¿Cuáles deben ser las exigencias fundamentales de todo marxista en el análisis de la cuestión de las formas de lucha? En primer lugar, el marxismo se distingue de todos las formas primitivas del socialismo en que no liga el movimiento a una sola forma determinada de lucha. El marxismo admite las formas más diversas; además, no las «inventa», sino que se limita a generalizar, a organizar, a hacer conscientes las formas de la lucha de las clases revolucionarias que aparecen por sí mismas en el curso del movimiento. Enemigo absoluto de toda fórmula abstracta, de toda receta doctrinaria, el marxismo exige que se preste atención a la lucha de *masas*, la cual, a medida que el movimiento se extiende, a medida que crece la conciencia de las masas, a medida que las crisis económicas y políticas se acentúan, engendra procedimientos siempre nuevos y siempre más diversos de defensa y de ataque. Por esto el marxismo no renuncia terminantemente a ninguna forma de lucha. El marxismo no se limita en ningún caso a las formas practicables y sólo existentes en un momento dado, admitiendo la *aparición inevitable* de formas de lucha nuevas, desconocidas, de los militantes de un período dado al cambiar una coyuntura social determinada. El marxismo, en este sentido, *aprende*, si puede decirse así, de la práctica de las masas, lejos de pretender *enseñar* a las masas las formas de lucha inventadas por «sistematizadores» de gabinete. Sabemos — decía, por ejemplo, Kautsky, al examinar las formas de la revolución social — que la crisis futura nos aportará formas nuevas de lucha que no podemos prever ahora.

En segundo lugar, el marxismo exige que la cuestión de las formas de lucha sea considerada desde un punto de vista absolutamente *histórico*. Plantear esta cuestión fuera de la situación histórica concreta es no comprender el abecé del materialismo dialéctico. En los diversos momentos de la evolución económica, según las diferentes condiciones políticas, la cultura nacional, las costumbres, etc., aparecen en primer plano distintas formas de lucha, se hacen preponderantes distintas formas de lucha, y en relación con esto se modifican a su vez las formas de lucha secundarias, accesorias. Querer responder sí o no a propósito de uno u otro procedimiento determinado de lucha, sin examinar en detalle la situación concreta de un movimiento dado, en el estadio dado de su desenvolvimiento, significa abandonar completamente el terreno del marxismo.

Estos son los dos principios teóricos fundamentales que deben guiarnos. La historia del marxismo en Europa Occidental nos suministra innumerables ejemplos que confirman lo que acabamos de decir. La socialdemocracia europea considera en el momento actual el parlamentarismo y el movimiento sindical como las principales formas de lucha; en el pasado reconocía la insurrección y está presta a reconocerla en el porvenir si la situación cambia, pese a la opinión de los liberales burgueses. como los kadetes(2) y los «bessaglavtsi»(3) rusos. La socialdemocracia ha negado la huelga general en la década del 70 en tanto que panacea social, en tanto que medio de derribar de golpe a la burguesía por la vía apolítica, pero la socialdemocracia admite plenamente la huelga general política (sobre todo después de la experiencia rusa de 1905) como *uno* de los procedimientos de lucha, indispensable en *ciertas* condiciones. La socialdemocracia ha admitido la lucha de barricadas en la década del 40 del siglo XIX, la ha rechazado basándose en datos concretos al final del siglo XIX, se ha declarado plenamente dispuesta a revisar esta última opinión y a reconocer la utilidad de la lucha de barricadas después de la experiencia de Moscú, que ha hecho nacer, según Kautsky, una nueva táctica de las barricadas.

II

Establecidos los principios generales del marxismo, pasemos a la revolución rusa. Recordemos el desarrollo histórico de las formas de lucha que ha hecho aparecer. Primero, las huelgas económicas de los obreros (1896-1900), después, las manifestaciones políticas de obreros y estudiantes (1901-2), los alzamientos campesinos (1902), el principio de las huelgas políticas de masas diversamente combinadas con las manifestaciones (Rostov 1902, las huelgas del verano de 1903, el 9 de enero de 1905), la huelga política de toda Rusia con casos loca-

les de combates de barricadas (octubre de 1905), la lucha de barricadas general y la insurrección armada (diciembre de 1905), la lucha parlamentaria pacífica (abril-junio de 1906), los motines militares parciales (junio de 1905 — julio de 1906), las sublevaciones parciales de campesinos (otoño de 1905 — otoño de 1906).

Tal es el estado de cosas en otoño de 1906, desde el punto de vista de las formas de lucha en general. La forma de lucha con que la autocracia «responde» es el pogromo de las «Centurias Negras», desde Kishinev en la primavera de 1903 hasta Siedlec en el otoño de 1906. Durante todo este período la organización de los pogromos ultrarreaccionarios y de las matanzas de judíos, estudiantes, revolucionarios, obreros concientes no cesa de progresar, de perfeccionarse, uniéndose la violencia de la chusma sobornada a la violencia de las tropas reaccionarias, llegando hasta utilizar la artillería contra los pueblos y las ciudades, en combinación con las expediciones punitivas, los trenes de represión, etc.

Tal es, a grandes trazos, el fondo del cuadro. Sobre este fondo se dibuja — evidentemente como algo particular, secundario, accesorio — el fenómeno a cuyo estudio y apreciación está consagrado el presente artículo. ¿En qué consiste este fenómeno? ¿Cuáles son sus formas? ¿Cuáles sus causas? ¿Cuál la fecha de su aparición y su grado de difusión? ¿Cuál su papel en la marcha general de la revolución? ¿Cuáles sus relaciones con la lucha de la clase obrera, lucha organizada, dirigida por la socialdemocracia? Estas son las cuestiones que debemos abordar ahora, después de haber bosquejado el fondo general del cuadro.

El fenómeno que nos interesa es la lucha *a mano armada*. Sostienen esta lucha individuos aislados y pequeños grupos. Unos pertenecen a las organizaciones revolucionarias, otros (en ciertos puntos de Rusia la *mayor* parte) no pertenecen a ninguna organización revolucionaria. La lucha armada persigue dos fines *diferentes*, que es preciso distinguir *rigurosamente*: en primer lugar, esta lucha se propone la ejecución de ciertos individuos, jefes y subalternos del ejército y de la policía; en segundo lugar, la confiscación de fondos pertenecientes al gobierno y a particulares. Parte de las sumas confiscadas va al Partido, parte está consagrada especialmente al armamento y a la preparación de la insurrección, y parte a la manutención de los que sostienen la lucha que caracterizamos. Las grandes expropiaciones (la del Cáucaso, de más de 200.000 rublos; la de Moscú, de 875.000 rublos) estaban destinadas precisamente a los partidos revolucionarios ante todo; las pequeñas expropiaciones sirven en primer lugar, e incluso a veces enteramente, al sostenimiento de los «expropiadores». Esta forma de lucha ha tomado un amplio desarrollo y extensión, indudablemente, tan sólo en 1906, es decir, después de la insurrección de diciembre. La agudización de la crisis política hasta llegar a la lucha armada

y, sobre todo, la agravación de la miseria, del hambre y del paro en las aldeas y en las ciudades han desempeñado un importante papel entre las causas que han originado la lucha descrita. El mundo de los vagabundos, el «Lumpenproletariat» y los grupos anarquistas han adoptado esta forma de lucha como la forma principal y hasta *exclusiva* de lucha social. Como forma de lucha empleada en «respuesta» por la autocracia hay que considerar el estado de guerra, la movilización de nuevas tropas, los pogromos de las «Centurias Negras» (Siedlec) y los consejos de guerra sumarísimos.

III

El juicio que se emite habitualmente sobre la lucha en cuestión se reduce a lo siguiente: esto es anarquismo, es blanquismo (4), es el antiguo terror, estos son actos de individuos aislados de la masa que desmoralizan a los obreros, que separan de ellos a los amplios círculos de la población, que desorganizan el movimiento, que perjudican a la revolución. Se encuentran sin dificultad ejemplos para confirmar este juicio en los hechos comunicados todos los días por los periódicos.

Pero ¿son convincentes estos ejemplos? Para comprobarlo tomemos la región en que esta forma de lucha está *más* desarrollada: el país letón. He aquí en qué términos se lamenta «Novoe Vremia» («El Tiempo Nuevo») del 21 y del 25 de septiembre, de la actividad de la socialdemocracia letona: El Partido obrero socialdemócrata letón (sección del Partido obrero socialdemócrata de Rusia) publica regularmente su periódico, que tira 30.000 ejemplares; en la sección oficial aparecen listas de confidentes cuya supresión constituye un deber para todo hombre honrado; los que ayudan a la policía son declarados «enemigos de la revolución» y deben ser ejecutados, respondiendo además con sus bienes; se ordena a la población no dar dinero para el Partido socialdemócrata más que contra un recibo sellado; en el último informe del Partido figuran, entre los 48.000 rublos de ingresos del año, 5.600 rublos de la sección de Libava destinados a la compra de armas y procurados mediante la expropiación. «Novoe Vremia» fulmina, naturalmente, contra esta «legislación revolucionaria», contra este «gobierno del terror».

Nadie se atreverá a calificar de anarquismo, de blanquismo, de terrorismo, esta acción de los socialdemócratas letones. Pero ¿por qué? Porque en este caso *es evidente* la relación entre esta nueva forma de lucha y la insurrección que ha tenido lugar en diciembre y que madura de nuevo. En lo que concierne a toda Rusia, esta relación no es tan evidente, pero existe. La propagación de la lucha de «guerrillas» precisamente después de diciembre, su relación con la agravación de la crisis no sólo económica, sino política, son innegables. El viejo

terrorismo ruso era cosa del intelectual conspirador; ahora quien sostiene la lucha de guerrillas es, por regla general, el combatiente obrero o simplemente el obrero sin trabajo. Las expresiones de blanquismo y de anarquismo se les ocurren fácilmente a gentes que gustan de los clichés, pero en la atmósfera de insurrección, que de un modo tan evidente existe en el país letón, es indudable que estas etiquetas aprendidas de memoria no tienen ningún valor.

El ejemplo de los letones pone de relieve la falsedad completa, el carácter anticientífico, antihistórico del análisis que con tanta frecuencia se hace entre nosotros de la guerra de guerrillas, sin establecer relación alguna entre ella y la insurrección. Hay que tener en cuenta esta atmósfera insurreccional, reflexionar sobre las particularidades del período transitorio entre los grandes actos de la insurrección, comprender qué formas de lucha surgen necesariamente como consecuencia de ello y no resolver la cuestión por un surtido de palabras aprendidas de una vez para siempre y empleadas lo mismo por los kadetes que por el «Novoe Vremia»: ¡anarquía, pillaje y vagabundaje!

Las operaciones de guerrillas, se dice, desorganizan nuestro trabajo. Apliquemos este razonamiento a la situación creada después de diciembre de 1905, a la época de los pogromos de las «Centurias Negras» y del estado de sitio. ¿Qué es lo que desorganiza más el movimiento en *dicha* época: la falta de resistencia o bien la lucha organizada de los guerrilleros? Comparad la Rusia Central con sus confines del Oeste, con Polonia y el país letón. La lucha de guerrillas ha adquirido indudablemente mucha más difusión y desarrollo en esos confines occidentales. Y es no menos innegable que el movimiento revolucionario en general, el movimiento socialdemócrata en particular, están *más desorganizados* en la Rusia central que en las regiones del Oeste. Evidentemente, ni tan sólo se nos ocurre la idea de deducir que si los movimientos socialdemócratas polaco y letón están menos desorganizados es *gracias* a la guerra de guerrillas. No. La conclusión que se desprende de ello es únicamente que la guerra de guerrillas no entra para nada en la desorganización del movimiento obrero socialdemócrata en Rusia en 1906.

Se invocan frecuentemente las particularidades nacionales, lo cual revela manifiestamente la debilidad de la argumentación corriente. Si se trata de las condiciones nacionales, es que no se trata de anarquismo, de blanquismo, de terrorismo — pecados comunes a toda Rusia e incluso específicamente rusos—, sino de algo diferente. ¡Dad a este algo diferente *un contenido concreto*, señores! Veréis entonces que la opresión o el antagonismo nacionales no explican nada, pues siempre ha existido en los confines occidentales, mientras que la lucha de guerrillas ha sido engendrada solamente por el período histórico actual. Hay muchas regiones en que existen la opresión

y el antagonismo nacionales, pero no la lucha de guerrillas, que se desarrolla a veces sin que se dé la opresión nacional. Un análisis concreto de la cuestión probará que no es del yugo nacional de lo que se trata, sino de la atmósfera de insurrección. La lucha de guerrillas es una forma inevitable de lucha en un momento en que el movimiento de masas ha llegado ya realmente a la insurrección y en que se producen intervalos más o menos considerables entre «grandes batallas» de la guerra civil.

No son las acciones de guerrillas las que desorganizan el movimiento, sino la debilidad del Partido, que no sabe *tomar en sus manos* dichas acciones. He aquí por qué los anatemas habituales entre nosotros, los rusos, contra las acciones de guerrillas van acompañados de acciones de guerrillas clandestinas, accidentales, no organizadas, que realmente desorganizan al Partido. Incapaces de comprender las condiciones históricas que determinan esta lucha, somos igualmente incapaces de suprimir los aspectos negativos de la misma. La lucha no por eso deja de continuarse, pues ha sido provocada por potentes factores económicos y políticos. No tenemos fuerza para suprimir estos factores ni esta lucha. Nuestras quejas contra la lucha de guerrillas son quejas contra la debilidad de nuestro Partido en materia de insurrección.

Lo que hemos dicho de la desorganización corresponde igualmente a la desmoralización. No es la guerra de guerrillas lo que desmoraliza, sino el carácter *inorganizado*, desordenado, sin partido de las acciones de guerrillas. Las condenaciones y las imprecaciones con que se abruma a las acciones de guerrillas no nos evitan ni mucho menos esta *innegable* desmoralización, pues estas condenaciones e imprecaciones son absolutamente impotentes para detener un fenómeno provocado por causas económicas y políticas profundas. Se nos objetará que si somos incapaces de detener un fenómeno anormal y desmoralizador, esto no es una razón para que el *Partido* adopte procedimientos de lucha anormales y desmoralizadores. Pero tal objeción sería puramente liberal burguesa y no marxista, pues un marxista no puede considerar *en general* anormales y desmoralizadoras la guerra civil o la guerra de guerrillas, como una de sus formas. El marxista se coloca en el terreno de la lucha de clases y no en el de la paz social. En ciertas épocas de crisis económicas y políticas agudas, la lucha de clases, al desenvolverse, se transforma en guerra civil abierta, es decir en lucha armada entre dos partes del pueblo. En tales períodos, el marxista está *obligado* a colocarse en el terreno de la guerra civil. Toda condenación moral de ésta es completamente inadmisible desde el punto de vista del marxismo.

En una época de guerra civil, el ideal del Partido del proletariado es el *Partido de combate*. Esto es absolutamente incontrovertible.

Admitimos perfectamente que desde el punto de vista de la guerra civil se puede demostrar, y se demuestra en efecto, la *inconveniencia* de unas u otras formas de guerra civil en uno u otro momento. Admitimos plenamente la crítica de las diversas formas de guerra civil desde el punto de vista de la *conveniencia militar* y estamos incondicionalmente de acuerdo en que, en *esta* cuestión, el voto decisivo corresponde a los militantes activos socialdemócratas de cada localidad. Pero en nombre de los principios del marxismo exigimos absolutamente que nadie se sustraiga al análisis de las condiciones de la guerra civil por medio de lugares comunes sobre el anarquismo, el blanquismo y el terrorismo; que no se haga de los procedimientos insensatos empleados en la guerra de guerrillas en un cierto momento por cierta organización del *P.P.S.* (5), un espantajo en cuestión de la participación de la socialdemocracia en la guerra de guerrillas en general.

Hay que acoger con espíritu crítico los argumentos relativos a la desorganización del movimiento por medio de la guerra de guerrilleros. *Toda* forma nueva de lucha, que trae aparejada consigo nuevos peligros y nuevos sacrificios, «desorganiza» indefectiblemente a las organizaciones no preparadas para esta nueva forma de lucha. El paso a la agitación desorganizó nuestros antiguos círculos de propagandistas. Más tarde el paso a las manifestaciones desorganizó nuestros comités. En toda guerra, toda operación lleva un cierto desorden a las filas de los combatientes. De esto no se puede deducir que no hay que hacer la guerra. De esto es preciso deducir que hay que *aprender* a hacer la guerra. Esto es todo.

Cuando veo a socialdemócratas que declaran con soberbia y con suficiencia: nosotros no somos anarquistas, ni ladrones, ni bandidos; estamos por encima de todo eso, rechazamos la guerra de guerrillas, me pregunto: ¿Comprenden esas gentes lo que dicen? En todo el país hay encuentros armados y refriegas entre el gobierno archirreaccionario y la población. Es un fenómeno absolutamente inevitable en la fase actual de la revolución. Espontáneamente, sin organización — y por lo tanto bajo formas a menudo poco afortunadas y *malas* — la población reacciona también mediante colisiones y ataques armados. Estoy de acuerdo en que, a causa de la debilidad o de la falta de preparación de nuestra organización, podemos renunciar, en una localidad y en un momento dado, a colocar *esta* lucha espontánea bajo la dirección del Partido. Estoy de acuerdo en que esta cuestión debe ser resuelta por los militantes activos locales, que la transformación de organizaciones débiles y mal preparadas no es cosa fácil. Pero cuando veo a un teórico o a un publicista de la socialdemocracia que, en lugar de estar apenado por esta falta de preparación, repite con orgullosa suficiencia y entusiasmo narcisista las frases aprendidas en su primera juventud sobre el anarquismo, el

blanquismo y el terrorismo, experimento un sentimiento de disgusto al ver rebajar así la doctrina más revolucionaria del mundo.

La guerra de guerrillas, se dice, aproxima al proletariado consciente a los vagabundos ebrios. Es exacto. Pero ¿qué se desprende de esto? Unicamente que el partido del proletariado no puede nunca considerar la guerra de guerrillas como el único, ni siquiera como el principal procedimiento de lucha; que este procedimiento debe estar subordinado a los otros, debe ser proporcionado a los procedimientos esenciales de lucha, ennoblecido por la influencia civilizadora y organizadora del socialismo. Sin esta *última* condición, *todos*, absolutamente todos los procedimientos de lucha, en la sociedad burguesa aproximan al proletariado a las diversas capas no proletarias, situadas por encima o por debajo de él, y, abandonados al curso espontáneo de los acontecimientos, se desgastan, se pervierten, se prostituyen. Las huelgas, abandonadas al capricho de los acontecimientos, degeneran en «alianzas», en acuerdos entre patronos y obreros *contra* el consumidor. El Parlamento se convierte en una casa pública en que una banda de politicastros burgueses hace, al por mayor y al por menor, la trata de la «libertad popular», del «liberalismo», de la «democracia», del republicanismo, del anticlericalismo, del socialismo y de todas las demás mercancías corrientes. La prensa se transforma en alcahueta a bajo precio, en instrumento de corrupción de las masas, de adulación grosera de los bajos instintos de la muchedumbre, etc., etc. La socialdemocracia no conoce procedimientos de lucha universales que separen al proletariado, como por una muralla de China, de las capas situadas un poco más arriba o un poco más abajo que él. La socialdemocracia usa en diversas épocas diversos procedimientos, rodeando *siempre* su aplicación de condiciones *rigurosas* en lo que concierne a la doctrina y la organización (*).

---

* Se acusa frecuentemente a los socialdemócratas bolcheviques de asumir una actitud irreflexiva y parcial frente a las acciones de guerrillas. Por esto no será superfluo recordar que en el proyecto de resolución sobre las acciones de guerrillas, *el grupo* de los bolcheviques que las defiende ha puesto las condiciones siguientes de su aprobación: no son toleradas en absoluto las «expropiaciones» de bienes privados; las «expropiaciones» de bienes del Estado no son recomendadas; sólo son *toleradas* a condición de que se hagan *bajo el control del Partido* y que los recursos sean lestinados *a las necesidades de la insurrección*. Las acciones de guerrillas que revisten la forma del terror son *recomendadas* contra los opresores gubernamentales y los elementos *activos* de las «Centurias Negras», pero con las condiciones siguientes: 1) tener en cuenta el estado de espíritu de las grandes masas; 2) tomar en consideración las condiciones del movimiento obrero local; 3) preocuparse de no gastar inútilmente las fuerzas del proletariado. La diferencia práctica entre este proyecto y la resolución adoptada en el Congreso de unificación consiste *exclusivamente* en que las «expropiaciones» de bienes del Estado no han sido admitidas. (*Nota de Lenin.*)

IV

Las formas de lucha de la revolución rusa, comparadas con las revoluciones burguesas de Occidente, se distinguen por su extraordinaria variedad. Kautsky lo había predicho en parte cuando decía en 1902 que la futura revolución (y agregaba: salvo, *acaso*, en Rusia) sería no tanto una lucha del pueblo contra el gobierno como una lucha entre dos partes del pueblo. En Rusia vemos que esta *segunda* lucha toma indudablemente más extensión que en las revoluciones burguesas de Occidente. Los enemigos de nuestra revolución son poco numerosos entre el pueblo, pero se organizan cada vez más a medida que la lucha se exaspera y reciben apoyo de las capas reaccionarias de la burguesía. Es, pues, completamente natural e inevitable que en una época *semejante*, en una época de huelgas políticas generales, la *insurrección* no pueda conservar su antigua forma de actos aislados, limitados a un lapso de tiempo muy breve y a un espacio muy restringido. Es completamente natural e inevitable que la insurrección tome las formas más elevadas y más complejas de una guerra civil prolongada, abarcando a todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo. No se puede concebir esta guerra de otra manera que como una sucesión de grandes batallas poco numerosas, separadas por intervalos relativamente considerables y jalonados por una masa de pequeñas escaramuzas durante estos intervalos. Si es así — y así es sin ningún género de duda—, la socialdemocracia debe absolutamente tratar de constituir organizaciones que sean lo más aptas posible para dirigir las masas en estas grandes batallas y, si es posible, en estas pequeñas escaramuzas. La socialdemocracia debe, en la época en que la lucha de clases se exacerba hasta el punto de convertirse en guerra civil, proponerse no solamente tomar parte *en esta guerra civil*, sino también desempeñar la función dirigente. La socialdemocracia debe educar y preparar a sus organizaciones de suerte que obren como una *parte beligerante*, no dejando pasar ninguna ocasión de asestar un golpe a las fuerzas del adversario.

Esta es — no es posible negarlo — una tarea difícil, que no se puede resolver de la noche a la mañana. Lo mismo que todo el pueblo se educa y se instruye en la lucha en el curso de la guerra civil, nuestras organizaciones deben estar educadas, deben ser reformadas sobre la base de las lecciones dadas por la experiencia a fin de estar a la altura de su misión.

No tenemos la menor pretensión de imponer a los militantes una forma de lucha cualquiera inventada por nosotros, ni siquiera resolver desde nuestro gabinete la cuestión del papel que una u otra forma de guerra de guerrillas puede desempeñar en el curso de la guerra civil en Rusia. Lejos de nosotros la idea de ver en la apreciación

concreta hecha de una u otra acción de guerrillas una cuestión de *tendencia* en la socialdemocracia. Pero consideramos que constituye para nosotros un deber contribuir en la medida de nuestras fuerzas a la justa apreciación *teórica* de las formas nuevas de lucha que la vida hace aparecer; que debemos combatir sin cuartel la rutina y los prejuicios que impiden a los obreros concientes plantear como conviene esta nueva y difícil cuestión y abordar como es debido su solución.

V. I. Lenin, Ob. Compl., t. X, págs. 80-88, ed. rusa.

Publicado en el «Proletari,» núm. 5, del 13 de octubre de 1906.

V. I. Lenin

DE LA DEFENSA AL ATAQUE

El corresponsal especial del sesudo periódico conservador «Le Temps» telegrafiaba a este periódico desde Petersburgo el 21 de septiembre:

«La noche pasada un grupo de 70 hombres atacó la prisión central de Riga, cortó los hilos telefónicos y con ayuda de escaleras de mano penetró en el patio de la cárcel, donde tras enconada refriega resultaron muertos dos carceleros y tres gravemente heridos. Los manifestantes libertaron entonces a dos presos políticos que estaban sometidos a Consejo de Guerra y esperaban la pena de muerte. Durante la persecución de los manifestantes, que consiguieron desaparecer, a excepción de dos que han sido detenidos, fué muerto un agente y heridos varios policías».

¡Así pues, las cosas van, a pesar de todo, adelante! El armamento de las masas, a pesar de las increíbles e indescriptibles dificultades, hace progresos. El terror individual, este engendro de la debilidad de los intelectuales, queda en la región del pasado. En lugar de gastar decenas de millares de rublos y una masa de fuerzas revolucionarias para dar muerte a cualquier Sergio(6) — que llevó a Moscu al campo de la revolución casi tan bien como muchos revolucionarios —, para matar «en nombre del pueblo», en lugar de esto comienzan las acciones militares *juntamente con el pueblo*. He aquí lo que resulta cuando los pioneros de la lucha armada se funden con la masa no de palabra, sino con los hechos, se colocan al frente de los equipos de combate y de los destacamentos del proletariado, educan en el fuego de la guerra civil a *decenas de jefes populares*, que mañana, en

el día de la insurrección obrera, sabrán ayudar con su experiencia y con su valor heroico a millares y decenas de millares de obreros.

¡Salud a los héroes del destacamento revolucionario de combate de Riga! Que su éxito sirva de estimulante y de ejemplo para los obreros socialdemócratas de toda Rusia. ¡Vivan los iniciadores del ejército popular revolucionario!

Considerad el éxito con que incluso desde el punto de vista puramente militar ha sido coronada la empresa llevada a cabo por los combatientes de Riga. Han sido muertos tres y heridos, probablemente, de cinco a diez enemigos. Nuestras pérdidas: sólo dos, probablemente heridos y por lo mismo hechos prisioneros por el enemigo. Trofeos nuestros: dos jefes revolucionarios libertados del cautiverio. ¡¡Esto sí que es una brillante victoria!! Es una verdadera victoria después de una batalla librada contra un enemigo armado hasta los dientes. Esto no es ya un complot contra un personaje cualquiera odiado, no es un acto de venganza, no es una salida provocada por la desesperación, no es un simple acto de «atemorizamiento», no: esto es el comienzo, bien meditado y preparado, calculado desde el punto de vista de la correlación de fuerzas, es el comienzo de las acciones de los destacamentos del ejército revolucionario. El número de estos destacamentos de 25 a 75 hombres puede ser aumentado en varias decenas en cada ciudad grande y a menudo en los suburbios de una gran ciudad. Los obreros acudirán a centenares a estos destacamentos; lo único que hace falta es pasar inmediatamente a propagar en vasta escala esta idea, pasar a formar estos destacamentos, a dotarlos de toda clase de armas, desde cuchillos y revólveres hasta bombas, pasar a instruir y educar militarmente a estos destacamentos.

Afortunadamente, han pasado los tiempos en que por falta de un pueblo revolucionario «hacían» la revolución terroristas revolucionarios aislados. La bomba ha dejado de ser el arma del «petardista» individual y ha pasado a ser *el elemento necesario del armamento del pueblo*. Con los cambios introducidos en la técnica militar, cambian y deben cambiar los métodos y procedimientos de la lucha de calles. Todos nosotros estudiamos ahora (y hacemos bien al estudiar esto) la construcción de barricadas y el arte de defenderlas. Pero por conocer este viejo y útil arte no hay que olvidar los nuevos pasos dados en el terreno de la técnica militar. Los progresos hechos en el empleo de los explosivos han introducido una serie de innovaciones en la artillería. Los japoneses han resultado ser más fuertes que los rusos en parte también porque han sabido utilizar mucho mejor los explosivos. El vasto empleo de los más fuertes explosivos es una de las particularidades muy características de la última guerra. Y estos maestros del arte militar reconocidos ahora en todo el mundo, los japoneses, han pasado también al empleo de la *granada de mano*,

que han utilizado a las mil maravillas contra Port-Arthur. ¡Aprendamos de los japoneses! Nuestra moral no ha de decaer por los duros reveses que acompañen a los intentos de conseguir aprovisionarnos de armas en gran escala. No habrá ningún revés capaz de quebrantar la energía de los hombres que comprenden y ven en la práctica su estrecha ligazón con la clase revolucionaria, que tienen conciencia del hecho de que ahora se ha alzado realmente todo el pueblo tras sus objetivos inmediatos de lucha. En todas partes es posible preparar bombas. Se fabrican actualmente en Rusia en proporciones mucho más amplias de lo que cada uno de nosotros conoce (y cada miembro de la organización socialdemócrata, probablemente, conoce más de un caso de organización de talleres). Se fabrican en proporciones incomparablemente más vastas que lo que la policía sabe (y ella sabe, probablemente, más que los revolucionarios de las diferentes organizaciones aisladas). No habrá fuerza que pueda enfrentarse a los destacamentos del ejército revolucionario que estén provistos de bombas, que en una buena noche realicen de golpe unos cuantos ataques como el de Riga, tras los cuales — y esta última condición es la más importante — se alcen centenares de miles de obreros que no han olvidado la jornada «pacífica» del 9 de enero y que anhelan ardientemente un 9 de enero *en armas*.

Hacia esto van claramente las cosas en Rusia. Reflexionad en estas informaciones de los periódicos legales acerca de las bombas encontradas en los cestos de pacíficos pasajeros de barcos. Penetrad en la significación de estas noticias que dan cuenta de *centenares* de ataques contra policías y militares, de *decenas* de muertos en el acto, de decenas de heridos graves durante los últimos dos meses. Incluso los corresponsales del traidor periódico burgués «Osvobozhdenie» («Liberación»), que condenan la «insensata» y «criminal» propaganda de la insurrección armada, reconocen que nunca habían estado aún tan cerca los trágicos acontecimientos como ahora.

¡A la obra, pues, camaradas! Que cada uno esté en su puesto. Que cada círculo obrero comprenda que si no es hoy, mañana los acontecimientos pueden exigir de él una participación dirigente en el combate último y decisivo

V. I. Lenin, Ob. compl., t. VIII, págs. 232-234, ed. rusa.

Publicado en el «Proletari», núm. 18, del 26 de septiembre de 1905.

V. I. Lenin

LAS JORNADAS SANGRIENTAS DE MOSCU

Ginebra, 10 octubre 1905

Un nuevo chispazo de la insurrección obrera: la huelga de masas y la lucha de calles en Moscú. En la capital, el 9 de enero retumbaron los primeros truenos de la acción revolucionaria del proletariado. Su eco se extendió por toda Rusia, alzando con rapidez antes nunca vista a más de un millón de proletarios a una lucha gigantesca. A Petersburgo siguieron las regiones periféricas, en las que la opresión nacional ha agudizado el de por sí insoportable yugo político. Riga, Polonia, Odesa, el Cáucaso se han convertido consecutivamente en focos de la insurrección, que ha ido agrandándose en amplitud y en profundidad cada mes, cada semana. Ahora, las cosas han llegado hasta el centro de Rusia, hasta el corazón de las regiones «auténticamente rusas», que de día en día causaban el enternecimiento de los reaccionarios por su firmeza. Toda una serie de circunstancias explica esta relativa firmeza, es decir, el atraso del centro de Rusia: unas formas menos desarrolladas de la gran industria, que ha abarcado a inmensas masas obreras, pero que ha roto en menor grado la ligazón con la tierra y ha concentrado en menor grado a los proletarios en centros intelectuales; la gran lejanía del extranjero; la falta de discordias nacionales. El movimiento obrero, que apareció con fuerza tan poderosa en estas regiones ya en los años 1885-6, diríase que se adormeció por largo tiempo, y los esfuerzos de los socialdemócratas se estrellaban decenas y cientos de veces contra la resistencia de las condiciones locales del trabajo, singularmente difíciles.

Pero, al fin, también el centro se ha puesto en movimiento. La huelga de Ivánovo-Vosnesensk ha puesto de manifiesto inesperadamente la alta madurez política de los obreros. La efervescencia en toda la zona industrial del Centro ha ido ya aumentando ininterrumpidamente y ampliándose después de esta huelga. Ahora esta efervescencia ha comenzado a manifestarse abiertamente, ha venido a transformarse en insurrección. Indudablemente, han hecho que el chispazo sea mayor los estudiantes revolucionarios de Moscú, que acaban de adoptar una resolución completamente análoga a la aprobada por los estudiantes de Petersburgo, condenando la Duma de Estado, llamando a la lucha por la República, por la instauración de un Gobierno Provisional revolucionario. Los profesores «liberales», que acababan de elegir un rector liberalísimo, al famoso señor Trubetskoi, han clausurado la Universidad bajo la presión de las amenazas de la policía: temían, según sus palabras, la repetición de

la matanza de Tiflís en los muros de la Universidad; pero lo único que han hecho ha sido acelerar el derramamiento de sangre en las calles, fuera del recinto universitario.

A juzgar por los lacónicos comunicados telegráficos de los periódicos del extranjero, el curso de los acontecimientos en Moscú ha sido el «corriente», un curso que ha seguido, por decirlo así, la norma habitual después del 9 de enero. Comenzó con la huelga de tipógrafos, que se extendió rápidamente. El sábado 7 de octubre no funcionaban ya las imprentas, los tranvías, las fábricas de tabacos. Dejaron de salir los periódicos. Se esperaba la huelga general de los obreros de las fábricas y de los ferroviarios. Al atardecer hubo grandes manifestaciones, en las que además de los tipógrafos participaron también los obreros de otras profesiones, estudiantes, etc. Los cosacos y gendarmes dispersaron muchas veces a los manifestantes, pero éstos volvían a reunirse. Muchos policías resultaron heridos. Los manifestantes arrojaron piedras e hicieron disparos de revólver. Fué gravemente herido un oficial que mandaba a los gendarmes. Fué muerto un oficial cosaco, un gendarme, etc.

El sábado se unieron a la huelga los panaderos.

El domingo 8 de octubre los acontecimientos tomaron de pronto un sesgo amenazador. Desde las once de la mañana comenzaron a aglomerarse los obreros en las calles, sobre todo en el bulevar Strástnoi y en otros lugares. La muchedumbre cantaba «La Marsellesa». Las imprentas cuyo personal se negó a ir a la huelga, fueron destrozadas. Los cosacos consiguieron dispersar a los manifestantes únicamente después de tenacísima resistencia por parte de éstos.

Delante de la tienda de Filíppov, cerca de la casa del general gobernador, se reunió una muchedumbre de 400 personas, principalmente obreros panaderos. Los cosacos atacaron a la multitud. Los obreros penetraron en las casas, subieron a los tejados y desde allí arrojaron piedras sobre los cosacos. Estos abrieron fuego contra los tejados y, no pudiendo desalojar a los obreros, recurrieron a un asedio en toda regla. La casa fué cercada, un destacamento de policía y dos compañías de granaderos realizaron un movimiento envolvente, penetraron en la casa por la parte trasera y ocuparon al fin el tejado. Fueron detenidos 192 obreros. Ocho detenidos resultaron heridos; dos obreros fueron muertos (repetimos que todos estos datos tienen como fuente exclusiva los comunicados telegráficos de los periódicos del extranjero, que, naturalmente, están lejos de la verdad y dan tan sólo una idea aproximada de las proporciones de la batalla). Un sesudo periódico belga informa que los porteros estuvieron afanosamente dedicados a limpiar las huellas de sangre de las calles; este pequeño detalle — dice el periódico —, más que los largos comunicados, es un testimonio de la seriedad de la lucha.

Por lo visto, a los periódicos de Petersburgo se les autorizó a escribir acerca de la matanza ocurrida en la calle Tverskaia, pero ya al día siguiente a la censura le asustó la publicación de nuevas informaciones. A partir del lunes 9 de octubre, los despachos oficiales comunicaban que en Moscú no había habido ningún desorden serio; pero a las redacciones de los periódicos de Petersburgo llegaron por teléfono otras noticias distintas. Resulta que la muchedumbre volvió a reunirse frente a la casa del general gobernador. Las refriegas fueron enconadas. Los cosacos dispararon más de una vez. Cuando se apearon para abrir fuego, sus caballos atropellaron a mucha gente. Al atardecer las muchedumbres de obreros llenaron los bulevares con sus gritos revolucionarios, con las banderas rojas desplegadas. La muchedumbre asaltó las panaderías y las tiendas de armas. La muchedumbre fué al fin dispersada por la policía. Hubo muchos heridos. La Central de Telégrafos estaba protegida por una compañía de soldados. La huelga de panaderos se hizo general. La efervescencia entre los estudiantes va en aumento, las reuniones públicas son cada vez más concurridas y tienen un carácter más revolucionario. El corresponsal de Petersburgo del «Times» informa de la difusión en Petersburgo de proclamas llamando a la lucha, de la efervescencia reinante entre los obreros panaderos de la ciudad, del anuncio de una manifestación para el sábado 14 de octubre, de la extraordinaria alarma de que el ánimo público está poseído.

Por incompletos que sean estos datos, permiten sin embargo hacer la conclusión de que el chispazo insurreccional de Moscú no representa, en comparación con los otros, el grado superior del movimiento. No hay ni intervención de destacamentos revolucionarios preparados de antemano y bien armados, ni el paso al lado del pueblo siquiera sea de algunas unidades de tropas, ni un empleo de los «nuevos» tipos del arma popular, las bombas (que en Tiflís el 9 de octubre infundieron un pánico tal a los cosacos y soldados). Al faltar una cualquiera de estas condiciones, no era posible contar ni con el armamento de gran número de obreros ni con la victoria de la insurrección. La importancia de los acontecimientos de Moscú, como ya hemos señalado, es otra: significan el bautismo de fuego de un gran centro, la incorporación a la lucha seria de una inmensa zona industrial.

El crecimiento de la insurrección en Rusia no sigue ni puede, naturalmente, seguir una línea ascensional suave y recta. En Petersburgo, el 9 de enero, el rasgo dominante fué el rápido y unánime movimiento de gigantescas masas, que estaban inermes y que no iban a la lucha, pero que recibieron una alta lección de lucha. En Polonia y en el Cáucaso, el movimiento se distingue por su enorme tenacidad, por el empleo relativamente más frecuente de armas y bom-

bas por parte de la población. En Odesa, el rasgo distintivo fué el paso a los insurgentes de una parte de las tropas. En todos los casos y siempre, el movimiento ha sido fundamentalmente proletario, fundido indisolublemente con la huelga de masas. En Moscú el movimiento discurrió dentro de los mismos marcos que el de toda una serie de otros centros industriales menos importantes.

Ante nosotros se plantea ahora, naturalmente, la cuestión de si el movimiento revolucionario se detendrá en esta fase de desarrollo ya alcanzado, fase «habitual» y conocida, o se alzará a un grado superior. Si cabe aventurarse en la apreciación de acontecimientos tan complejos y colosales como los acontecimientos de la revolución rusa, inevitablemente llegaremos a admitir como inconmensurablemente más probable la segunda respuesta a esta pregunta. Ciertamente, la guerra de guerrillas — forma de lucha presente, ya asimilada, si cabe expresarse así—, las huelgas incesantes, la extenuación del enemigo con ataques en la lucha de calles ora en este, ora en otro confín del país, esta forma de lucha también ha dado y da los resultados más serios. Ningún Estado resistirá *á la longue* (a la larga) esta lucha tenaz, que paraliza la vida industrial, que lleva la desmoralización completa a la burocracia y al ejército, que siembra el descontento por el estado de cosas en todos los círculos del pueblo. Y menos capaz de sostener una lucha semejante es el gobierno absolutista ruso. Podemos estar plenamente seguros de que la tenaz prosecución de la lucha incluso tan sólo en aquellas formas que ya están creadas por el movimiento obrero, llevará irremisiblemente a la bancarrota del zarismo.

Pero es en grado extremo improbable que el movimiento revolucionario en la Rusia actual se detenga en la fase ya alcanzada por él ahora. Por el contrario, todos los datos hablan más bien en favor de que ésta es tan sólo una de las fases iniciales de la lucha. En el pueblo no se han reflejado aún ni muchísimo menos todas las consecuencias de una guerra vergonzosa y funesta. La crisis económica en las ciudades y el hambre en el campo acentúan terriblemente la exasperación. El ejército de Manchuria, a juzgar por todos los informes, tiene una moral muy revolucionaria, y el gobierno teme repatriarlo, pero no se puede dejar de repatriar este ejército, sin correr el peligro de nuevas y más serias insurrecciones. La agitación política entre los obreros y los campesinos nunca ha sido en Rusia tan amplia, tan regular y tan profunda como ahora. La comedia de la Duma de Estado trae inevitablemente consigo nuevas derrotas para el gobierno, nueva exasperación del pueblo. La insurrección se ha desarrollado colosalmente ante nuestra vista en unos diez meses, y no es una fantasía, no es un buen deseo, sino una conclusión directa y obligada de los hechos de la lucha de masas, la de que el ascenso de la

insurrección se acerca a una fase nueva y superior, en la que en ayuda de la muchedumbre acudirán los destacamentos de combate de los revolucionarios o las unidades de tropas sublevadas, en la que estos destacamentos y unidades ayudarán a las masas a conseguir armas, en la que introducirán fortísimas vacilaciones en las filas del ejército «zarista» (todavía zarista, pero ya no enteramente zarista ni mucho menos), en la que la insurrección llevará a una *victoria* seria, de la cual no podrá reponerse el zarismo.

Las tropas zaristas han conseguido la victoria sobre los obreros de Moscú; pero esta victoria no ha dejado sin fuerza a los vencidos, sino que los ha aglutinado más estrechamente, ha hecho que el odio sea más profundo, los ha acercado a las tareas prácticas de una lucha seria. Esta victoria figura en el número de las que no pueden por menos de producir vacilaciones en las filas de los vencedores. El ejército sólo ahora comienza a saber, y saberlo no sólo por la letra de las leyes, sino, además, por su propia experiencia, que ahora lo movilizan entera y exclusivamente para la lucha contra el «enemigo interior». La guerra con el Japón ha terminado, pero la movilización continúa, una movilización *contra la revolución*. No nos causa pavor *semejante* movilización, no tememos celebrarla, pues cuantos más soldados haya, llamados a la lucha sistemática contra el pueblo, tanto más rápidamente sobrevendrá la educación política y revolucionaria de estos soldados. Al movilizar nuevas y nuevas unidades militares para la guerra contra la revolución, el zarismo aplaza el desenlace, pero este aplazamiento es más que nada ventajoso para nosotros, pues en esta prolongada guerra de guerrillas los proletarios aprenderán a combatir, mientras que las tropas serán atraídas indefectiblemente a la vida política, y el clamor de esta vida, la llamada al combate de la joven Rusia penetra hasta en los cuarteles, herméticamente cerrados, y despierta a los más ignorantes, a los más atrasados y a los más embrutecidos.

El chispazo de la insurrección ha sido una vez más extinguido. Una vez más, ¡viva la insurrección!

V. I. Lenin, Ob. compl., t. VIII, págs. 278-282, ed. rusa.

Escrito el 10 de octubre de 1905.

LA DIRECCION POLITICA Y MILITAR EN LA LUCHA POPULAR DE MASAS

V. I. Lenin

EL EJERCITO REVOLUCIONARIO Y EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO

La insurrección en Odesa y el paso al lado de la revolución del acorazado «Potemkin» han señalado un nuevo e importante paso adelante en el desarrollo del movimiento revolucionario contra la autocracia. Los acontecimientos han confirmado con sorprendente rapidez la oportunidad de los llamamientos a la insurrección y a la formación de un gobierno provisional revolucionario, llamamientos hechos al pueblo por los representantes conscientes del proletariado en la persona del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (7). El nuevo chispazo de la llama revolucionaria arroja luz sobre la importancia práctica de estos llamamientos y nos obliga a determinar con mayor precisión las tareas de los combatientes revolucionarios en el momento que está viviendo Rusia.

La insurrección armada de todo el pueblo madura y se organiza a nuestra vista bajo la influencia de la marcha espontánea de los acontecimientos. No están ya tan lejos los tiempos en que la única manifestación de la lucha popular contra la autocracia eran las *revueltas*, es decir, motines inconscientes, inorganizados, espontáneos, a veces salvajes. Pero el movimiento obrero, como movimiento de la clase más avanzada, del proletariado, salió rápidamente de esta fase inicial. La propaganda y agitación consciente de la socialdemocracia hicieron lo suyo. Los motines fueron sustituídos por la lucha huelguística organizada y por las *manifestaciones políticas* contra la autocracia. Las salvajes represiones militares en el transcurso de unos cuantos años «han educado» al proletariado y al pueblo sencillo de las ciudades, lo han preparado para las formas superiores de la lucha revolucionaria. La guerra criminal y vergonzosa a que arrastró al pueblo la autocracia, ha colmado la copa de la paciencia del pueblo. Han comenzado los intentos de la muchedumbre de ofrecer resistencia armada en masa a las tropas zaristas. Han comenzado verdaderas

batallas de calle del pueblo con las tropas, *batallas en las barricadas.* El Cáucaso, Lodz, Odesa, Libava nos han dado en los últimos tiempos ejemplos de heroísmo proletario y de entusiasmo popular. La lucha se ha desarrollado hasta transformarse en insurrección. El vergonzoso papel de verdugos de la libertad, el papel de secuaces de la policía no podía por menos de abrir paulatinamente los ojos al ejército zarista mismo. El ejército ha comenzado a vacilar. Al comienzo se han dado casos aislados de insubordinación, chispazos de rebeldía de los reservistas, protestas de los oficiales, agitación entre los soldados, negativa de algunas compañías o regimientos a disparar contra sus hermanos, los obreros. Después, *el paso de una parte del ejército al lado de la insurrección.*

La importancia inmensa de los últimos acontecimientos de Odesa consiste precisamente en que aquí, por primera vez, una importante unidad de la fuerza militar del zarismo — un acorazado — se ha pasado abiertamente al lado de la revolución. El gobierno hizo esfuerzos furiosos y recurrió a toda clase de subterfugios para ocultar al pueblo estos acontecimientos, para ahogar la insurrección de los marinos en su comienzo mismo. Pero de nada le valió. Los barcos de guerra enviados contra el acorazado revolucionario «Potemkin» *se han negado a luchar* contra sus camaradas. El gobierno autocrático, al difundir por Europa noticias sobre la rendición del «Potemkin», sobre la orden zarista de hundir el acorazado revolucionario, lo único que ha hecho es cubrirse definitivamente de infamia ante todo el mundo. La escuadra ha regresado a Sebastópol, el gobierno se apresura a licenciar a los marinos, a desarmar los barcos de guerra; hay rumores de la dimisión en masa de oficiales de la Flota del Mar Negro; en el acorazado «Gueorgui Pobedonosets» que se rindió, han comenzado de nuevo los motines. En Libava y Cronstadt los marinos también se sublevan; se hacen más frecuentes los choques con las tropas; hay combates de barricadas (en Libava) de marinos y obreros contra los soldados. En la prensa del extranjero se informa acerca de revueltas ocurridas en toda una serie de otros barcos de guerra («Minin», «Alexandr II», etc.). El gobierno zarista se ha quedado *sin la flota.* Lo más que ha podido conseguir es evitar que la flota se pase activamente al lado de la revolución. Pero el acorazado «Potemkin» sigue siendo territorio invencible de la revolución y, cualquiera que sea su suerte ante nosotros tenemos un hecho indudable y muy significativo: el intento de formación del *núcleo del ejército revolucionario.*

No habrá represiones ni victorias parciales sobre la revolución que anulen la importancia de este acontecimiento. Se ha dado el primer paso. Se ha cruzado el Rubicón. El paso del ejército al lado de la revolución ha sido sellado ante toda Rusia y ante el mundo entero. Nuevos intentos todavía más enérgicos de formación del ejército

revolucionario seguirán indefectiblemente a los acontecimientos de la Flota del Mar Negro. Nuestra tarea ahora estriba en apoyar con todas las fuerzas estos intentos, en explicar a las masas más amplias del proletariado y de los campesinos la importancia que para todo el pueblo tiene el ejército revolucionario en la lucha por la libertad, ayudar a los diferentes destacamentos de este ejército a alzar la *bandera de la libertad* del pueblo, bandera capaz de atraer a la masa y unir las fuerzas que den al traste con el absolutismo zarista.

Motines — manifestaciones — batallas de calle — destacamentos del ejército revolucionario: tales son las etapas del desarrollo de la insurrección popular. Ahora hemos llegado al fin a la última etapa. Esto no singifica, naturalmente, que todo el movimiento se halle ya en su conjunto en esta nueva fase superior. No, en el movimiento hay todavía muchos elementos faltos de desarrollo suficiente, en los acontecimientos de Odesa aparecen aún rasgos claros del viejo motín; pero esto significa que las olas avanzadas del torrente espontáneo han llegado ya hasta el dintel mismo de la «fortaleza» autocrática. Esto significa que los representantes de vanguardia de la masa popular misma han llegado ya, no en virtud de consideraciones teóricas, sino bajo la presión del movimiento ascensional, hasta las nuevas tareas superiores de la lucha, de la lucha final contra el enemigo del pueblo ruso. La autocracia ha hecho *todo* para la preparación de esta lucha. Durante años ha empujado al pueblo a la lucha armada con el ejército y ahora recoge lo que ha sembrado. De las tropas mismas salen los destacamentos del ejército revolucionario.

La tarea de estos destacamentos consiste en proclamar la insurrección, en dar a las masas la *dirección militar* necesaria para la guerra civil, como para toda otra guerra, crear puntos de apoyo de la lucha abierta de todo el pueblo, extender la insurrección a las localidades vecinas, asegurar — al principio aunque sólo sea en una pequeña parte del territorio del Estado — la libertad política plena, iniciar la reconstrucción revolucionaria del podrido régimen autocrático, desplegar en toda su amplitud la creación revolucionaria de las capas inferiores del pueblo, que participan poco en esta creación en tiempos de paz, pero que intervienen en el primer plano en época de revolución. Sólo adquiriendo conciencia de estas nuevas tareas, sólo planteándolas con audacia y amplitud, los destacamentos del ejército revolucionario pueden conseguir la victoria completa, servir de base en que se apoye el *gobierno revolucionario*. Y el gobierno revolucionario es a su vez tan vitalmente necesario en la presente fase de la insurrección popular como el ejército revolucionario. El ejército revolucionario es necesario para la lucha militar y para la dirección militar de las masas del pueblo contra los restos de la fuerza militar de la autocracia. El ejército revolucionario es necesario porque sólo

con la fuerza pueden ser resueltos los grandes problemas históricos y la *organización de la fuerza* en la lucha presente es la organización militar. Y además de los restos de la fuerza militar de la autocracia existen las fuerzas militares de los Estados vecinos, a los que implora ya apoyo el gobierno ruso en bancarrota, sobre lo cual hablaremos más adelante.

El gobierno revolucionario es necesario para la dirección política de las masas populares: al principio en aquella parte del territorio que ha sido conquistada ya al zarismo por el ejército revolucionario, y después en todo el Estado. El gobierno revolucionario es necesario para pasar inmediatamente a realizar las transformaciones políticas en nombre de las cuales se hace la revolución: para organizar una administración revolucionaria popular, para convocar una Asamblea realmente popular y realmente constituyente, para la aplicación de aquellas «libertades» sin las cuales es imposible la expresión adecuada de la voluntad del pueblo. El gobierno revolucionario es necesario para la unificación política de la parte insurreccionada del pueblo, la cual ha roto de hecho y definitivamente con la autocracia, para la organización política de aquélla. Esta organización puede ser, naturalmente, sólo temporal, como sólo temporal puede ser asimismo el gobierno revolucionario, que toma en sus manos el Poder en nombre del pueblo, para garantizar la expresión de la voluntad del pueblo, para desenvolver su actividad por mediación del pueblo. Pero esta organización debe ser iniciada *inmedia amente*, en ligazón indisoluble con cada paso afortunado de la insurreción, pues la unificación política y la dirección política no pueden ser aplazadas ni un minuto. Para la completa victoria del pueblo sobre el zarismo, esta realización inmediata de la dirección política del pueblo insurgente es no menos necesaria que la dirección militar de sus fuerzas.

Cuál ha de ser el desenlace definitivo de la lucha entre los partidarios del absolutismo y la masa del pueblo, en esto no puede tener dudas ni una sola persona que conserve alguna capacidad de reflexión. Pero nosotros no debemos cerrar los ojos al hecho de que la lucha seria no ha hecho aún más que comenzar y que nos esperan todavía grandes pruebas. Tanto el ejército revolucionario como el gobierno, revolucionario representan «organismos» de un tipo tan elevado, exigen instituciones tan complejas y una conciencia civil tan desarrollada, que sería equivocado esperar que estas tareas van a realizarse de un golpe, de manera sencilla, inmediatamente, sin yerros. No, nosotros no esperamos esto, nosotros sabemos valorar la importancia del trabajo tenaz, lento, frecuentemente imperceptible de educación política, que siempre ha realizado y siempre ha de realizar la socialdemocracia. Pero nosotros no debemos consentir tampoco la falta de fe en las fuerzas del pueblo, todavía más peligrosa en el momento

présente, debemos recordar qué enorme fuerza educadora y organizadora posee la revolución, cuando los poderosos acontecimientos históricos sacan por la fuerza a los filisteos de sus rincones más escondidos, de sus buhardillas y sótanos y los obligan a hacerse *ciudadanos*. Unos meses de revolución educan a veces a los ciudadanos más de prisa y de manera más completa que decenios de estancamiento político. La tarea de los dirigentes conscientes de la clase revolucionaria es ir siempre delante de ésta en la causa de dicha educación, explicar la importancia de las nuevas tareas y llamar a seguir adelante hacia nuestro gran objetivo final. Los fracasos que inevitablemente nos esperan en los intentos ulteriores de formación del ejército revolucionario y de instauración del Gobierno Provisional revolucionario, no harán más que enseñarnos la resolución *práctica* de estas tareas, no harán más que atraer hacia su solución nuevas y frescas fuerzas populares, que ahora yacen dormidas.

Tomad el arte militar. Ni un solo socialdemócrata que conozca siquiera sea un poco la historia y haya estudiado al gran conocedor de este arte, a Engels, ha dudado nunca de la inmensa significación de los conocimientos militares, de la inmensa importancia de la técnica militar y de la organización militar, como instrumentos que utilizan las masas del pueblo y las clases del pueblo para la solución de los grandes choques históricos. La socialdemocracia nunca ha descendido hasta el juego de los complots militares, nunca ha planteado en primer plano los problemas militares mientras no se daban de hecho las condiciones de la incipiente guerra civil. Pero *ahora* todos los socialdemócratas han planteado los problemas militares, si no en primer lugar, cuando menos en uno de los primeros, han planteado a la orden del día el estudio de los mismos y la necesidad de darlos a conocer a las masas populares. El ejército revolucionario debe aplicar en la práctica los conocimientos militares y las armas de guerra para la resolución de toda la suerte ulterior del pueblo ruso, para la resolución del primer y más vital problema, el problema de la libertad.

Y la tarea de instaurar un gobierno revolucionario es tan nueva, tan difícil y complicada, como la tarea de la organización militar de las fuerzas de la revolución. Pero también esta tarea puede y debe ser resuelta por el pueblo. Y en esta empresa cada fracaso parcial originará el perfeccionamiento de los métodos y procedimientos, la simplificación y ampliación de los resultados. El III Congreso del P.O.S.D.R. ha señalado en su resolución las condiciones generales de la solución de la nueva tarea; hora es ya de pasar al estudio y preparación de las condiciones prácticas de su realización. Nuestro Partido tiene un programa mínimo, un programa acabado de todas aquellas transformaciones que son plenamente realizables de inmediato

en los marcos de la revolución democrática (es decir, burguesa) y que son necesarias al proletariado para su lucha ulterior por la revolución socialista. Pero en este programa hay reivindicaciones fundamentales y reivindicaciones parciales, que se desprenden de las fundamentales o que de suyo se comprenden. Es importante destacar precisamente las reivindicaciones fundamentales en cada intento de instauración de un Gobierno Provisional revolucionario, a fin de mostrar a todo el pueblo, incluso a toda la masa más ignorante, en fórmulas concisas, con trazos precisos y claros los objetivos de este gobierno, sus tareas, de importancia para todo el pueblo.

Nosotros consideramos que se puede señalar *seis* de estos puntos fundamentales, que deben convertirse en la bandera política y en el programa inmediato de todo gobierno revolucionario, que deben atraer hacia él la simpatía del pueblo y en los cuales debe concentrarse toda la energía revolucionaria del pueblo, como en la causa de más vital importancia.

He aquí estos seis puntos: 1) Asamblea Constituyente Nacional, 2) armamento del pueblo, 3) libertad política, 4) plena libertad a las nacionalidades oprimidas y privadas de la plenitud de derechos, 5) jornada de trabajo de 8 horas y 6) Comités campesinos revolucionarios. Naturalmente, ésta es tan sólo una enumeración aproximada, no son más que los *títulos*, el índice de toda una serie de transformaciones necesarias inmediatamente para la conquista de la República democrática. No pretendemos aquí agotar el tema. Lo único que queremos es explicar con nitidez toda la idea de la importancia de las citadas tareas fundamentales. Es necesario que el gobierno revolucionario tienda a apoyarse en las capas inferiores del pueblo, en la masa de la clase obrera y de los campesinos: sin esto no puede sostenerse, sin la actividad revolucionaria del pueblo será un cero a la izquierda, peor que cero. Nuestro deber es prevenir al pueblo contra el aventurerismo de altisonantes pero absurdas promesas (del tipo de la «socialización» inmediata, que no comprenden ni los mismos que hablan de ella), planteando al mismo tiempo transformaciones efectivamente realizables en el momento presente y efectivamente necesarias para consolidar la causa de la revolución. El gobierno revolucionario debe alzar «al pueblo» y *organizar* su actividad revolucionaria. La plena libertad de las nacionalidades oprimidas, es decir, el reconocimiento de su autodeterminación no sólo cultural, sino también política; el asegurar medidas rigurosas para la defensa de la clase obrera (jornada de trabajo de 8 horas, como la primera de estas medidas), finalmente, la garantía de medidas serias, que no tengan en cuenta el egoísmo de los terratenientes, en provecho de la masa campesina: tales son, a nuestro juicio, los puntos principales que debe parti-

cularmente subrayar todo gobierno revolucionario. No hablamos de los primeros tres puntos, son demasiado claros para que exijan comentarios. No hablamos de la necesidad de realizar prácticamente las transformaciones incluso en un pequeño territorio, conquistado pongamos por caso, al zarismo; la realización práctica es mil veces más importante que toda clase de manifiestos y también, naturalmente, mil veces más difícil. Nuestra atención va únicamente dirigida a que es preciso ahora ya e inmediatamente propagar por todos los medios la idea exacta de nuestras tareas nacionales e inmediatas. Es preciso saber dirigirse al pueblo — en el verdadero sentido de esta palabra — no sólo con un llamamiento general a la lucha (esto es suficiente en la época anterior a la formación del gobierno revolucionario), sino con un llamamiento directo a la realización inmediata de las transformaciones democráticas más fundamentales, a su aplicación inmediata y por las masas mismas del pueblo.

El ejército revolucionario y el gobierno revolucionario son dos lados de una misma medalla. Son dos instituciones igualmente necesarias para el éxito de la insurrección y para afianzar sus frutos. Son dos consignas que necesariamente deben ser planteadas y explicadas, como las únicas consignas consecuentemente revolucionarias. Entre nosotros hay ahora muchas gentes que se llaman demócratas. Pero muchos son los llamados y pocos los elegidos. Son muchos los charlatanes del «partido constitucional-democrático», pero son pocos, entre la famosa «buena sociedad», entre el «zemstvo» (8) supuestamente democrático, los *verdaderos* demócratas, es decir, hombres que estén francamente a favor del pleno poder del pueblo, que sean capaces de luchar a vida o muerte contra los enemigos del poder popular, contra los defensores de la autocracia zarista.

La clase obrera está libre de esta cobardía, de esta hipócrita falta de carácter, que son peculiares de la burguesía como clase. La clase obrera puede y debe ser demócrata plenamente consecuente. La clase obrera, con su sangre vertida en las calles de Petersburgo, Riga, Libava, Varsovia, Lodz, Odesa, Bakú e innumerables otras ciudades, ha demostrado su derecho al papel de vanguardia en la revolución democrática. La clase obrera debe estar a la altura de este gran papel, también, en el momento decisivo que estamos viviendo. Los representantes conscientes del proletariado, los miembros del P.O.S.D.R. deben — no olvidando ni un minuto su objetivo socialista, su independencia de clase y de partido — intervenir ante todo el pueblo con consignas democráticas de vanguardia. Para nosotros, para el proletariado, la revolución democrática es tan sólo la primera etapa hacia la plena liberación del trabajo de toda explotación, hacia el gran objetivo socialista. Y por eso debemos recorrer con tanta mayor

rapidez esta primera etapa, debemos deshacernos con tanta mayor decisión de los enemigos de la libertad del pueblo, debemos propugnar con tanta mayor fuerza las consignas de la democracia consecuente: un ejército revolucionario y un gobierno revolucionario.

V. I. Lenin, Ob. compl., t. VII, págs. 379-387, ed. rusa.

Publicado en el «Proletari», núm. 7, del 10 de julio de 1905.

V. I. Lenin

LA DISOLUCION DE LA DUMA Y LAS TAREAS DEL PROLETARIADO

Con el problema de la forma de lucha está relacionado estrechamente el problema de la *organización* para la lucha.

También en este sentido la gran experiencia histórica de octubre-diciembre de 1905 ha dejado imborrables huellas en el movimiento revolucionario actual. Los Soviets de diputados obreros e instituciones análogas a ellos (Comités campesinos, Comités ferroviarios, Soviets de diputados soldados, etc.) gozan de una autoridad inmensa y plenamente merecida. En el momento presente no sería fácil encontrar a un socialdemócrata o revolucionario de otros partidos y corrientes que no simpatice con semejantes organizaciones en general y que no recomiende en particular organizarlas en este momento.

A este respecto me parece que no hay divergencias o cuando menos divergencias un tanto serias. Por eso no hay por qué detenerse especialmente en este problema.

Pero hay un aspecto de la cuestión en el que es necesario pararse con particular atención, porque es ignorada con particular frecuencia. Se trata de que el papel de los Soviets de diputados obreros (hablaremos para mayor brevedad de ellos como del *tipo* de todas las variadas organizaciones de esta clase) en las grandes jornadas de octubre y diciembre rodeó de tal prestigio a estas instituciones, que a veces casi se hace de ellas fetiches. Se imagina que estos órganos son siempre y bajo toda clase de condiciones «necesarios y suficientes» para el movimiento revolucionario de masas. De aquí la actitud no crítica con respecto a la elección del momento para la creación de tales instituciones, con respecto a la cuestión de cuáles son las condiciones reales del éxito de su actividad.

La experiencia de octubre a diciembre ha dado las indicaciones más aleccionadoras a este respecto. Los Soviets de diputados obreros son *órganos de la lucha directa de masas*. Surgieron como órganos de la

lucha *huelguística*. Muy rápidamente, bajo la presión de la necesidad se convirtieron en órganos de la lucha *general revolucionaria* contra el gobierno. Se convirtieron *irremisiblemente* en virtud del desarrollo de los acontecimientos y del paso de la huelga a la insurrección, *en órganos de la insurrección.* Es un hecho completamente indiscutible que toda una serie de «Soviets» y «Comités» jugaron en diciembre precisamente este papel. Y los acontecimientos han demostrado de la manera más evidente y persuasiva que la fuerza y la importancia de estos órganos en época de luchas abiertas depende *por entero* de la fuerza y del éxito de la insurrección.

No es una teoría cualquiera, ni los llamamientos de nadie, ni una táctica meditada por quienquiera que sea, ni la doctrina del Partido, sino la fuerza de las cosas la que ha conducido a estos órganos sin partido y de masas a reconocer la necesidad de la insurrección y la que ha hecho de ellos órganos de la insurrección.

Y crear en el momento presente tales órganos significa crear los órganos de la insurrección, llamar a organizarlos significa llamar a la insurrección. Olvidar esto o velar esto ante las más amplias masas del pueblo sería la miopía más imperdonable y la peor de las políticas.

Siendo esto así — e indudablemente es así —, se desprende de aquí con claridad también la conclusión de que para la organización de la insurrección son todavía *insuficientes* los «Soviets» e instituciones semejantes de masas. Son necesarias para la estrecha agrupación de las masas, para la unificación combativa, para la transmisión de las consignas del Partido (o proclamadas de acuerdo con el Partido) de la dirección política, para interesar a las masas en el movimiento, para despertar a éstas, para atraerlas a la lucha. Pero son insuficientes para la organización de las *fuerzas combativas mismas*, para *la organización de la insurrección* en el sentido más riguroso de la palabra.

Un pequeño ejemplo ilustrativo. Los Soviets de diputados obreros han sido llamados a menudo Parlamentos de la clase obrera. Pero ni un solo obrero estará de acuerdo en convocar *su* Parlamento para entregarlo en manos de la policía. Todos reconocen la necesidad de la *organización* inmediata *de la fuerza*, de la organización *militar*, para la defensa de su «Parlamento», de la organización en forma de destacamentos de obreros armados.

Ahora, cuando el gobierno se ha convencido plenamente, sobre la base de la experiencia, adónde conducen los «Soviets» y qué instituciones son éstas, cuando se ha armado de los pies a la cabeza y espera la formación de semejantes instituciones para arrojarse sobre el enemigo, sin darle tiempo de reponerse y desplegar su actividad, ahora nosotros debemos particularmente explicar en nuestra labor de agitación la necesidad de mirar las cosas con sobriedad, la necesidad de *la organización militar* a la par de la organización de los Soviets

para la defensa de éstos, para realizar la insurrección sin la cual seran impotentes toda clase de Soviets y toda clase de representantes electos de la masa.

Estas «organizaciones militares», si cabe expresarse así, a las cuales nos referimos, deben tender a abarcar a la masa, no a través de representantes electos, sino a los participantes directos de la lucha de calles y de la guerra civil. Estas organizaciones deben tener como célula agrupaciones libres muy pequeñas, grupos de diez, de cinco, e incluso puede ser que de tres. Hay que propagar de la manera más intensa que se acerca el combate, en el que *todo* ciudadano honrado está obligado a sacrificarse y luchar contra los opresores del pueblo. Menos formalidades, menos papeleo, más sencillez en la organización, que debe poseer la máxima movilidad y flexibilidad. Todos y cada uno de los que quieran figurar al lado de la libertad, deben unirse inmediatamente en grupos de combate «de cinco», agrupaciones libres de hombres de una misma profesión, de una misma fábrica o de hombres ligados por la camaradería, por los lazos de partido y, en fin, simplemente por la vecindad (la misma aldea, una misma casa en la ciudad o un mismo piso). Estas agrupaciones deben ser del Partido y también sin partido, ligadas por una misma tarea revolucionaria inmediata: la insurrección contra el gobierno. Estas agrupaciones deben ser creadas de la manera más amplia e inexcusablemente antes de recibir las armas, *independientemente* de la cuestión de las armas.

Ninguna organización del Partido «arma» a las masas. Por el contrario, la organización de las masas en pequeños grupos de combate de una gran movilidad prestará en el momento de la lucha insurreccional un inmenso servicio en cuanto a la adquisición de armas.

Los grupos sueltos de combate, los grupos de «milicianos», para emplear el título que hicieron tan honroso las grandes jornadas de diciembre en Moscú, prestarán un gigantesco servicio en el momento de la explosión. Una milicia que sabe disparar, desarma a un guardia municipal, ataca inopinadamente a una patrulla, se hace con armas. Una milicia de combatientes que no saben disparar o que no se han hecho con armas ayudará a levantar barricadas, a hacer servicio de exploración, a organizar el enlace, a preparar emboscadas al enemigo, a incendiar un edificio donde se ha hecho fuerte el adversario, a ocupar pisos que pueden servir de base para los insurgentes, en una palabra, millares de las funciones más diversas serán cumplidas por los grupos sueltos de hombres decididos a batirse a vida o muerte, que conocen magníficamente el terreno y que están ligados de la manera más estrecha con la población.

Que en cada fábrica, en cada sindicato, en cada aldea resuene el llamamiento a la organización de semejantes equipos sueltos de

combate. Los hombres que se conocen bien entre sí, los crearán con anticipación. Los hombres que no se conocen entre sí formarán grupos de cinco o de diez en el día de la lucha o en vísperas de la lucha, en el lugar de la lucha, si la idea de la formación de tales equipos se difunde con amplitud y es aceptada realmente por la masa.

En el momento presente, en que la disolución de la Duma ha puesto en movimiento a nuevas y nuevas capas, podéis encontrar frecuentemente los ecos y las declaraciones más revolucionarias de representantes de filas del pueblo simple de las ciudades, menos organizado, más «archirreaccionario» por su fisonomía general. Atendamos, pues, a que todos ellos conozcan la decisión de los obreros y campesinos avanzados de promover inmediatamente la lucha por la tierra y la libertad, que todos ellos comprendan la necesidad de preparar milicias de combatientes, que todos ellos se penetren de seguridad en cuanto a la inevitabilidad de la insurrección y del carácter popular de la misma. Entonces conseguiremos — y esto en manera alguna es una utopía — que en cada gran ciudad haya no centenares de milicianos, como en Moscú en diciembre, sino millares y millares. Y entonces *no habrá ametralladoras que resistan,* como decía el pueblo en Moscú, señalando el insuficiente carácter de masas y el insuficiente contacto estrecho con el pueblo y la composición de los equipos de combate de dicha ciudad.

Así pues: organización de los Soviets de diputados obreros, de Comités campesinos e instituciones análogas por todas partes, al mismo tiempo que la más amplia propaganda y agitación a favor de la necesidad de la insurrección simultánea, de la preparación inmediata de las fuerzas para ella y de la organización de destacamentos sueltos de «milicianos» en masa.

V. I. Lenin, Ob. compl., t. X, págs. 15-17, ed. rusa.

Escrito en la tercera decena de julio de 1906.

V. I. Lenin

AL COMITE MILITAR ANEJO AL COMITE DE SAN PETERSBURGO

Queridos camaradas: Os agradezco mucho el envío 1) de la memoria del Comité Militar y 2) las notas respecto al problema de la organización de los preparativos de la insurrección + 3) los esquemas de la organización. Después de leídos estos documentos, he considerado que era mi deber dirigirme abiertamente al Comité Militar para un intercambio de opiniones entre camaradas. Ni que decir tiene que

no voy a examinar el planteamiento práctico de la cuestión; no puede haber duda de que se hace todo lo posible, dadas las rigurosas condiciones de Rusia. Pero, a juzgar por los documentos, existeel peligro de que la cosa degenere en burocratismo. Todos estos esquemas todos estos planes de la organización del Comité Militar produce la impresión de papeleo oficinesco; ruego que se me perdone por la franqueza, abrigo la esperanza de que no sospecharéis en mí el deseo de entablar disputa. En semejante empresa, lo menos conveniente de todo son los esquemas, así como las discusiones y conversaciones sobre las funciones del Comité Militar y sobre los derechos del mismo. Lo que aquí hace falta es una energía furiosa, y nada más que energía. ¡Yo veo con espanto, ¡vive Dios!, con espanto, que *hace más de medio año* que se está hablando de bombas y no se ha fabricado ni una sola! Y los que hablan son personas muy conocedoras del asunto... ¡Acudid a la juventud, señores! Este es el único procedimiento salvador. De otra forma, ¡vive Dios!, llegaréis tarde (yo lo veo por todos los síntomas) y os quedaréis con apuntes «muy sabios», planes, diseños, esquemas, magníficas fórmulas, pero sin organización, sin un trabajo vivo. Acudid a la juventud. Cread *en seguida* equipos de combate en todas partes, tanto entre los estudiantes como particularmente entre los obreros, etc., etc. Que se organicen inmediatamente destacamentos de tres a diez, a treinta y más hombres. Que se armen inmediatamente ellos mismos, con lo que cada uno pueda, quién con un revólver, quién con un cuchillo, quién con un trapo impregnado de petróleo para provocar incendios, etc. Que inmediatamente estos destacamentos elijan sus dirigentes y *se pongan en contacto*, según las posibilidades, con el Comité Militar anejo al Comité de Petersburgo. No exijáis ninguna clase de formalidades, reíos, por amor de Cristo, de todos los esquemas, enviad por Dios a todos los diablos todas esas discusiones sobre «funciones, derechos y privilegios». No exijáis el ingreso obligatorio en el P.O.S.D.R.: sería una exigencia absurda para la insurrección armada. No rehuséis entrar en contacto con cada círculo, aunque sea de tres hombres, bajo la única condición de que esté a resguardo de la policía y dispuesto a luchar contra el ejército zarista. Que los círculos que lo deseen entren en el P.O.S.D.R. o *se declaren afectos* al P.O.S.D.R., esto es magnífico; pero yo consideraría incuestionablemente un error *exigir* esto.

El papel del Comité Militar anejo al Comité de Petersburgo debe consistir en: *ayudar* a estos destacamentos del ejército revolucionario, servir de «buró» para el enlace, etc. Todo destacamento aceptará gustoso vuestros *servicios*, pero si en *esta empresa* comenzáis con esquemas y con discursos acerca de los «derechos» del Comité Militar, echaréis a perder todo el asunto, os lo aseguro, lo echaréis a perder sin remedio.

Aquí hay que obrar realizando una amplia propaganda. Que

cinco o diez hombres recorran a la semana *cientos* de círculos de obreros y estudiantes, que se metan en todas partes donde puedan, y por todas partes propongan un plan claro, escueto, concreto y sencillo: formad inmediatamente un destacamento, armadlo con lo que podáis, trabajad con todas las fuerzas, nosotros os ayudaremos con lo que podamos, pero *no nos esperéis*, actuad vosotros mismos.

El centro de gravedad en esta empresa es la iniciativa de la masa de los pequeños círculos. Ellos lo harán todo. Sin ellos todo vuestro Comité Militar no es nada. Yo estoy dispuesto a medir la productividad de los esfuerzos del Comité Militar por el número de destacamentos de esta naturaleza con los que esté en contacto. Si al cabo de uno o dos meses no hay dependientes del Comité Militar en Petersburgo un mínimum de 200 a 300 destacamentos, en ese caso este Comité Militar será un Comité muerto. En ese caso habrá que enterrarlo. En la actual situación de efervescencia, no reclutar cientos de destacamentos, significa permanecer al margen de la vida.

Los propagandistas deben dar a cada uno de los destacamentos breves y muy sencillas fórmulas para la fabricación de bombas, deben explicarles de la manera más elemental todos los tipos de trabajos a realizar y después dejarles a ellos mismos que desplieguen toda su actividad. Los destacamentos deben *inmediatamente* comenzar la instrucción militar a base de operaciones inmediatas, sin más tardanza. Unos destacamentos, desde ahora mismo, darán muerte a un confidente de la policía, provocarán la voladura de una comisaría de policía, otros emprenderán el asalto de un banco para la confiscación de medios con destino a la insurrección, otros realizarán maniobras o levantamiento de planos, etc. Pero obligatoriamente hay que comenzar en seguida a aprender en la práctica: no temáis estos ataques de prueba. Pueden, naturalmente, degenerar en extremismo, pero esto es una desgracia del día de mañana: hoy la desgracia está en nuestra rutina, en nuestro doctrinarismo, en la inmovilidad propia de intelectuales, en el temor senil a toda iniciativa. Que cada destacamento aprenda por sí mismo aunque no sea más que a pegar a los guardias municipales: decenas de bajas nuestras serán recompensadas con creces, porque darán centenares de combatientes expertos, que mañana conducirán tras sí a cientos de miles.

Un estrecho apretón de manos, camaradas; os deseo éxito. No impongo en manera alguna mi punto de vista, pero considero mi deber alzar mi voz *consultiva*.

Vuestro

Lenin.

V.I. Lenin, Ob. compl., t. VIII, págs. 325-326, ed. rusa.

Escrito el 16 de octubre de 1905.

V. I. Lenin

LAS TAREAS DE LOS DESTACAMENTOS DEL EJERCITO REVOLUCIONARIO

1) Acciones militares independientes.

2) Dirección de la muchedumbre.

Los destacamentos podrían ser de todas las proporciones, comenzando de dos o tres hombres.

Los destacamentos deben armarse ellos mismos con lo que puedan (un fusil, un revólver, una bomba, un cuchillo, una manopla, un palo, un trapo impregnado de petróleo para los incendios, una cuerda o una escala de cuerda, una pala para la construcción de barricadas, un petardo de piroxilina, alambre espinoso, clavos—contra la caballería—, etc., etc.). Pero en ningún caso esperar ayuda de otros, de arriba, de fuera, sino conseguir todo por sí mismo.

Los destacamentos deben formarse en lo posible de hombres que vivan cerca o que se encuentren con frecuencia y de una manera regular en horas determinadas (lo mejor es una y otra cosa, pues los encuentros regulares pueden ser interrumpidos por la insurrección). La tarea de los destacamentos consiste en organizar las cosas de manera que en los minutos más críticos, en las condiciones más inesperadas, puedan estar juntos sus componentes. Cada destacamento debe, por lo mismo, elaborar de antemano los métodos y procedimientos de la acción conjunta: señales en las ventanas, etc., a fin de encontrarse con mayor facilidad los unos a los otros; gritos o silbidos convencionales, para conocer al camarada entre la muchedumbre; señales convencionales para el caso de encuentro de noche, etc., etc. Todo hombre enérgico, con dos o tres camaradas, puede elaborar toda una serie de reglas y procedimientos semejantes, que hay que formular, aprender bien y ejercitarse en aplicarlos. No hay que olvidar que hay el 99 por ciento de probabilidades de que los acontecimientos sobrevengan por sorpresa y que habrá que agruparse en condiciones terriblemente difíciles.

Incluso sin armas los destacamentos pueden jugar un papel muy serio: 1) dirigiendo a la muchedumbre; 2) atacando en casos propicios a un guardia municipal, a un cosaco que fortuitamente se ha quedado rezagado (este caso se dió en Moscú), etc. y quitándoles las armas; 3) salvando a los detenidos o a los heridos cuando hay pocos policías; 4) subiendo a lo alto de las casas, a los pisos de arriba, etc. y arrojando a las tropas piedras, agua hirviendo, etc. Con energía, un destacamento organizado y bien unido constituye una fuerza inmensa. En ningún caso hay que renunciar a la organización de un destacamento o aplazar su formación con el pretexto de que faltan armas.

Los destacamentos deben en lo posible determinar por anticipado las funciones, a veces elegir de antemano el mando, el jefe del destacamento. Sería poco inteligente, naturalmente, caer en el juego de los nombramientos de cargos, pero no hay que olvidar la gigantesca importancia de una dirección homogénea, de una actuación rápida y decidida. La decisión, el brío, constituyen las 3/4 partes del éxito.

Los destacamentos deben, inmediatamente de ser formados, es decir, ahora mismo, emprender el trabajo en todos los aspectos, en manera alguna tan sólo el trabajo teórico, sino también, e incondicionalmente, el trabajo práctico. Por trabajo teórico entendemos el estudio del arte militar, el conocimiento de los problemas militares, la lectura de conferencias sobre problemas militares, la organización de charlas a cargo de militares especialmente invitados (oficiales, suboficiales, etc., etc., incluyendo a obreros que hayan estado en filas); lectura, estudio y asimilación de folletos ilegales y de artículos de periódicos sobre el combate de calle, etc., etc.

Los trabajos prácticos, repetimos, deben ser iniciados inmediatamente. Se dividen en operaciones preparatorias y en operaciones militares. En las operaciones preparatorias entran la obtención de toda clase de armas y de toda clase de proyectiles, la busca de pisos bien situados para la batalla de calle (a propósito para la lucha desde sitios altos, para los depósitos de bombas o de piedras, etc. o de ácidos que han de ser arrojados contra los policías, etc., etc.; así como también locales adecuados para la instalación de un Estado Mayor, para la recepción de informes, como refugio de los perseguidos, para alojar a los heridos, etc., etc.). Además, entre las labores preparatorias figuran los trabajos de reconocimiento inmediato, de exploración: conocer los planos de las cárceles, de las comisarías de policía, de los ministerios, etc., conocer la distribución del trabajo en las instituciones oficiales, en los bancos, etc., las condiciones de su defensa, esforzarse por establecer tales contactos que puedan prestar servicios (un empleado en la policía, en un banco, en un tribunal, en una cárcel, en Correos, en Telégrafos, etc.), conocer los depósitos de armas, todas las armerías de la ciudad, etc. En este sentido, la labor es inmensa y, además, es una labor de tal naturaleza, que en ella pueden prestar un enorme servicio toda clase de personas, incluso completamente inaptas para la lucha de calles, incluso personas completamente débiles, mujeres, adolescentes, viejos, etc. Hay que esforzarse por agrupar ahora mismo en los destacamentos, indefectible e incondicionalmente, a todos cuantos *quieran* participar en la causa de la insurrección, pues *no hay*, ni puede haber una persona que queriendo trabajar no aporte un inmenso beneficio incluso aunque carezca de armas, incluso aunque sea personalmente incapaz para la lucha.

Además, sin limitarse en ningún caso a las solas acciones preparatorias, los destacamentos del ejército revolucionario deben con la mayor rapidez posible pasar también a las acciones militares, con los siguientes fines: 1) ejercitación de las fuerzas militares; 2) exploración de los puntos débiles del enemigo; 3) asestar al enemigo derrotas parciales; 4) liberación de los prisioneros (detenidos); 5) obtener armas; 6) obtener medios para la insurrección (secuestro de recursos monetarios del gobierno), etc., etc. Los destacamentos pueden y deben aprovechar ahora mismo toda ocasión propicia para realizar un trabajo vivo, no aplazando las cosas de ninguna de las maneras hasta la insurrección general, pues sin una preparación *en el fuego* de la lucha no es posible tampoco adquirir la habilidad debida para la insurrección.

Naturalmente, todo extremo es malo; todo lo bueno y útil llevado al extremo puede convertirse e incluso, pasado cierto límite, obligadamente se convierte en un mal y en un perjuicio. El terror en limitada escala, desordenado, no preparado, no puede, llevado al extremo, sino fragmentar las fuerzas y malgastarlas. Esto es cierto, y naturalmente no hay que olvidarlo. Pero, por otra parte, no se puede olvidar en ningún caso también que ahora la consigna de la insurrección *ya está dada*, la insurrección ya *ha comenzado*. Comenzar el ataque en condiciones favorables constituye no sólo un derecho, sino la obligación directa de todo revolucionario. La ejecución de los confidentes, de los policías, de los gendarmes, la voladura de las comisarías de policía, la liberación de los detenidos, el secuestro de recursos pecuniarios del gobierno para invertirlos en atender a las necesidades de la insurrección: tales operaciones se realizan ya en todas partes donde arden las llamas de la insurrección, en Polonia, en el Cáucaso, y cada destacamento del ejército revolucionario debe estar inmediatamente dispuesto para semejantes operaciones. Cada destacamento debe recordar que, dejando pasar hoy mismo una ocasión propicia que se presenta para llevar a cabo una tal operación, este destacamento se hace culpable de una *inactividad imperdonable*, de pasividad, y una culpa de esta naturaleza es el mayor crimen de un revolucionario en época de insurrección, la mayor vergüenza para todo el que aspira a la libertad no de palabra, sino con los hechos.

En cuanto a la composición de estos destacamentos, se puede decir lo siguiente. El número de miembros que deseen formar parte de él y la determinación de sus funciones lo indicará la experiencia. Los destacamentos mismos tienen que comenzar a elaborar esta experiencia, sin esperar directivas de fuera. Hay que pedir, naturalmente, a la organización local revolucionaria el envío de un revolucionario que sea militar, para dar conferencias, charlas, consejos, pero a falta de un militar, esto lo tienen que hacer sin falta y de manera obligatoria los mismos destacamentos.

Por lo que se refiere a la filiación de partido, los miembros de un partido, naturalmente, preferirán agruparse juntos en un destacamento. Pero no hay que poner obstáculos insuperables a la entrada en los destacamentos de miembros de otros partidos. Precisamente aquí debemos realizar la unificación, el acuerdo práctico (sin ninguna clase de fusión de partido, se entiende) del proletariado socialista con la democracia revolucionaria. El que quiera batirse por la libertad y demuestre con hechos su disposición, puede ser contado entre los demócratas revolucionarios, y con él hay que esforzarse por trabajar conjuntamente en la preparación en común de la insurrección (naturalmente, a condición de que haya plena confianza hacia la persona o el grupo de que se trate). A todos los otros «demócratas» hay que apartarlos rigurosamente, como casi-demócratas, como charlatanes liberales en los que no cabe confiar y hacia los cuales sería criminal manifestar credulidad por parte de los revolucionarios.

Es de desear, naturalmente, la unificación de los destacamentos entre sí. Extraordinariamente útil es la elaboración de formas y condiciones de una actividad conjunta. Pero en ningún caso hay que caer, al hacerlo, en el extremo de trazar complicados planes y esquemas generales y de aplazar la labor viva por causa de pedantescas elucubraciones, etc. La insurrección inevitablemente tendrá lugar en unas condiciones en las que los elementos inorganizados serán mil veces más numerosos que los organizados; son inevitables los casos en los que tendrán que actuar de inmediato, en el sitio, dos hombres, o uno solo, y hay que prepararse para actuar por su propia cuenta y riesgo. Las dilaciones de tipo burocrático, las disputas, los aplazamientos, la indecisión son la muerte de la insurrección. La más alta decisión, la mayor energía, la utilización inmediata de todo momento propicio, el avivamiento instantáneo de la pasión revolucionaria de la muchedumbre, la conducción de ésta hacia acciones más y más resueltas: tal es el primer deber de un revolucionario.

Una magnífica acción militar que *instruye* a los soldados del ejército revolucionario, dándoles el bautismo de fuego, y que presta un inmenso servicio a la revolución es la lucha contra los elementos de las «Centurias Negras». Los destacamentos del ejército revolucionario deben inmediatamente averiguar quién, dónde y cómo forma las «Centurias Negras», y después no limitarse a la sola propaganda (esto es útil, pero esto solo es poco), sino actuar también con la fuerza armada, apaleando a dichos elementos, matándolos, volando sus centros y Estados Mayores, etc., etc.

V. I. Lenin, Ob. compl., t. VIII, págs. 327-330, ed. rusa.

Escrito a fines de octubre de 1905.

LA PREPARACION DE LA INSURRECCION Y LAS PRINCIPALES REGLAS DE LA DIRECCION DE LA LUCHA ARMADA DEL PUEBLO

V. I. Lenin

DEL ARTICULO «LA ULTIMA PALABRA DE LA TACTICA «ISKRISTA»

... La palabra insurrección es una palabra muy grande. El llamamiento a la insurrección es un llamamiento extraordinariamente serio. Cuanto mas complejo se hace el régimen social, cuanto más alta la organización del Poder del Estado, cuanto más perfecta la técnica militar, tanto menos admisible es un planteamiento ligero de esta consigna. Y nosotros hemos dicho más de una vez que los socialdemócratas revolucionarios han venido preparando desde hace largo tiempo su planteamiento, pero la han planteado, como llamamiento directo, únicamente cuando no podía haber ninguna clase de vacilaciones en cuanto a la seriedad, amplitud y profundidad del movimiento revolucionario, ninguna clase de vacilaciones en cuanto a que la cuestión llega al desenlace en el verdadero sentido de la palabra. Con las grandes palabras hay que ser prudentes. Las dificultades de transformarlas en grandes hechos son inmensas. Pero precisamente por eso sería imperdonable eludir estas dificultades con frases, deshacerse de las tareas serias con invenciones a lo Manílov, calarse unas anteojeras de gratas mentiras acerca de los supuestos «tránsitos naturales» hacia estas difíciles tareas.

Ejército revolucionario: también esta es una palabra muy grande. Su creación es un proceso difícil, complicado y largo. Pero cuando vemos que ya ha comenzado, y que se desarrolla por todas partes con intermitencias, a intervalos; cuando sabemos que sin ejército semejante es *imposible* la victoria efectiva de la revolución, debemos destacar esta consigna decidida y abierta,propagarla, haciendo de ella la piedra de toque de las tareas de palpitante actualidad de la política. Sería equivocado pensar que las clases revolucionarias poseen siempre fuer-

za suficiente para llevar a término la revolución, cuando esta revolución ha madurado plenamente en virtud de las condiciones del desarrollo social-económico. No, la sociedad humana no está estructurada tan racionalmente y tan «cómodamente» para los elementos avanzados. La revolución puede madurar, pero las fuerzas de los creadores revolucionarios de esta transformación pueden resultar insuficientes para llevarla a término. Entonces, la sociedad se descompone, y esta descomposición se prolonga a veces durante decenios enteros. Que la revolución democrática en Rusia ha madurado, es indudable. Pero todavía no se sabe si las clases revolucionarias tienen ahora fuerzas suficientes para llevarla a término. Esto lo decidirá la lucha, cuyo momento crítico se aproxima con gigantesca rapidez, si no nos engaña toda una serie de síntomas directos e indirectos. La superioridad moral es indudable, la fuerza moral es ya aplastantemente grande; sin ella, naturalmente, no se podría ni hablar de revolución alguna. Esta fuerza moral es una condición necesaria, pero *todavía no suficiente.* Y el desenlace de la lucha demostrará si esta fuerza moral ha de transformarse en fuerza material suficiente para romper la resistencia extremadamente seria (no hay que desconocerlo) de la autocracia. La consigna de la insurrección es la consigna de la resolución del problema por medio de la fuerza material, y ésta, en la moderna cultura europea, no es otra cosa que la fuerza militar. Esta consigna no es posible plantearla hasta tanto que no hayan madurado las condiciones generales de la revolución, hasta tanto que no se hayan manifestado de una manera precisa el despertar y la disposición de las masas para la acción, hasta tanto que las circunstancias exteriores no hayan conducido a una crisis paladina. Pero una vez que se ha planteado semejante consigna, sería ya sencillamente vergonzoso echarse para atrás, volver de nuevo a la fuerza moral, de nuevo a una de las condiciones de ampliación del terreno para la insurrección, de nuevo a uno de los «tránsitos posibles», etc., etc. No, una vez echadas las suertes, hay que dejar a un lado toda clase de subterfugios, hay que explicar directa y abiertamente a las amplias masas cuáles son ahora las condiciones prácticas de una revolución triunfante.

V. I. Lenin, Ob. compl., t. VIII, págs. 305-306, ed. rusa.

Publicado en el «Proletari», núm. 21, del 17 de octubre de 1905.

DEL ARTICULO «DOS TACTICAS»

... A partir del 9 de enero, nuestro movimiento obrero *se desarrolla* a nuestros ojos hasta convertirse en una insurrección popular.

Ahora bien, veamos cómo consideraban los socialdemócratas este paso a la insurrección, de la que hablaban antes como de un problema de táctica, y cómo los obreros mismos han comenzado a resolver este problema en la práctica.

He aquí lo que, hace tres años, se decía de la insurrección como consigna determinante de nuestras tareas prácticas inmediatas: «Representémonos la insurrección del pueblo. En el momento actual estaremos seguramente unánimes en reconocer que debemos pensar en ella y prepararnos para ella. Pero ¿cómo prepararnos? ¡No será nombrando el Comité Central agentes por todas partes para preparar la insurrección! Incluso en el caso de que tuviésemos un Comité Central, en el estado actual de Rusia, no se lograría en absoluto nada por este procedimiento. Por el contrario, una red de agentes que se formase por sí sola en el curso del trabajo de creación y difusión de un periódico común, no debería esperar con los brazos cruzados la consigna de la insurrección, sino que realizaría un trabajo regular tal que le garantizaría el máximo de probabilidades de éxito en caso de insurrección. Este trabajo es precisamente el que aseguraría el contacto tanto con las más amplias masas obreras, como con todos los elementos descontentos de la autocracia, cosa tan importante para el éxito de la insurrección. Precisamente en este trabajo se formaría la facultad de apreciar con acierto la situación política general y, por consecuencia, la facultad de elegir el momento favorable para la insurrección. Precisamente este trabajo enseñaría a *todas* las organizaciones locales a reaccionar simultáneamente ante las mismas cuestiones políticas, los incidentes y los acontecimientos que agitan a toda Rusia, a responder a estos acontecimientos de la manera más enérgica, más uniforme y más conveniente posible: y la insurrección es, en el fondo, la «respuesta» más enérgica, más uniforme y más conveniente del pueblo entero ante el gobierno. Precisamente este trabajo enseñaría, en fin, a todas las organizaciones revolucionarias de todos los rincones de Rusia a establecer entre sí las relaciones más permanentes y al mismo tiempo más conspirativas, que son las que crean la unidad *efectiva* del Partido; y sin estas relaciones es imposible examinar colectivamente un plan de insurrección y tomar en vísperas de la misma las medidas preparatorias necesarias, que deben guardarse en el secreto más absoluto.

«En una palabra, el «plan de un periódico político para toda Rusia», lejos de ser el fruto de un trabajo de gabinete de personas contaminadas de doctrinarismo y literaturismo (como les ha parecido a gentes irreflexivas), es, por el contrario, el plan más práctico para *empezar a prepararse en todas partes e inmediatamente a la insurrección, sin olvidar al mismo tiempo ni un instante la labor ordinaria de todos los días*» («¿Qué hacer?», Ob. esc. de Lenin, t. I, pág. 294, ed. esp.) (9)

Estas palabras de conclusión que acabamos de subrayar dan una respuesta clara a la pregunta de cómo concebían los socialdemócratas revolucionarios la preparación de la insurrección. Pero, por clara que sea esta respuesta, la vieja táctica de los seguidistas no podía por menos de aparecer también en este punto. Hace poco Martínov ha publicado bajo el título «Dos dictaduras» un folleto vivamente recomendado por la nueva «Iskra» (núm. 84) (10). El autor se indigna en lo más profundo de su corazón de partidario de «Rabocheie Dielo» (11) de que Lenin haya podido hablar «de preparación, de *fijación* y realización de la insurrección armada de todo el pueblo». El terrible Martínov abate a su adversario con este argumento: «Basándose en la experiencia histórica y en el análisis científico de la dinámica de las fuerzas sociales, la socialdemocracia internacional ha estimado siempre que sólo las revoluciones de palacio y los pronunciamientos pueden ser *fijados* de antemano y llevarse a cabo según un plan preparado de antemano, precisamente porque no son revoluciones populares, es decir, revoluciones en las relaciones sociales, sino simples cambios en la camarilla gobernante. La socialdemocracia ha estimado en todas partes y siempre que la revolución popular no puede ser *fijada* por adelantado y que a ésta no se la fabrica artificialmente, sino que se produce por sí misma».

Después de haber leído este pasaje, tal vez diga el lector que, evidentemente, Martínov «no es» un adversario serio y que tomarlo en serio sería ridículo. Estaríamos completamente de acuerdo con este lector; le diríamos incluso que no hay en el mundo sufrimiento más amargo que tomar en serio todas las teorías y todos los razonamientos de los neoiskristas. La desgracia consiste en que estas vaciedades figuran hasta en los artículos de fondo de la «Iskra» (núm. 62). Una desgracia aún mayor es que hay en el Partido no pocas gentes que se llenan la cabeza con estas vaciedades. Y hay que hablar de estas cosas nada serias, del mismo modo que estamos obligados a hablar de la «teoría» de Rosa Luxemburgo, que ha descubierto la «organización-proceso». Nos vemos precisados a explicar a Martínov que no hay que confundir insurrección con revolución popular. Nos vemos obligados a explicarle que cuando hay que resolver el problema práctico de los medios apropiados para derribar a la autocracia rusa, todos esos razonamientos profundos sobre la revolución en las relaciones socia-

les son dignos de un Kifa Mokiévich (12). Esta revolución comenzó en Rusia ya con la abolición del derecho de servidumbre, y es justamente el retraso en que se halla nuestra superestructura política con respecto a la revolución operada en las relaciones sociales lo que hace inevitable el derrumbamiento de esta superestructura; además, es de todo punto posible que este derrumbamiento se produzca de una vez, *de un solo golpe*, pues la «revolución popular» en Rusia ha asestado ya al zarismo una centena de golpes y no es posible saber si caerá al ciento uno o al ciento diez. Sólo intelectuales oportunistas que reprochan al proletariado su propio filisteísmo, pueden mostrar sus conocimientos escolares sobre la «revolución en las relaciones sociales» en el momento en que se examinan los medios prácticos de asestar al zarismo uno de los golpes de la segunda centena. ¡Sólo los oportunistas de la nueva «Iskra» pueden denunciar a grandes gritos histéricos, el horrible plan «jacobino» en el que el centro de graveded, como hemos visto, reside en una agitación general de masas con ayuda de un periódico político!

La revolución popular no puede decretarse a fecha fija, es verdad. Debemos loar a Martínov y al autor del artículo de fondo del número 62 de la «Iskra» por conocer esta verdad. («¿Y de qué preparación de la insurrección puede hablarse en nuestro Partido?», preguntaba en este artículo, combatiendo a los «utopistas», un fiel compañero de armas o discípulo de Martínov). Pero fijar la insurrección si la hemos preparado realmente y si la insurrección popular es posible en sí misma, en virtud de las transformaciones *operadas* en las relaciones sociales, es cosa perfectamente factible. Esforcémonos por demostrar esto a los neoiskristas con un ejemplo simple. ¿Se puede decretar un movimiento obrero? No, no es posible, pues éste se compone de mil actos distintos, engendrados por la revolución en las relaciones sociales. ¿Se puede decretar una huelga? Se puede, a pesar de que, compréndalo bien, camarada Martínov, *a pesar de que* toda huelga es resultado de una revolución en las relaciones sociales. ¿Cuándo se puede decretar una huelga? Cuando la organización o el círculo que la fijan tienen influencia en la *masa* de los obreros interesados y saben apreciar con acierto el momento del descontento y de la irritación crecientes en esta masa. ¿Han comprendido ahora de lo que se trata, usted, camarada Martínov, y usted, camarada «editorialista» del núm. 62 de la «Iskra»? Si lo han comprendido ustedes, tómense la molestia ahora de comparar la insurrección con la revolución popular. «La fecha de la revolución popular no puede ser fijada de antemano». La de la insurrección puede serlo si los que la fijan tienen influencia en la masa y saben apreciar el momento con acierto.

Felizmente, la iniciativa de los obreros de vanguardia va mucho más allá que la filosofía de los seguidistas de la nueva «Iskra». Mien-

tras que ésta da a luz penosamente teorías que prueban que la insurrección no puede ser fijada por aquellos que se preparaban para ella organizando al destacamento de vanguardia de la clase revolucionaria, los acontecimientos demuestran que las gentes que no se preparaban pueden fijar y se ven obligados a fijar la insurrección.

He aquí una proclama que nos ha sido enviada por un camarada de Petersburgo. La compusieron, la imprimieron y la difundieron en número de más de 10.000 ejemplares los mismos obreros, que en dicha ciudad, el 10 de enero, se apoderaron de una imprenta legal.

«¡Proletarios de todos los países, uníos!

¡*Ciudadanos*! ¡Ayer habéis visto las atrocidades del gobierno autócrata! ¡Habéis visto las calles inundadas de sangre! ¡Habéis visto muertos por centenares los campeones de la clase obrera, habéis visto la muerte, habéis oído los estertores de las mujeres heridas y de los niños sin defensa! ¡La sangre y los cerebros de los obreros han salpicado las calles, empedradas por vuestras manos! ¿Quién ha sacado la tropa y dirigido los fusiles y las balas contra los pechos de los obreros? El zar, los grandes duques, los ministros, los generales y la canalla de la corte.

¡*Son unos asesinos*! ¡*Mueran esos asesinos*! ¡*A las armas, camaradas*! ¡Apoderaos de los arsenales, de los depósitos de armas, de las armerías! ¡Demoled las prisiones, camaradas, y sacad de ellas a los combatientes de la libertad! ¡Destruíd las gendarmerías, los puestos de policía y todas las instituciones gubernamentales! ¡Derribemos al gobierno del zar, erijamos el nuestro! ¡*Viva la revolución*! ¡Viva la Asamblea Constituyente de los representantes del pueblo!

El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia»

El llamamiento a la insurrección lanzado por este puñado de obreros avanzados y llenos de iniciativa ha sido infructuoso. No nos sorprendería ni desalentaría el fracaso de varios llamamientos a la insurrección o de varias tentativas de «decretar» la insurrección. Dejemos a la nueva «Iskra» perorar a este respecto sobre la necesidad «de una revolución en las relaciones sociales» y de condenar con énfasis el «utopismo» de los obreros que gritan: «¡Erijamos nuestro propio gobierno!» Sólo incurables pedantes o confusionistas pueden ver en esta exclamación el centro de gravedad de un llamamiento semejante. Lo que a nosotros nos importa es notar y subrayar este notable y audaz comienzo de solución práctica de la tarea que se presenta ahora de lleno ante nosotros.

El llamamiento de los obreros de Petersburgo no ha tenido consecuencias y no podía tenerlas tan de prisa como ellos querían. Este llamamiento será repetido más de una vez aún, y las tentativas de

insurrección pueden todavía terminarse con frecuencia por un fracaso. Pero el hecho de que la tarea haya sido planteada por los obreros mismos tiene una importancia gigantesca. La adquisición hecha por el movimiento obrero, que ha llegado a la comprensión del carácter actual y práctico de esta tarea y que ha hecho posible plantearla en toda revuelta popular a la orden del día, esta adquisición nadie podrá arrebatársela al proletariado.

Los socialdemócratas, fundándose en consideraciones generales, habían lanzado la consigna de la preparación de la insurreción hace ya tres años. La capacidad de inciativa del proletariado ha llegado a esta misma consigna bajo la influencia de las lecciones inmediatas de la guerra civil. Hay iniciativa e iniciativa. Hay la iniciativa audaz de un proletariado revolucionario y hay la iniciativa de un proletariado no desarrollado, a quien se lleva con andadores, hay la iniciativa consciente de la socialdemocracia y la iniciativa a lo Subátov [13]. Y hay socialdemócratas que incluso en el momento actual contemplan con veneración precisamente esta segunda especie de iniciativa y creen que se pueden dispensar de abordar abiertamente las cuestiones de palpitante actualidad, repitiendo una infinidad de veces la palabra «clase». Tomad el número 84 de «Iskra». «¿Por qué —dice su «editorialista» dirigiéndose agresivamente a nosotros con aire triunfal —, por qué no es una organización estrecha de revolucionarios profesionales quien ha dado el impulso al movimiento de esta avalancha (del 9 de enero), sino la Reunión de los obreros? [14]. *Porque esta Reunión era verdaderamente* (¡escúchese bien!) *una organización amplia, basada en la iniciativa de las masas obreras*». Si el autor de esta frase clásica no fuese un admirador de Martínov, acaso hubiera comprendido que la Reunión ha servido al movimiento del proletariado revolucionario precisamente en el momento y en la proporción en que dicha Reunión ha pasado de la iniciativa a lo Subátov a la iniciativa socialdemócrata (después de lo cual ha cesado inmediatamente de existir como Reunión legal).

Si los neoiskristas o los nuevos partidarios del «Rabocheie Dielo» no fuesen unos seguidistas, hubieran visto que precisamente la jornada del 9 de enero ha confirmado las predicciones de los que afirmaban: «La legalización del movimiento no beneficiará, en fin de cuentas, a los Subátov, sino a nosotros». («¿Qué hacer?», Ob. esc. de Lenin, t. I, pág. 241, ed. esp.). Precisamente el 9 de enero ha demostrado una vez más toda la importancia de la tarea allí formulada: «Preparar segadores que sepan hoy arrancar la cizaña» (es decir, paralizar la corrupción actual sembrada por Subátov) y «mañana recoger el buen grano» (es decir, dirigir de un modo revolucionario el movimiento, que ha dado un paso adelante gracias a la legalización). ¡Y los bienaventurados de la nueva «Iskra» invocan una abundan-

te recolección de trigo para disminuir el papel de una fuerte organización de segadores revolucionarios!

Sería criminal — continúa este mismo editorialista de la nueva «Iskra» — «atacar por la espalda a la revolución». Lo que propiamente significa esta frase, Alá lo sabe. En cuanto a su relación con la fisonomía general oportunista de la «Iskra», tendremos probablemente ocasión de hablar en especial de ello otra vez. Por hoy bástenos indicar que la frase indicada no puede tener más que una sola verdadera significación política, a saber: el autor dobla el espinazo ante la retaguardia de la revolución y hace una mueca de desprecio ante su vanguardia «estrecha» y «jacobina».

La táctica del seguidismo y la táctica de la socialdemocracia revolucionaria se manifiestan con contraste tanto más evidente cuanto la nueva «Iskra» abunda más en el sentido de Martínov. Ya en el primer número de «Vperiod» demostrábamos que la insurrección debe apoyarse en uno de los movimientos espontáneos. No olvidamos, pues, de ninguna manera la importancia de «cubrir la retaguardia», para usar una expresión militar. En el número 4 hablábamos de la táctica acertada de los miembros del Comité de Petersburgo, que desde el comienzo mismo han hecho todos sus esfuerzos por sostener y desarrollar los elementos revolucionarios del movimiento espontáneo sin dejar de considerar con prudencia y desconfianza su lado sombrío, la retaguardia a lo Subátov de este movimiento espontáneo.

Terminaremos este artículo con un consejo que nos veremos obligados a dar todavía no pocas veces a los de la nueva «Iskra»: No rebajéis las tareas de la vanguardia de la revolución, no olvidéis nuestra obligación de sostener a esta vanguardia con nuestra iniciativa *organizada*. Pronunciad menos frases generales sobre el desarrollo de la iniciativa de los obreros — ¡los obreros dan prueba de una iniciativa revolucionaria formidable de la que ni siquiera os dais cuenta! — y cuidad más de no depravar a los obreros que carecen de educación política con vuestro propio seguidismo.

V. I. Lenin, Ob. compl., t. VII, págs. 110-114, ed. rusa.

Publicado en «Vperiod», núm. 6, del 14 de febrero de 1905

A TODOS LOS OBREROS DEL CAUCASO

¿Qué se ha puesto en claro?

Camaradas: Sólo unos meses han pasado desde que se levantaron en Rusia «nuevas brisas». Eran los tiempos de las «revelaciones hechas desde las alturas», cuando el famoso Sviatopolk-Mirski declaró tener «confianza» en la «sociedad». Justamente eso era lo que esperaban los liberales. En seguida se les desató la lengua, y se sucedieron los banquetes, las veladas, las peticiones, etc. «Somos la sal de la tierra; concedednos, pues, un poco de libertad, por amor de Dios» — imploraban al zar —; en algunas partes zumbaron las pistolas de los socialrevolucionarios, y la gente se puso a hablar del advenimiento de la «primavera». El zar miraba todo esto y sonreía... Pero todo tiene su fin. El zar se hartó del «interminable alboroto» de los liberales y gritó con severidad: «¡ Alto ahí! ¡Basta de bromas, basta de alboroto!» Y ellos, los pobrecillos, apaciguados, se escondieron por los rincones. Con esto terminó la «revolución» de los liberales. En tanto, el proletariado guardaba silencio, como sumido en profunda meditación. Sólo el «turbulento» Bakú no «entraba en razón». ¿Pero qué significa Bakú comparado con toda Rusia? Su voz aumentaba aún más el misterio del silencio del proletariado. Reinaba en el ambiente un «pesado silencio». Todo el mundo aguardaba algo... Y justamente en ese momento se desencadenó la insurrección de Petersburgo. El proletariado se alzó. Trescientos mil proletarios reclamaban «derechos humanos». «¡Libertad o muerte!»: tal era la divisa de los insurgentes de Petersburgo. A éstos les siguieron Moscú, Riga, Vilno, Varsovia, Odesa, el Cáucaso, y Rusia se convirtió en una palestra de la insurrección. Chocaron el zar y el proletariado. Y el gobierno zarista retrocedió. El proletariado de Rusia contestó al grito del gobierno zarista, a sus disparos con el terrible grito de combate, y el gobierno zarista vaciló. Inmediatamente bajó de tono y comenzó a hablar de comisiones: elegid delegados y enviadlos a conversar conmigo de vuestras necesidades, me sentiré dichoso de satisfaceros, etc. ¡Incluso lanzó «proclamas» rogando al proletariado compadecerse de él y no «armar revueltas»! ¿Y qué quiere decir todo esto? Esto quiere decir que el proletariado constituye una fuerza, que el gobierno zarista ve en el proletariado al enemigo más terrible y más implacable, a su sepulturero, que ese mismo pueblo al que asesinaba a mansalva es el que ha de decidir los destinos de la revolución rusa. El proletariado: he aquí el núcleo que agrupará en su torno a todos los

descontentos del orden de cosas existente y que los conducirá al asalto del zarismo. Analizad los hechos de estos últimos meses, observad con qué respeto miran al proletariado los campesinos en agitación en el Sur de Rusia, en la región del Volga, en Guria, Mingrelia, Imeretia, Kartalinia, Kajetia, Kisikia; atended con qué entusiasmo repiten ellos las consignas del proletariado: «¡Abajo el gobierno zarista! ¡Viva el Gobierno Popular!» Y comprenderéis que precisamente el proletariado es el abanderado de la revolución, es su núcleo fundamental.

Sí, camaradas, *el proletariado es el dirigente de la revolución*; esto es lo que ante todo se ha puesto en claro a través de los sucesos de estos últimos tres meses.

¿Y qué? ¿Se ve en el proletariado la aspiración a la revolución, un deseo ardiente de derrocar el gobierno zarista? ¿Piensa él aprovechar todo su poderío? Veamos los hechos. Tan pronto se dió la señal desde Petersburgo, tan pronto se enarboló allí la bandera revolucionaria, todo el proletariado de Rusia, los rusos, los polacos, los judíos, los georgianos, los armenios, los tártaros, los griegos, etc., todos, como a una señal convenida, contestaron con un saludo unánime y fraternal al llamamiento de los obreros de Petersburgo y lanzaron un reto audaz a la autocracia: «No nos apaciguarás con el aumento de los salarios, ¡exigimos la República democrática!», decían. ¿Qué significa todo esto? Esto quiere decir que el proletariado ya no cabe en los pañales políticos actuales, que en ellos se ahoga, que aspira con toda su pasión a la revolución, que el grito «¡Libertad o muerte!» arranca de lo profundo de su alma.

Sí, camaradas, *el proletariado siente ansias de revolución*: esto es lo que también se ha puesto en claro a través de la lucha de los tres meses últimos contra el zarismo.

Pero con sólo deseos no basta: la cuestión estriba en llevarlos a cabo. Se trata de saber hasta qué punto estamos preparados para acoger la revolución, si hemos logrado tomar el camino directo de la realización de nuestras aspiraciones revolucionarias. Veamos nuevamente los hechos. Cuando los camaradas de Petersburgo derramaban su sangre y morían en las barricadas, nosotros seguimos silenciosamente nuestro trabajo diario, y cuando, después de un intervalo considerable, interrumpimos nuestro silencio y quisimos sostener con nuestra simpatía a los camaradas de Petersburgo, éstos yacían ya en las frías tumbas. No hemos atacado simultáneamente al enemigo, la revolución nos ha encontrado diseminados en pequeños destacamentos, y precisamente por eso el gobierno ha logrado mantener su presencia de ánimo y derramar impunemente un mar de sangre del pueblo. Si nosotros hubiéramos estado organizados en una unión só-

lida, si hubiéramos tenido a la cabeza un Partido firme y único y si hubiéramos atacado unánime y simultáneamente al enemigo, las cosas habrían tomado un derrotero muy distinto. Nada de eso tuvimos, y esta es la causa de nuestro revés. De todo lo cual resulta que para realizar nuestras aspiraciones revolucionarias, necesitamos, más que el aire que respiramos, un Partido único e indivisible, capaz de agruparnos alrededor suyo, alumbrarnos el camino y conducirnos al asalto de, la autocracia.

Sí, camaradas, *el proletariado necesita un Partido fuerte, verdaderamente dirigente*; cosa que también se ha puesto en claro a través de la lucha de los tres meses últimos.

Hemos actuado en distintos momentos, y por eso el gobierno ha logrado dispersarnos. Hemos pasado a la acción sin armas, con las manos vacías, y de ahí nuestra derrota. «¡Armas, dadnos armas!», gritaba desesperado el proletariado, alzado a la insurrección. Al ver al enemigo, rechinaba los dientes, se arrojaba heroicamente a la lucha, pero, careciendo de armas, fué vencido en la lucha. De todo esto se desprende, sin asomo de duda, que lo primero que necesitamos es armarnos, y que, una vez armados, debemos actuar simultáneamente contra el enemigo. Organizar la insurrección: en esto consiste nuestra tarea, esto es lo que tiene que hacer el Partido proletario de Rusia. Figuraos el siguiente cuadro. Supongamos que en algunos centros importantes se ha organizado la insurrección, es decir, que los Comités ya tienen grupos especiales para trabajar entre los soldados; existen «organizaciones de combate»; hay armas, bombas, etc.; se ha establecido contacto con las baterías, con los arsenales; asimismo hay enlace con los empleados de los bancos del Estado, de las oficinas de Correos y Telégrafos, los Comités están vinculados con la masa obrera; la crisis se acentúa y empuja a los obreros al campo de la revolución... Supongamos que en alguna parte, en Petersburgo, se ha enarbolado la bandera de la insurrección, como el 9 de enero. El Partido da la señal y se inicia la insurrección. El proletariado en armas, puesto en movimiento por la huelga general, asalta los arsenales, los bancos del Estado, Correos, Telégrafos, los ferrocarriles. Todo esto ocurre en lo posible simultáneamente en los puntos vitales citados, a fin de que al gobierno no le quede tiempo de «tomar medidas». Tras esas ciudades avanzadas siguen las restantes, luego las aldeas... Esto es lo que se llama organizar la insurrección. Si hasta ahora no hemos tratado de organizar la insurrección, en el presente, cuando el proletariado arde en deseos de lucha por la revolución, cuando los intereses de clase del proletariado le obligan a asumir el papel dirigente, el Partido proletario tiene el deber de organizar la insurrección, afianzando así el terreno para que el proletariado pueda asumir el papel dirigente.

Sí, camaradas, *organizar la insurrección es el deber primordial de nuestro Partido*; esto también se ha puesto en claro a través de la cruenta lucha de tres meses.

26 de marzo de 1905.

Del libro de L. Beria, «En torno al problema de la historia de las organizaciones bolcheviques de Transcaucasia», 1941, págs. 64-68, ed. rusa.

DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR STALIN EN UN MITIN DE TIFLIS, EN EL AÑO 1905

Los mencheviques acogieron con júbilo y entusiasmo el manifiesto del zar, de octubre de 1905, manifiesto que, en su opinión, abría la época del régimen burgués constitucional en Rusia.

El día de la publicación del manifiesto del zar, en los mítines celebrados en Tiflís intervinieron los líderes de los mencheviques del Cáucaso, N. Jordania, N. Ramishvili y otros, anunciando en tono solemne: «Desde hoy no hay más autocracia, la autocracia ha muerto. Rusia entra en las filas de los Estados monárquico-constitucionales».

Los mencheviques propugnaron la consigna de desarme de la clase obrera. «¡No queremos armas! ¡Abajo las armas!», decían.

El camarada Stalin desenmascaró infatigablemente la táctica traidora de los mencheviques y sus llamamientos eran dirigidos a la insurrección armada general.

En un mitin obrero celebrado en Nadsaladevi (en Tiflís), el día de la publicación del manifiesto del zar, el camarada Stalin dijo:

«¿Qué revolución puede triunfar sin armas y qué revolucionario es el que dice: «¡Abajo las armas!»? El orador que lo dice es, probablemente, un tolstoyano y no un revolucionario, y sea quien fuere, es un enemigo de la revolución, de la libertad del pueblo...

¿Qué necesitamos para conseguir un verdadero triunfo? Para esto necesitamos tres cosas: lo primero que necesitamos es armamento, lo segundo armamento y lo tercero, una y otra vez, armamento». (Filial del IMEL en Tiflís, f. 34. legajo 85).

Muy poco después, aparecía una proclama bolchevique: un llamamiento del Comité de Tiflís con un boletín der suscipción, en el que se decía:

«¡Ciudadanos!

¡La gran revolución de Rusia ha empezado! Ya hemos vivido el primer acto de la tremenda lucha sangrienta. En el futuro nos esperan luchas y sacrificios mayores aún. El primer objetivo que se nos plantea *es armar al pueblo*. ¡Para derrotar la autocracia y conseguir el triunfo de la revolución, es imprescindible armamento, armamento y armamento!

¡Ciudadanos! Es preciso tomar todas las medidas para conseguir armas. Hay que acabar con los canallas y dominar a los «bashibusuks» (bandidos) zaristas; hay que emprender una guerra resuelta contra la autocracia, una guerra civil y una guerra política. Y *sin armas* es imposible hacerlo.

¡Ciudadanos! No esquivéis el cumplimiento de vuestro deber: no regateéis vuestro óbolo para conseguir el armamento del pueblo.

¡Viva la revolución victoriosa!

¡Viva la insurrección armada general!

¡Viva la República democrática!» (Archivo de la filial del IMEL de Tiflís, f. 31, legajo 141, hoja 236).

Del libro de L. Beria, «En torno al problema de la historia de las organizaciones bolcheviqués de Transcaucasia», 1941, págs. 74-75, ed. rusa.

V. I. Lenin

CONSEJOS DE UN AUSENTE

Escribo estas líneas el 8 de octubre, con poca esperanza de que lleguen a manos de los camaradas de Petrogrado para el 9. Es posible que lleguen ya tarde, pues el Congreso de los Soviets de la región Norte está convocado para el 10 de octubre. Intentaré, sin embargo, acudir con mis «Consejos de un ausente» para el caso de que la acción probable de los obreros y soldados de Petrogrado y de todos sus «alrededores» se realice pronto, pero no se haya realizado todavía.

Que todo el Poder debe pasar a los Soviets, es evidente. Asimismo debe ser indiscutible para todo bolchevique que un Poder revolucionario proletario (o bolchevique, pues hoy es uno y lo mismo) tendría aseguradas las mayores simpatías y el apoyo abnegado de los trabajadores y explotados del mundo entero en general, de los países beligerantes en particular y, sobre todo, entre los campesinos rusos. No hay para qué detenerse en estas verdades, conocidas por todo el mundo y probadas desde hace ya mucho tiempo.

Sí hay que detenerse, en cambio, en algo que seguramente no es del todo claro para todos los camaradas, a saber: que el paso del Poder a los Soviets significa hoy, prácticamente, la insurrección armada. Podría creerse que esto es algo evidente, y sin embargo, no todos se han parado ni se paran a meditarlo. Renunciar hoy a la insurrección armada equivaldría a renunciar a la consigna más importante del bolchevismo (todo el Poder a los Soviets) y a todo el internacionalismo revolucionario-proletario en general.

Pero la insurrección armada es un aspecto *especial* de la lucha política, sometido a leyes especiales, que deben ser profundamente analizadas por la reflexión. Carlos Marx daba a esta verdad una expresión extraordinariamente plástica al escribir que «*la insurrección armada es, como la guerra, un arte*».

Marx destaca entre las normas más importantes de este arte las siguientes:

1. *No jugar* nunca a la insurrección y, una vez empezada, saber firmemente que hay que *llevarla a término*.

2. Hay que concentrar en el lugar y en el momento decisivo *fuerzas muy superiores* a las del enemigo; de lo contrario, éste, mejor preparado y organizado, aniquilará a los insurrectos.

3. Una vez empezada la insurrección, hay que proceder con la mayor *decisión* y tomar infaliblemente, incondicionalmente, *la ofensiva*. «La defensiva es la muerte de la insurrección armada».

4. Hay que esforzarse en coger al enemigo desprevenido, elegir el momento en que sus tropas se hallen dispersas.

5. Hay que esforzarse en obtener éxitos *diarios*, aunque sean pequeños (incluso podría decirse que a cada hora, si se trata de una sola ciudad), manteniendo a toda costa la «*superioridad moral*».

Marx resume las enseñanzas de todas las revoluciones, en lo que a la insurrección armada se refiere, citando las palabras de «Dantón, el más grande maestro de táctica revolucionaria que conoce la historia: ¡Audacia, audacia y siempre audacia!»

Aplicado a Rusia y al mes de octubre de 1917, esto quiere decir: ofensiva simultánea, y lo más súbita y rápida posible, sobre Petrogrado, ofensiva que deberá partir indefectiblemente de fuera y de dentro, de los barrios obreros, de Finlandia, de Reval, de Cronstadt, ofensiva de *toda* la escuadra y concentración de una *superioridad gigantesca* de fuerzas contra nuestra «guardia burguesa» (los alumnos de las escuelas militares), formada por unos 15.000 ó 20.000 hombres (acaso más), contra las tropas de nuestra «Vandée» [15] (una parte de los cosacos), etc.

Combinar nuestras tres fuerzas principales, la escuadra, los obreros y las unidades de tropa, de tal modo, que, por encima de todo, podamos ocupar y conservar, *cualquiera que sea el número de bajas* que ello nos

cueste: a) la Central de Teléfonos; b) la Central de Telégrafos; c) las estaciones ferroviarias y d) los puentes en primer término.

Seleccionar los elementos *más decididos* (nuestras «tropas de choque» y *la juventud obrera*, así como los mejores marineros) y formar con ellos pequeños destacamentos destinados a ocupar los puntos más importantes y a *participar* en todos los sitios en las operaciones de más importancia, como por ejemplo:

Cercar y aislar a Petrogrado, apoderarse de la ciudad mediante un ataque combinado de la escuadra, los obreros y las tropas: he aquí una misión que requiere *habilidad y triple audacia*.

Formar con los mejores elementos obreros destacamentos armados de fusiles y granadas de mano para atacar y cercar los «centros» del enemigo (academias militares, centrales de Telégrafos y Teléfonos, etc.). La consigna de estos destacamentos debe ser: *antes perecer todos que dejar pasar al enemigo*.

Hay que confiar en que, si se acuerda la acción, los jefes aplicarán con éxito los grandes preceptos de Dantón y Marx.

El triunfo de la revolución rusa y de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha.

V. I. Lenin. Ob. compl., t. XXI, págs. 319-320, ed. rusa. (Ob. esc., t. III, pags. 134-135, ed. esp.).

Escrito el 21 de Octubre de 1917.

LAS ACCIONES DE GUERRILLAS DE LOS EQUIPOS DE COMBATE

Enseñanzas de la insurrección de Moscú en diciembre de 1905

V. I. Lenin

DEL ARTICULO «LA SITUACION ACTUAL DE RUSIA Y LA TACTICA DEL PARTIDO OBRERO»

... Permítasenos aquí una pequeña digresión del tema acerca de las acciones de guerrillas de los equipos de combate. Consideramos que es equivocado compararlas con el terror de viejo tipo. El terror era la venganza contra individuos aislados. El terror era el complot de grupos de intelectuales. El terror no estaba en absoluto ligado con el estado de ánimo de las masas. El terror no preparaba a ningún dirigente combativo de masas. El terror era el resultado — y también síntoma y acompañante — de la falta de fe en la insurrección, de la falta de condiciones para la insurrección.

Las acciones de guerrillas no son hechos de venganza, sino operaciones militares. Son tan poco parecidas a una aventura, como las incursiones de las patrullas de cazadores a la retaguardia del ejército enemigo durante una tregua en el campo principal de batalla no se parecen a las muertes perpetradas en duelo o en una conspiración. Las acciones de guerrillas de los equipos de combate, formados hace ya mucho tiempo por los socialdemócratas de las dos fracciones en todos los centros más importantes del movimiento y que comprenden principalmente a obreros, están indudablemente ligadas con el estado de espíritu de las masas de la manera más clara y directa. Las acciones de guerrillas de los equipos de combate preparan directamente a dirigentes combativos de masas. Las acciones de guerrillas de los equipos de combate en la actualidad no sólo no son resultado de la falta de fe en la insurrección o de la imposibilidad de la insurrección, sino que, por el contrario, son una parte integrante necesaria de la insurrección en marcha. Naturalmente, en todas las cosas y siempre son posibles los errores, son posibles los intentos inoportunos de actuar antes de tiempo; son posibles los apasionamientos insanos y los extremismos, que siempre son, induda-

blemente, dañosos y que pueden perjudicar a la táctica más acertada. Pero es un hecho que nosotros hasta ahora padecemos en la mayoría de los centros puramente rusos de otro extremismo, de insuficiente espíritu de iniciativa de nuestros equipos de combate, de falta de experiencia combativa en éstos, de poca decisión en sus acciones. En ese sentido nos han aventajado el Cáucaso y Polonia y las regiones del Báltico, es decir, precisamente centros en los que el movimiento se ha alejado más del viejo terror, en los que la insurrección está mejor preparada, en los que el carácter de masas de la lucha proletaria está expresado de la manera más fuerte y diáfana.

Necesitamos alcanzar a estos centros. Necesitamos no contener, sino estimular las acciones de guerrillas de los equipos de combate, si queremos no tan sólo de palabra preparar la insurrección y hemos reconocido que el proletariado está preparado en serio para la insurrección.

La revolución rusa comenzó cuando se le pidió al zar que regalase la libertad. Los fusilamientos, la reacción, las ferocidades de Trépov no han aplastado el movimiento, sino que lo han impulsado más. La revolución dió el segundo paso; arrancó por la fuerza al zar el reconocimiento de la libertad, defendió esta libertad con las armas en la mano. La revolución no se impuso de inmediato. Los fusilamientos, la reacción, las atrocidades de Dubásov [16], no aplastarán, sino que atizarán el movimiento. Ante nosotros se perfila el tercer paso, que determina el desenlace de la revolución: la lucha del pueblo revolucionario por el Poder, capaz de hacer que la libertad fuese un hecho real. En esa lucha tenemos que contar con la ayuda no de los partidos de la oposición, sino de los partidos democráticos revolucionarios. Hombro a hombro con el proletariado socialista irá en esta lucha el campesinado democrático-revolucionario. Se trata de una gran lucha una lucha difícil, la lucha por llevar hasta el fin la revolución democrática, la lucha por su completa victoria. Pero todos los síntomas hablan en el momento presente a favor de que semejante lucha se avecina por el desarrollo de las cosas. Cuidémonos, pues, de que la nueva oleada encuentre al proletariado ruso en una nueva preparación para el combate.

V. I. Lenin, Ob. compl., t. IX, págs. 26-27, ed. rusa.

Publicado en «Partiinie Isvestia» («El noticiario del Partido»), núm. 1, del 20 de febrero de 1906.

V. I. Lenin

LAS ENSEÑANZAS DE LA INSURRECCION DE MOSCU

El libro «Moscú en diciembre de 1905» (Moscú 1906) ha salido a la luz con la mayor oportunidad. La asimilación de la experiencia de la insurrección de diciembre es una tarea urgente del Partido obrero. Por desgracia, este libro es como un barril de miel en el que se hubiera echado una cucharada de pez: el material es muy interesante, a pesar de ser incompleto, pero las conclusiones son increíblemente desordenadas, increíblemente banales. De estas conclusiones hablaremos en un lugar especial; ahora vamos a referirnos a la cuestión política del día, a las enseñanzas de la insurrección de Moscú.

La forma principal del movimiento de diciembre en Moscú ha sido la huelga pacífica y la manifestación. La inmensa mayoría de la masa obrera no ha participado activamente más que en estos aspectos de la lucha. Pero precisamente el movimiento de diciembre en Moscú ha demostrado de una manera evidente que la huelga general, como forma independiente y principal de lucha, ha pasado a la historia, que el movimiento, con una fuerza elemental e irresistible, se desborda de este marco estrecho y engendra la forma superior de lucha: la insurrección.

Todos los partidos revolucionarios, todos los sindicatos de Moscú, al declarar la huelga, tenían conciencia e incluso tenían el presentimiento de que indefectiblemente se transformaría en insurrección. El 19 de diciembre, el Soviet de diputados obreros decidió que «se esforzaría por transformar la huelga en levantamiento armado». Pero en realidad ninguna de las organizaciones estaba preparada para esto. Incluso el Consejo coalicionista de los equipos de combate hablaba (*¡el 22 de diciembre!*) de la insurrección como de una cosa lejana, y es indudable que los combates de calle se desarrollaron por encima de él y sin su participación. Las organizaciones se habían quedado *a la zaga* del crecimiento y de la extensión del movimiento.

La huelga se transformó en insurrección ante todo bajo la presión de las condiciones objetivas creadas después de octubre. No era ya posible sorprender al gobierno por medio de una huelga general. Este había ya organizado la contrarrevolución presta a obrar militarmente. El curso general de la revolución rusa después de octubre y la sucesión de los acontecimientos de Moscú en las jornadas de diciembre han confirmado de un modo admirable una de las profundas tesis de Marx: la revolución progresa al mismo tiempo que suscita una contrarrevolución fuerte y unida, es decir, obliga al enemigo a recurrir a medios de defensa más extremos y elabora así medios de ataque cada vez más potentes.

20 y 21 de diciembre: huelga pacífica, manifestaciones pacíficas de masas. El 21 por la noche: sitio del Acuarium (17). El 22, durante el

día: los dragones cargan contra la muchedumbre en la plaza Strástnaia. Por la noche, ataque contra la casa Fidler. La atmósfera se caldea. La muchedumbre inorganizada de la calle levanta, espontáneamente y con vacilaciones, las primeras barricadas.

El 23, la artillería abre el fuego contra las barricadas y contra la muchedumbre agolpada en las calles. Las barricadas se levantan sin vacilaciones y no son ya un hecho aislado, sino, indudablemente, general. Toda la población está en la calle; los principales centros de la ciudad se cubren de una red de barricadas. Durante varios días se desarrolla una obstinada lucha de guerrillas entre los equipos de combate y la tropa, lucha que extenúa a las tropas y obliga a Dubásov a implorar refuerzos. Solamente el 28 de diciembre la superioridad de las fuerzas gubernamentales es innegable, y el 30 el regimiento Semiónovski devasta el barrio de Presnia, último baluarte de la insurrección.

De la huelga y de las manifestaciones a las barricadas aisladas. De las barricadas aisladas a las barricadas en masa y a la lucha de calles contra la tropa. Por encima de las organizaciones la lucha proletaria de masas se transforma de huelga en insurrección. Esta es la grandiosa adquisición con que la revolución rusa ha enriquecido la historia, adquisición hecha en diciembre de 1905, lograda, como las precedentes, a costa de sacrificios inmensos. El movimiento, surgido de la huelga política general, se ha elevado al grado superior, ha forzado a la reacción a ir *hasta el fin* en su resistencia y, por eso mismo, ha aproximado a pasos gigantescos el momento en que la revolución desplegará también hasta el fin sus medios de ofensiva. La reacción *no puede ir más allá* después del bombardeo de las barricadas, de las casas y de la muchedumbre. La revolución tiene todavía a donde ir, mucho más allá de los equipos de combate de Moscú, tiene todavía a donde ir, muy lejos, tanto en extensión como en profundidad. Y la revolución ha hecho ya mucho camino después de diciembre. La crisis revolucionaria tiene ahora una base infinitamente más amplia; no hay más que afilar el corte.

La modificación de las condiciones objetivas de la lucha, modificación que exigía pasar de la huelga a la insurrección, la ha sentido el proletariado antes que sus dirigentes. La práctica, como siempre, ha precedido a la teoría. La huelga pacífica y las manifestaciones han dejado de satisfacer de golpe a los obreros, que preguntaban: ¿y después?, y que exigían operaciones más activas. La directiva de levantar barricadas ha llegado a las barriadas con un enorme retraso, cuando en el centro se las construía ya. Los obreros se pusieron en masa a la obra, pero esto *no les bastaba*, y preguntaban: ¿y después?, y exigían operaciones activas. Nosotros, dirigentes del proletariado socialdemócrata, hemos hecho en diciembre como ese capitán que tenía tan torpemente dispuestos sus regimientos, que la mayor parte de sus tropas no participa-

ban activamente en la batalla. Las masas obreras buscaban directivas para operaciones activas de gran extensión y no las encontraban.

Así pues, no hay nada más limitado que la idea de Plejánov, que hacen suya todos los oportunistas, de que no se debía haber emprendido esta huelga inoportuna, que «no se debía haber tomado las armas». Por el contrario, había que haber tomado las armas más resueltamente, más enérgicamente, con un espíritu más ofensivo; había que haber explicado a las masas la imposibilidad de limitarse a una huelga pacífica y la necesidad de una lucha armada intrépida e implacable. Hoy debemos, al fin, reconocer abiertamente y proclamar bien alto la insuficiencia de las huelgas políticas; debemos llevar a cabo la agitación más extensa posible entre las masas en favor de la insurrección armada, sin disimular esta cuestión por medio de ningún «grado preliminar», sin cubrirla con ningún velo. Ocultar a las masas la necesidad de una guerra desesperada, sangrienta y exterminadora, como objetivo inmediato de la acción próxima, es engañarse a sí mismo y engañar al pueblo.

Tal es la primera enseñanza de los acontecimientos de diciembre. La segunda lección concierne al carácter de la insurrección, a la manera de hacerla, a las condiciones en las cuales las tropas pasan al lado del pueblo. Sobre este paso de las tropas al lado del pueblo, en el ala derecha de nuestro Partido se halla muy difundida una opinión sumamente unilateral. Según esta opinión, es imposible luchar contra un ejército moderno; es preciso que el ejército se haga revolucionario. Es claro que si la revolución no gana a las masas e incluso al ejército, no se puede pensar en una lucha seria. Es evidente que la propaganda en el ejército es necesaria. Pero no hay que figurarse este cambio de frente en la tropa como un acto simple, único, resultante de la persuasión, de una parte, y de la conciencia, de otra. La insurrección de Moscú demuestra hasta la evidencia lo que esta concepción tiene de rutinario y de inerte. En realidad, la vacilación de la tropa, inevitable en presencia de todo movimiento verdaderamente popular, conduce, cuando la lucha revolucionaria se hace más aguda, a una verdadera *lucha por el ejército*. La insurrección de Moscú nos muestra precisamente la lucha más desesperada y más furiosa entablada entre la reacción y la revolución por el ejército. Dubásov mismo ha declarado que sólo 5.000 hombres de los 15.000 de la guarnición de Moscú eran seguros. El gobierno retenía a los vacilantes valiéndose de las medidas más diversas, más desesperadas: se les persuadía, se les adulaba, se les sobornaba, distribuyéndoles relojes, dinero, etc., se les emborrachaba con aguardiente, se les engañaba, se les atemorizaba, se les encerraba en los cuarteles, se les desarmaba, se les arrancaba por la traición y por la violencia a los soldados considerados como menos seguros. Y hay que tener el valor de confesar abierta y públicamente que en este aspecto el gobierno nos ha dejado atrás. No hemos sabido utilizar las fuerzas de que disponíamos

para realizar con tanta actividad, audacia, espíritu de iniciativa y de ofensiva una lucha por el ejército vacilante, como la que el gobierno ha entablado y realizado con éxito. Nos hemos dedicado y nos dedicaremos todavía con más tenacidad a la «preparación» ideológica de las tropas; pero seríamos unos lamentables pedantes si olvidásemos que en el momento de la insurrección hay que luchar también físicamente por el ejército.

El proletariado de Moscú nos ha dado durante las jornadas de diciembre admirables lecciones de «preparación» ideológica de las tropas: por ejemplo, el 21 de diciembre, en la plaza Strástnaia, cuando la muchedumbre rodeó a los cosacos, se mezcló y confraternizó con ellos y les persuadió a que se volviesen atrás. O el 23, en el barrio de Presnia, cuando dos jóvenes obreras que llevaban una bandera roja entre una muchedumbre de 10.000 personas, salieron al paso de los cosacos gritando: «¡Matadnos, pero mientras estemos vivas no tomaréis nuestra bandera!» Y los cosacos, confusos, volvieron grupas, en tanto que la muchedumbre gritaba: «¡Vivan los cosacos!» Estos ejemplos de audacia y de heroísmo deben ser grabados para siempre en la conciencia del proletariado.

Pero he aquí ejemplos de nuestro atraso con respecto a Dubásov. El 22 de diciembre, grupos de soldados van por la calle de Sérpujov, al canto de «La Marsellesa», a unirse a los insurrectos. Los obreros les mandan delegados. Malájov galopa desesperadamente hacia ellos. Los obreros llegan con retraso; Malájov llega a tiempo, pronuncia un discurso inflamado, que hace vacilar a los soldados, los hace cercar por los dragones, los conduce al cuartel y los encierra en el mismo. Malájov ha sabido llegar a tiempo y nosotros no, a pesar de que en dos días, a nuestro llamamiento, se habían levantado 150.000 hombres, los cuales habrían podido y habrían debido organizar un servicio de patrullas en las calles. Malájov ha hecho cercar a los soldados por los dragones y nosotros no hemos hecho cercar a Malájov y a sus gentes por obreros provistos de bombas. Habríamos podido y debido hacer esto, y la prensa socialdemócrata desde hacía ya mucho tiempo (la vieja «Iskra») había dicho que el exterminio implacable de los jefes civiles y militares es nuestro deber en tiempo de insurrección. Lo que se ha producido en la calle Sérpujov se ha repetido, por lo visto, en líneas generales ante los cuarteles Nesvizhski y Krutitski y cuando las tentativas del proletariado de «hacerse» con el regimiento de Ekaterinoslav, y cuando el envío de delegados a los zapadores de Alexándrov, y cuando la reexpedición de la artillería de Rostov que había sido enviada contra Moscú, y cuando el desarme de los zapadores en Kolomna, y así sucesivamente. Durante la insurrección no hemos estado a la altura de nuestra misión en la lucha por el ejército vacilante.

Diciembre ha demostrado con evidencia la verdad de otra tesis

profunda de Marx, olvidada por los oportunistas: la insurrección es un arte, y la principal regla de este arte es la *ofensiva*, audaz hasta la desesperación, una ofensiva inflexible y decidida. No nos hemos asimilado suficientemente esta verdad. Hemos estudiado nosotros mismos y hemos enseñado a las masas de un modo insuficiente este arte, esta regla de la ofensiva a toda costa. Ahora nuestro deber consiste en recuperar con toda energía el tiempo perdido. No basta agruparse alrededor de las consignas políticas. Es preciso agruparse también alrededor de la cuestión de la insurrección armada. El que está en contra, el que no se prepara para ella, debe ser echado implacablemente de las filas de las partidarios de la revolución, debe ser echado al campo de sus adversarios, de los traidores o de los cobardes, pues se aproxima el día en que la fuerza de los acontecimientos y las circunstancias de la lucha nos obligarán a reconocer por este signo a los amigos y a los enemigos. No debemos predicar la pasividad, ni la simple «espera» del momento en que la tropa «pasará» a nuestro lado, no; debemos repetir en todos los tonos la necesidad de la ofensiva intrépida y del ataque a mano armada, la necesidad del exterminio de los jefes y de la lucha más enérgica por la conquista del ejército vacilante.

La tercera gran enseñanza que nos ha dado Moscú se refiere a la táctica y la organización de las fuerzas para la insurrección. Y la táctica militar depende del nivel de la técnica militar. Engels ha remachado esta verdad y ha dado la fórmula definitiva de la misma para los marxistas. La técnica militar no es hoy lo que era a mediados del siglo XIX. Oponer la muchedumbre a la artillería y defender las barricadas a tiros de revólver sería estúpido. Kautsky tenía razón cuando escribía que era hora, después de Moscú, de revisar las conclusiones de Engels, y que Moscú había hecho nacer «*una nueva táctica de las barricadas*». Esta táctica era la de la guerra de guerrillas. La organización que dicha táctica exigía era la de destacamentos móviles y extraordinariamente pequeños: grupos de 10, de 3, incluso de 2. Entre nosotros podemos con frecuencia encontrar ahora socialdemócratas que ríen burlonamente cuando oyen hablar de esos grupos de 5 ó de 3. Pero las risas burlonas no son más que un medio barato de esquivar esta *nueva* cuestión de la táctica y de la organización reclamada por el combate de calles en presencia de la técnica militar moderna. Leed atentamente el relato de la insurrección de Moscú, señores, y comprenderéis la relación existente entre los «grupos de cinco» y la cuestión de la «nueva táctica de las barricadas».

Moscú ha hecho aparecer esta táctica, pero no la ha desarrollado ni mucho menos, no le ha dado ni mucho menos una extensión suficiente, no ha hecho de ella una verdadera táctica de masas. Los miembros de los equipos de combate eran poco numerosos; la masa

obrera no ha recibido la consigna de los ataques audaces y no la ha puesto en práctica; el carácter de los destacamentos de guerrilleros era demasiado uniforme, su armamento y sus procedimientos eran insuficientes, no sabían apenas dirigir a la muchedumbre. Debemos subsanar todo esto y lo subsanaremos, estudiando la experiencia de Moscú, propagando esta experiencia entre las masas, estimulando el espíritu de invención de las masas mismas en el sentido del desarrollo ulterior de esta experiencia. Y la guerra de guerrillas, el terror general de masas que casi sin interrupción se extiende por todas partes en Rusia después de diciembre, contribuirán indudablemente a enseñar a las masas la táctica acertada durante la insurrección. La socialdemocracia debe reconocer y admitir en su táctica este terror ejercido por las masas, naturalmente, organizándolo y controlándolo, subordinándolo a los intereses y a las condiciones del movimiento obrero y de la lucha revolucionaria en general, evitando y amputando implacablemente esa deformación apachesca de la guerra de guerrillas, de la cual han hecho justicia de una manera tan maravillosa y tan implacable los moscovitas durante la insurrección y los letones durante las jornadas de las famosas repúblicas letonas.

La técnica militar en estos últimos tiempos se ha perfeccionado todavía. La guerra con el Japón ha hecho aparecer la granada de mano. Las fábricas de armas han lanzado al mercado el fusil automático. La una y el otro comienzan ya a ser empleados con éxito en la revolución rusa, pero en una medida todavía muy insuficiente. Podemos y debemos aprovechar los progresos de la técnica, enseñar a los destacamentos obreros la fabricación en gran escala de las bombas, ayudarles, así como a nuestros equipos de combate, a procurarse explosivos, pistones y fusiles automáticos. ¡Si la masa obrera participa en la insurrección en las ciudades, si atacamos en masa al enemigo, si luchamos de una manera diestra y decidida por conquistar el ejército, que vacila aún más después de la Duma, después de las sublevaciones de Sveaborg y Cronstadt, si la participación del campo en la lucha común está asegurada, la victoria será nuestra en la próxima insurrección de toda Rusia!

Despleguemos, pues, con mayor amplitud nuestra actividad, definamos con mayor audacia nuestros objetivos, asimilándonos las enseñanzas de las grandes jornadas de la revolución rusa. Nuestra actividad se basa en una justa apreciación de los intereses de las clases y de las exigencias del desenvolvimiento nacional en el momento presente. En torno a la consigna: abolición del poder zarista y convocatoria de la Asamblea Constituyente por un Gobierno revolucionario, agrupamos y agruparemos a una parte cada vez mayor del proletariado, de los campesinos y del ejército. Desarrollar la conciencia de las masas sigue siendo, como siempre, la base y el objetivo

principal de todo nuestro trabajo. Pero no olvidemos que a este deber general, constante, primordial, en los momentos como el que atraviesa Rusia se agregan deberes particulares, especiales. No nos convirtamos en pedantes y filisteos, no esquivemos estas tareas particulares del momento, estas tareas especiales de las formas de lucha con vacías invocaciones de nuestros deberes constantes e inmutables cualesquiera que sean los tiempos y las circunstancias.

Recordemos que la gran lucha de masas se aproxima, y que ésta será la insurrección armada, la cual debe ser, en la medida de lo posible, simultánea. Las masas deben saber que se lanzan a una lucha armada sangrienta, sin cuartel. El desprecio de la muerte debe difundirse entre las masas y asegurar la victoria. La ofensiva contra el enemigo debe ser lo más enérgica posible. Ataque y no defensa: esta debe ser la consigna de las masas; exterminio implacable del enemigo: tal debe ser su tarea; la organización de combate debe ser móvil y ágil; los elementos vacilantes del ejército serán arrastrados a la lucha activa. El Partido del proletariado consciente debe cumplir su deber en esta gran lucha.

V. I. Lenin, Ob. compl., t. X, págs. 48-53, ed. rusa.

Publicado en «Proletari», núm. 2, del 11 de septiembre de 1906.

J. Stalin

EL MOMENTO ACTUAL Y EL CONGRESO DE UNIFICACION DEL PARTIDO

El movimiento de diciembre nos ha demostrado que nosotros, los socialdemócratas, cometimos entre otras una grave falta ante el proletariado. Esta falta consiste en que no nos hemos preocupado, o nos hemos preocupado demasiado poco, de armar a los elementos avanzados y de organizar destacamentos rojos. Recordad el mes de diciembre. ¿Quién no se acuerda del pueblo excitado, levantado en armas en Tiflís, en el Cáucaso Occidental, en el Sur de Rusia, en Siberia, en Moscú, en Petersburgo, en Bakú? ¿Por qué este pueblo lleno de ira fué dispersado por los lacayos zaristas como una manada de ovejas? ¿Será porque el pueblo no estaba aún seguro de que el gobierno zarista era un gobierno inepto? ¡Claro que no! ¿Y por qué, pues?

Ante todo porque carecía de armas o las tenía en pequeña cantidad, y por consciente que uno sea no puede resistir a las balas con las manos vacías.

En segundo lugar, nuestros camaradas han podido ser dispersados porque carecían de destacamentos rojos instruídos, que pudieran conducir a los demás con las armas en la mano, que se apoderaran de las armas mediante las armas y armasen al pueblo; en los combates de calle el pueblo es heroico, pero si no lo conducen sus hermanos armados y no dan el ejemplo, el pueblo puede convertirse en una muchedumbre de cobardes que huyen al simple ruido de un carro (recordad los mítines celebrados en Tiflís en octubre).

En tercer lugar, nuestros camaradas han podido ser dispersados porque la insurrección de diciembre estaba desunida e inorganizada. Cuando Moscú luchaba en las barricadas, Petersburgo guardaba silencio; Tiflís y Kutaís se preparaban para el asalto cuando Moscú ya había sido «sometida»; Siberia acudió a las armas cuando el Sur y los letones habían sido «vencidos». Es decir, que el proletariado en lucha se lanzó a la revolución dividido en grupos, debido a lo cual el gobierno pudo con relativa facilidad infligirle una «derrota».

En cuarto lugar, nuestros camaradas han podido ser dispersados porque la insurrección de diciembre mantuvo la política de defensiva, y no la de ofensiva, el gobierno mismo provocó la insurrección de diciembre, el gobierno mismo nos atacó, tenía su plan, mientras que nosotros hicimos frente a este ataque del gobierno sin estar preparados, carecíamos de todo plan, nos vimos obligados a mantener la política de autodefensa y marchar así a la zaga de la reacción envalentonada; si los moscovitas hubieran optado desde el comienzo por la política de ofensiva, se habrían apoderado inmediatamente de la estación de Nicolás, el gobierno no habría podido trasladar fuerzas de Petersburgo y, de este modo, la insurrección de Moscú hubiera sido más prolongada, lo que habría tenido la consiguiente influencia sobre las demás ciudades; lo mismo cabe decir con respecto a los letones: si desde el comienzo hubieran adoptado el camino de la ofensiva, se habrían apoderado en primer término de los cañones y habrían minado las fuerzas del gobierno. No en vano dijo Marx:

«Una vez comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor decisión y pasar *a la ofensiva. La defensiva es la muerte de toda insurrección armada*... Hay que sorprender al adversario mientras sus tropas están aún dispersas; hay que conseguir cada día nuevos triunfos, aunque sean pequeños; hay que mantener la superioridad moral que brinda el primer levantamiento eficaz; hay que atraerse a los elementos vacilantes que siguen siempre a la parte más fuerte y se adhieeen siempre al lado más seguro; hay que obligar al enemigo a retroceder, antes de que pueda reunir sus fuerzas; en suma, para decirlo con ras palabras de Dantón, el más grande maestro de táctica revolucionaria que conoce la historia: «de l'audace, de l'audace, encore de l'au-

dace!» («¡Audacia, audacia y siempre audacia!»)». (Véase: «Ensayos históricos» de Carlos Marx, pág. 95, ed. rusa).

A la insurrección de diciembre le faltó justamente esta «audacia» y esta política de ofensiva.

Se nos dirá: no bastan estas causas para explicar la «derrota» de diciembre, os habéis olvidado de que en diciembre los campesinos no supieron unirse al proletariado, y esta es también una de las causas principales del repliegue de diciembre. Es la pura verdad, pero no hemos olvidado esta causa. Ahora bien, ¿por qué no supieron los campesinos unirse con el proletariado, cuál es la causa de esto? Se nos dirá: la falta de consciencia. Bien, pero ¿cómo debemos hacer a los campesinos conscientes? ¿Con la difusión de libros? ¡Claro que esto no basta! ¿Cómo proceder, pues? Por medio de la lucha, incorporándolos a esta lucha y dirigiéndolos durante la lucha. Hoy, la ciudad dirige al campo, el obrero al campesino, y si en las ciudades no se organiza la insurrección, los campesinos nunca marcharán en esta empresa con el proletariado avanzado. ¿Por qué los campesinos de Kutaís retrocedieron en la insurrección de diciembre? ¿Por falta de consciencia? ¡NO! ¿Por qué, pues? Porque los obreros de Tiflís ya habían retrocedido para entonces: «¡Sin Tiflís nada podemos hacer!», decían los campesinos de Kutaís. Lo mismo casi cabe decir con respecto a los soldados.

Del libro de L. Beria, «En torno al problema de la historia de las organizaciones bolcheviques de Transcaucasia», 1941, págs. 82-84, ed. rusa.

Tiflís, 1906.

LA INSURRECCION ARMADA

V. I. Lenin

DEL ARTICULO «LA PLATAFORMA TACTICA PARA EL CONGRESO DE UNIFICACION DEL P.O.S.D.R.»

Considerando:

1) que toda la historia de la actual revolución democrática en Rusia nos muestra, en su conjunto, el indeclinable ascenso del movimiento hacia formas de lucha más de masa contra el absolutismo, que abarquen a todo el país, decididas y ofensivas;

2) que la huelga política de octubre, al rechazar la Duma de Bulyguin ([18]) y obligar al gobierno autocrático a proclamar los principios de la libertad política, ha puesto de manifiesto la fuerza gigantesca del proletariado y la posibilidad de que éste intervenga unánimemente en toda Rusia, incluso dadas las deficiencias de las organizaciones de clase;

3) que la huelga general pacífica ha demostrado ser insuficiente, dado el ulterior ascenso del movimiento, y su empleo frecuente ha demostrado no alcanzar sus fines y desorganizar las fuerzas del proletariado;

4) que todo el movimiento revolucionario condujo después con fuerza espontánea a la insurrección armada de diciembre, en la que no sólo el proletariado, sino también nuevas fuerzas de las capas pobres de la ciudad y de los campesinos tomaron las armas para defender las libertades conquistadas por el pueblo de los atentados del gobierno reaccionario;

5) que la insurrección de diciembre ha originado la nueva táctica de barricadas y ha demostrado en general la posibilidad de la lucha armada abierta del pueblo incluso contra el ejército moderno;

6) que en las masas populares, merced a la instauración — a pesar de las promesas constitucionales — de la dictadura militar-policiaca, madura la conciencia de la necesidad de luchar por un poder efectivo, que el pueblo revolucionario puede conseguir únicamente en lucha abierta contra las fuerzas de la autocracia;

7) que la autocracia debilita y desmoraliza sus fuerzas militares, utilizándolas para someter a mano armada a la población de la que dichas fuerzas armadas forman parte, sin realizar las reformas militares a tono con los tiempos en que vivimos y exigidas por todos los elementos honrados del ejército, sin adoptar medidas para aliviar la desesperada situación de los reservistas y respondiendo tan sólo con la acentuación del rigor policiaco-cuartelero a las reivindicaciones de los soldados y marinos;

Reconocemos y proponemos que el Congreso reconozca:

1) que la insurrección armada es en el momento presente no sólo un procedimiento necesario de lucha por la libertad, sino una fase del movimiento alcanzada ya de hecho, la cual, en virtud de la acentuación y agudización de la nueva crisis política, inaugura el paso de las formas defensivas a las formas ofensivas de la lucha armada;

2) que la huelga general política debe ser considerada en el presente momento del movimiento menos como un medio independiente de lucha que como un medio auxiliar con respecto a la insurrección; que, por consiguiente, la elección del momento para una huelga semejante, la elección del lugar y de las ramas del trabajo que debe abarcar, es de desear que se subordinen al momento y a las condiciones de la forma principal de lucha, de la insurrección armada;

3) que en el trabajo de propaganda y agitación del Partido debe dedicarse una mayor atención al estudio de la experiencia práctica de la insurrección de diciembre, a la crítica militar de la misma y a extraer las enseñanzas que directamente se desprenden de ella para el futuro;

4) que hay que desarrollar con mayor energía aún la actividad tendiente a aumentar el número de equipos de combate, mejorar su organización y su aprovisionamiento con toda clase de armas; además, según indica la experiencia, hay que organizar no sólo equipos de combate del Partido, sino también equipos afectos al Partido y otros que sean completamente sin partido;

5) que es necesario reforzar el trabajo entre las tropas, teniendo para esto en cuenta que, a fin de conseguir el éxito del movimiento, no es suficiente la sola efervescencia entre las tropas, sino que es necesario el acuerdo directo con los elementos organizados y democráticos revolucionarios del ejército, con el objeto de llegar a las acciones ofensivas más enérgicas contra el gobierno;

6) que en vista del desarrollo del movimiento campesino, que puede en el futuro más próximo transformarse en una insurrección total, es de desear dirigir los esfuerzos hacia la unificación de las acciones de los obreros y campesinos para organizar, con arreglo a las posibilidades, movimientos militares conjuntos y simultáneos.

Considerando:

1) que desde los tiempos de la insurrección de diciembre, casi en ninguna parte de Rusia han cesado del todo las acciones militares, que se expresan ahora por parte del pueblo revolucionario en forma de ataques aislados de guerrilleros contra el enemigo;

2) que tales acciones de guerrillas, inevitables dada la existencia de dos fuerzas armadas hostiles y dado el desenfreno de la represión militar temporalmente triunfante, sirven al mismo tiempo para la desorganización del adversario y preparan las inminentes acciones armadas abiertas y de masas;

3) que semejantes acciones son asimismo necesarias para la educación combativa y para la instrucción militar de nuestros equipos de combate, que durante la insurrección de diciembre demostraron estar en numerosas localidades no preparados en la práctica para la nueva empresa.

Reconocemos y proponemos que el Congreso reconozca:

1) que el Partido debe reconocer las acciones militares de guerrilleros de los equipos de combate que pertenecen al mismo o que le son afectos, como admisibles en principio y convenientes en el presente período;

2) que las acciones militares de guerrilleros deben ser conformadas por su carácter con las tareas de educar los cuadros de dirigentes de las masas obreras durante la insurrección y estudiar la experiencia de las acciones militares ofensivas y súbitas;

3) que hay que reconocer como la principal tarea inmediata de tales acciones la destrucción de los aparatos gubernamental, policiaco y militar y la lucha despiadada contra las organizaciones activas de las «Centurias Negras», que recurren a la violencia contra la población y al atemorizamiento de ésta;

4) que son permisibles también las acciones armadas para la captura de medios pecuniarios pertenecientes al adversario, es decir, al gobierno autocrático, y para destinar estos medios a cubrir las necesidades de la insurrección; además, es necesario atender seriamente a que sean lesionados lo menos posible los intereses de la población;

5) que las acciones militares de guerrilleros deben realizarse bajo el control del Partido y, además, de forma que las fuerzas del proletariado no se malgasten en vano y que se tengan en cuenta las condiciones del movimiento obrero de cada localidad y el estado de espíritu de las amplias masas.

V. I. Lenin, Ob. compl., t. IX, págs. 41-43 ed, rusa.

Escrito a comienzos de marzo de 1906.

LA LUCHA DEL PUEBLO UCRANIANO CONTRA LA INVASION ALEMANA EN 1918

J. Stalin

EL NUDO UCRANIANO

A fines de febrero, todavía antes de la conclusión de la paz con Alemania, el Secretariado del Pueblo de la República Soviética de Ucrania envió una delegación a Brest con la declaración de que estaba dispuesto a suscribir el tratado con la coalición alemana, concertado por la antigua Rada de Kíev [19].

El representante del mando alemán en Brest, el famoso Hofmann, no recibió a la delegación del Secretariado del Pueblo, declarando que no veía la necesidad de sostener conversaciones de paz con este último.

Al mismo tiempo, las fuerzas de choque alemanas y austro-húngaras, conjuntamente con los destacamentos de «gaidamakis» de Petliura y Vinnichenko, invadieron la Ucrania Soviética.

Nada de paz, sino guerra contra la Ucranía Soviética: tal es el sentido de la respuesta de Hofmann.

Según el tratado firmado por la antigua Rada de Kíev, Ucrania debe entregar a Alemania hasta fines de abril 30 millones de puds de trigo. No hablamos ya aquí de la «libre exportación de mineral de hierro», exigida por Alemania.

El Secretariado del Pueblo de la Ucrania Soviética conocía, indudablemente, este punto del tratado y sabía el paso que daba, cuando expresó oficialmente su conformidad en suscribir la paz de Vinnichenko.

Sin embargo, el gobierno alemán, en la persona de Hofmann, se negó a entrar en negociaciones de paz con el Secretariado del Pueblo, reconocido por todos los Soviets de Ucrania, urbanos y rurales. Prefirió la alianza con los muertos, la alianza con la derrocada y expulsada Rada al tratado de paz con el Secretariado del Pueblo, reconocido

por el pueblo ucraniano, el único capaz de dar la «cantidad necesaria» de trigo.

Esto significa que la invasión austro-alemana tiene como fin no sólo recibir trigo, sino también, y principalmente, derrocar el Poder Soviético en Ucrania y restaurar el viejo régimen burgués.

Esto significa que no sólo quieren sacar de Ucrania millones de puds de trigo, sino que intentan aún arrebatar sus derechos a los obreros y campesinos ucranianos, arrancándoles el Poder conquistado con su sangre y entregándolo a los terratenientes y capitalistas.

Los imperialistas de Austria y de Alemania aportan en sus bayonetas un nuevo e infamante yugo, que no es en nada mejor que el viejo yugo tártaro: tal es el sentido de la invasión desde el Occidente.

Esto lo comprende, por lo visto, el pueblo ucraniano, que se prepara febrilmente para oponer resistencia. La formación del Ejército Rojo campesino, la movilización de la Guardia Roja obrera, una serie de afortunados encuentros con los violadores «civilizados» después de las primeras reacciones de pánico, la recuperación de Bajmach, Konotop, Nezhin y la aproximación a Kíev, el entusiasmo cada día creciente de las masas, que acuden por millares al combate contra los opresores: así responde la Ucrania popular a la invasión de los violadores.

Contra el yugo extranjero que viene de Occidente, la Ucrania Soviética se alza a la guerra *patria* de liberación: tal es el sentido de los acontecimientos que se desarrollan en Ucrania.

Esto significa que cada pud de trigo y cada trozo de metal tendrán que tomarlo los alemanes en combate, como resultado de una lucha desesperada con el pueblo ucraniano.

Esto significa que Ucrania debe ser conquistada de punta a cabo para que los alemanes reciban trigo y sienten en el trono a Petliura y Vinnichenko.

El «fulminante golpe» con el que los alemanes pensaban matar dos pájaros de un tiro (recibir trigo y destrozar a la Ucrania Soviética), tiene todas las probabilidades de convertirse en una guerra prolongada de los opresores extranjeros contra los 20 millones de ucranianos, a los que quieren arrebatar el trigo y la libertad.

¿Hace falta añadir que los obreros y campesinos ucranianos no regatearán sus fuerzas para la lucha heroica contra los violadores «civilizados»?

¿Hace falta, además, señalar que la guerra *patria*, iniciada en Ucrania, tiene todas las posibilidades de contar con la ayuda completa de toda la Rusia Soviética?

¿Y que ocurrirá si la guerra en Ucrania, al tomar un carácter de guerra prolongada, se convierte al fin en una guerra de todo lo que hay de honrado y noble en Rusia contra el nuevo yugo que viene de Occidente?

¿Y qué ocurrirá si los obreros y soldados alemanes, en el curso de semejante guerra, comprenden al fin que los capitostes de Alemania están guiados no por el objetivo de la «defensa de la patria alemana», sino por la simple insaciabilidad de la voraz fiera imperialista, y, comprendiendo esto, deducen las correspondientes conclusiones prácticas?

¿No se desprende claramente de esto que allí, en Ucrania, se forma ahora el nudo fundamental de toda la actualidad internacional: el nudo de la revolución obrera, iniciada en Rusia, y de la contrarrevolución imperialista, que viene de Occidente?

La voraz fiera imperialista se romperá la espina dorsal en la Ucrania soviética: ¿no conduce a esto ahora la lógica inexorable de los acontecimientos?...

«Isvestia del C.E.C. de Rusia»,
núm. 47, del 14 de marzo de 1918.

J. Stalin

DISCURSO RADIADO DEL 3 DE JULIO DE 1941

¡Camaradas! ¡Ciudadanos!
¡Hermanos y hermanas!
¡Combatientes de nuestro Ejército y nuestra Marina!
¡A vosotros me dirijo, amigos míos!

La pérfida agresión militar de la Alemania hitleriana contra nuestra Patria, comenzada el 22 de junio, continúa. A pesar de la heroica resistencia del Ejército Rojo, a pesar de que las mejores divisiones del enemigo y sus mejores unidades de aviación ya están destruídas y han encontrado su tumba en los campos de batalla, el enemigo continúa arremetiendo, lanzando nuevas fuerzas al combate. Las tropas hitlerianas lograron apoderarse de Lituania, de una parte considerable de Letonia, de la parte occidental de Bielorrusia y de parte de la Ucrania occidental. La aviación fascista ensancha su radio de acción: bombardea Murmansk, Orsha, Moguilev, Smolensk, Kíev, Odesa, Sebastópol. Un grave peligro se ha cernido sobre nuestra Patria.

¿Cómo ha podido ocurrir que nuestro glorioso Ejército Rojo haya cedido a las tropas fascistas una serie de ciudades y regiones nuestras? ¿Serán realmente invencibles las fuerzas fascistas alemanas, como proclaman hasta el hartazgo los jactanciosos propagandistas fascistas?

¡Claro que no! La historia demuestra que no hay y no ha habido ejércitos invencibles. El ejército de Napoleón era considerado invencible, pero fué derrotado alternativamente por las tropas rusas, inglesas y alemanas. El ejército alemán de Guillermo II, en el período de la primera guerra imperialista, también era considerado invencible, pero más de una vez fué batido por las tropas rusas y anglofrancesas y, por último, fué derrotado completamente por las tropas anglofrancesas. Lo mismo hay que decir del actual ejército fascista alemán de Hitler. En el continente europeo, este ejército no se había encontrado todavía con una resistencia seria. Unicamente en nuestro territorio se le ha opuesto esa resistencia. Y si, a consecuencia de esta resistencia, las mejores divisiones del ejército fascista alemán han sido destruídas por nuestro Ejército Rojo, esto quiere decir que el ejército fascista de Hitler también puede ser derrotado y será derrotado, como fueron derrotados los ejércitos de Napoleón y Guillermo.

En lo que respecta al hecho de que parte de nuestro territorio haya resultado, no obstante, invadido por las fuerzas fascistas alemanas, se explica, principalmente, porque la Alemania fascista co-

menzó la guerra contra la U.R.S.S. en condiciones favorables para las fuerzas alemanas y desfavorables para las soviéticas. Es que las tropas de Alemania, como país que estaba en guerra, se encontraban ya íntegramente movilizadas, y las 170 divisiones lanzadas por Alemania contra la U.R.S.S. y concentradas en las fronteras de nuestro país, se hallaban completamente listas, esperando solamente la señal de empezar las operaciones, mientras que las fuerzas soviéticas tenían que ser movilizadas y llevadas a la frontera. De no poca importancia ha sido también el hecho de que la Alemania fascista ha violado, inesperada y pérfidamente, el pacto de no agresión concertado con la U.R.S.S. en 1939, sin importarle que todo el mundo la considerara como la parte agresora. Naturalmente, nuestro país, amante de la paz, no deseando tomar la iniciativa en la violación del pacto, no podía lanzarse por el camino de la traición.

Pueden preguntarnos: ¿cómo ha podido ocurrir que el Gobierno soviético se haya avenido a concertar un pacto de no agresión con gente tan felona y tan monstruosa como Hitler y Ribbentrop? ¿No habrá habido en esto un error por parte del Gobierno soviético? ¡Claro que no! Un pacto de no agresión es un tratado de paz entre dos Estados. Tal pacto, precisamente, nos propuso Alemania en 1939. ¿Podía el Gobierno soviético rechazar esta proposición? Yo creo que ningún país pacífico puede rechazar un tratado de paz con una potencia vecina, incluso cuando esa potencia está encabezada por unos monstruos y caníbales como Hitler y Ribbentrop. Pero, naturalmente, bajo una condición inexcusable: cuando este tratado de paz no atente ni directa ni indirectamente contra la integridad territorial, la independencia y el honor del país pacífico. Como es sabido, el pacto de no agresión entre Alemania y la U.R.S.S. ha sido, precisamente, un pacto de esta naturaleza.

¿Qué es lo que hemos ganado al concertar con Alemania el pacto de no agresión? Hemos asegurado a nuestro país la paz durante año y medio y le hemos dado la posibilidad de preparar sus fuerzas para rechazar a la Alemania fascista, si, a pesar del pacto, se arriesgaba a agredir a nuestro país. Esto ha sido una ganancia segura para nosotros y una pérdida para ella.

¿Qué es lo que ha ganado y qué es lo que ha perdido la Alemania fascista al violar traidoramente el pacto y al llevar a cabo su agresión contra la U.R.S.S.? Ha conseguido con esto cierta situación ventajosa para sus tropas durante un plazo breve, pero ha perdido políticamente, desenmascarándose ante todo el mundo como un agresor sanguinario. No cabe la menor duda de que esta ventaja militar, poco duradera para Alemania, no representa más que un episodio, mientras que la enorme ventaja política para la U.R.S.S. es un factor serio y duradero, a base del cual deberán desarrollarse

los éxitos militares decisivos del Ejército Rojo en la guerra contra la Alemania fascista.

He aquí por qué todo nuestro heroico Ejército, toda nuestra valerosa Marina de Guerra, todos nuestros pilotos-águilas, todos los pueblos de nuestro país, los mejores hombres de Europa, América y Asia y, por último, los mejores hombres de Alemania condenan los alevosos hechos de los fascistas germanos y tratan con simpatía al Gobierno soviético; ellos aprueban la conducta del Gobierno soviético y ven que nuestra causa es justa, que el enemigo será derrotado, que nosotros debemos vencer.

En virtud de la guerra que nos ha sido impuesta, nuestro país ha entablado un duelo a muerte con su enemigo más enconado y vil: el fascismo alemán. Nuestras fuerzas luchan heroicamente contra un enemigo armado hasta los dientes de tanques y aviación. El Ejército Rojo y la Marina Roja, venciendo innumerables dificultades, luchan abnegadamente por cada palmo de tierra soviética. Está entrando en combate el grueso de las fuerzas del Ejército Rojo, provistas de miles de tanques y aviones. El valor de los combatientes del Ejército Rojo es incomparable. Nuestra resistencia frente al enemigo crece y se hace cada vez más tenaz. Junto con el Ejército Rojo, todo el pueblo soviético se levanta en defensa de la Patria.

¿Qué es lo que hace falta para conjurar el peligro que se ha cernido sobre nuestra Patria y qué medidas deben adoptarse para aplastar al enemigo?

Ante todo es necesario que nuestro pueblo, los ciudadanos soviéticos, comprendan toda la gravedad del peligro que amenaza a nuestro país, que abandonen la placidez, la despreocupación, el estado de ánimo propio del período de construcción pacífica, estado de ánimo muy comprensible antes de la guerra, pero funesto actualmente, cuando ésta ha cambiado radicalmente la situación. El enemigo es cruel e implacable. Se propone conquistar nuestras tierras, regadas con nuestro sudor, apoderarse de nuestro trigo y de nuestro petróleo, fruto de nuestro trabajo. Se propone restaurar el Poder de los terratenientes, restaurar el zarismo, destruir la cultura nacional y la organización estatal nacional de los rusos, ucranianos, bielorrusos, lituanos, letones, estonianos, usbekos, tártaros, moldavos, georgianos, armenios, azerbaidzhanos y de los demás pueblos libres de la Unión Soviética, germanizarlos y convertirlos en esclavos de los príncipes y barones alemanes. Es, pues, cuestión de vida o muerte para el Estado soviético, cuestión de vida o muerte para los pueblos de la U.R.S.S. Se trata de que los pueblos de la Unión Soviética sean libres o que sean reducidos a la esclavitud. Es preciso que los ciudadanos soviéticos se compenetren de ello y abandonen la despreocupación, que se movilicen y que reorganicen toda su labor, impri-

miéndole un carácter nuevo, un carácter bélico, despiadado para con el enemigo.

Es necesario, además, que en nuestras filas no haya lugar para los llorones y cobardes, para los alarmistas y desertores; es preciso que nuestro pueblo desconozca el miedo en la lucha y se incorpore abnegadamente a nuestra guerra patria de liberación contra los esclavizadores fascistas. El gran Lenin, fundador de nuestro Estado, decía que el principal rasgo de los hombres soviéticos debe ser la valentía, la intrepidez, el desconocimiento del miedo en la lucha, la disposición de combatir en las filas del pueblo contra los enemigos de nuestra Patria. Es preciso que esta magnífica calidad del bolchevique se haga extensiva a los millones y millones de hombres de nuestro Ejército Rojo y de nuestra Marina Roja y a todos los pueblos de la Unión Soviética.

Debemos reorganizar inmediatamente toda nuestra labor de acuerdo con las necesidades de la guerra, subordinándolo todo a los intereses del frente y a las tareas relacionadas con la organización del aniquilamiento del enemigo. Los pueblos de la Unión Soviética ven ahora que el fascismo alemán es indomable en su rabia furiosa y en su odio hacia nuestra Patria, que había asegurado a todos los trabajadores el libre trabajo y el bienestar. Los pueblos de la Unión Soviética deben ponerse en pie para defender sus derechos y su suelo contra el enemigo.

El Ejército Rojo, la Marina Roja y todos los ciudadanos de la Unión Soviética deben defender cada palmo de la tierra soviética, deben luchar hasta la última gota de sangre por nuestras ciudades y aldeas, dar muestras de valor, perspicacia e iniciativa, inherentes a nuestro pueblo.

Debemos organizar la ayuda amplia y múltiple al Ejército Rojo, asegurar el intenso reforzamiento de sus filas, asegurar su abastecimiento con todo lo necesario, organizar el tráfico rápido de los trenes con tropas y material de guerra, así como una amplia asistencia a los heridos.

Debemos consolidar la retaguardia del Ejército Rojo, subordinando a esta tarea toda nuestra labor; asegurar el trabajo intenso en todas las empresas, producir más fusiles, ametralladoras, cañones, cartuchos, proyectiles y aviones, organizar la custodia de las fábricas, de las centrales eléctricas, del enlace telefónico y telegráfico y la defensa antiaérea local.

Debemos organizar una lucha despiadada contra toda clase de perturbadores de la retaguardia, desertores, sembradores de pánico, bulistas. Debemos aniquilar a los espías, a los diversionistas, a los paracaidistas del enemigo, prestando en esta tarea una rápida ayuda a nuestros batallones de caza. Es preciso tener en cuenta que el ene-

migo es vil, astuto y experto en el engaño y en la difusión de rumores falsos. Hay que tomar en consideración todo esto y no caer en los lazos de la provocación. Es preciso someter inmediatamente al Tribunal de Guerra a todo aquel, quienquiera que sea, que con su pánico y cobardía obstaculice la causa de la defensa.

En el caso de repliegue forzoso de las unidades del Ejército Rojo, es necesario llevar a la retaguardia todo el material rodante del servicio ferroviario, no dejar al enemigo ni una sola locomotora, ni un solo vagón; no dejar al enemigo ni un kilogramo de trigo, ni un litro de combustible. Los koljosianos deben llevar a la retaguardia todo el ganado y entregar el trigo a los órganos del Estado para su custodia y transporte a las regiones situadas en la retaguardia. Todos los bienes de valor, incluso los metales no ferruginosos, el trigo y el combustible que no puedan ser llevados, deben destruirse sin falta

En las regiones ocupadas por el enemigo hay que organizar destacamentos de guerrilleros, a pie y a caballo, formar grupos de diversionistas para la lucha contra las unidades del ejército enemigo, para encender en todas partes la guerra de guerrillas, para volar los puentes, las carreteras, inutilizar las líneas telefónicas y telegráficas, incendiar los bosques, los depósitos, los convoyes. En las regiones ocupadas hay que crear condiciones insoportables para el enemigo y todos sus cómplices; hay que perseguirlos y aniquilarlos siempre y en todas partes, haciendo fracasar todas sus empresas.

La guerra contra la Alemania fascista no debe considerarse como una guerra corriente. No es solamente una guerra entre dos ejércitos. Es, al mismo tiempo, la gran guerra de todo el pueblo soviético contra las tropas fascistas alemanas. La finalidad de esta guerra patria de todo el pueblo contra los opresores fascistas no se reduce únicamente a la conjuración del peligro que se ha cernido sobre nuestro país, sino que implica la ayuda a todos los pueblos de Europa que gimen bajo el yugo del fascismo alemán. En esta guerra de liberación no estaremos solos. En esta gran guerra tendremos aliados fieles, representados por los pueblos de Europa y América, incluso por el pueblo alemán, sojuzgado por los cabecillas hitlerianos. Nuestra guerra por la libertad de la Patria se fundirá con la lucha de los pueblos de Europa y América por su independencia, por las libertades democráticas. Será un frente único de los pueblos que luchan por la libertad y contra el sojuzgamiento y la amenaza de sojuzgamiento por los ejércitos fascistas de Hitler. En relación con esto, el histórico discurso del Primer Ministro de la Gran Bretaña, señor Churchil, sobre la ayuda a la Unión Soviética y la declaración del gobierno de los EE.UU. sobre la disposición de acudir en ayuda de nuestro país — que sólo pueden engendrar un sentimiento de agradecimiento en los corazones

de los pueblos de la Unión Soviética — son completamente claros y demostrativos.

Camaradas: Nuestras fuerzas son incalculables. El engreído enemigo se convencerá bien pronto de ello. Junto con el Ejército Rojo se levantan a la guerra contra el enemigo que nos ha agredido muchos miles de obreros, koljosianos e intelectuales. Las masas de millones de seres de nuestro pueblo se pondrán en pie. Los trabajadores de Moscú y Leningrado ya han comenzado a crear las milicias populares, a las que se incorporan muchos miles de ciudadanos, en ayuda del Ejército Rojo. En cada ciudad amenazada por la invasión del enemigo debemos crear esa milicia popular, poner en pie para la lucha a todos los trabajadores, que con su pecho defenderán su libertad, su honor y su país natal en nuestra guerra patria contra el fascismo alemán.

A los fines de una rápida movilización de todas las fuerzas de los pueblos de la U.R.S.S. y para oponer resistencia y rechazar al enemigo que ha agredido pérfidamente a nuestra Patria, ha sido creado el Comité de Defensa del Estado, en cuyas manos se concentra ahora toda la plenitud del Poder. El Comité de Defensa del Estado ha comenzado ya a actuar y exhorta a todo el pueblo a agruparse en torno al Partido de Lenin y Stalin, en torno al Gobierno soviético, para el apoyo abnegado al Ejército Rojo y a la Marina Roja, para el aplastamiento del enemigo, para la victoria.

¡Todas nuestras fuerzas en ayuda de nuestro heroico Ejército Rojo y de nuestra gloriosa Marina Roja!

¡Todas las fuerzas del pueblo para el aplastamiento del enemigo!

¡Adelante, por nuestra victoria!

NOTAS

(1) «Fritz»: príncipe y general prusiano Federico-Carlos Hohenzollern. Durante la guerra franco-prusiana de 1870-1871 mandó el ejército que operó en Lorena y en la región del Loira (pag. 15).

(2) Kadetes — o demócratas constitucionales —: miembros del partido de la burguesía liberal-monárquica rusa, fundado en el año 1905 (pág. 49.).

(3) «Bessaglavtsi»: colaboradores y partidarios de la revista semanal «Bes Saglavia» («Sin Título»), que apareció en 1906 en Petersburgo. Los «bessaglàvtsi» apoyaban a los liberales y a los mencheviques y se oponían a la actuación política independiente del proletariado (pág. 49).

(4) Blanquismo: derivado del nombre del revolucionario francés Augusto Blanqui (1805-1881), que sostenía erróneamente que, por medio de conjuraciones de un puñado de revolucionarios, sin contacto con las masas y sin el apoyo de éstas, se podía cambiar el régimen social (pág. 51).

(5) P.P.S. (Partido Socialista Polaco): partido pequeñoburgués nacionalista de Polonia, fundado en 1892. Encubriéndose en una fraseología socialista, la dirección del P.P.S. tendía a separar a los obreros polacos de los obreros rusos y socavar así la unidad de la lucha revolucionaria contra el zarismo (pág.54).

(6) Se tiene aquí en cuenta la ejecución del general-gobernador de Moscú gran duque Serguei Alexándrovich por el terrorista socialrevolucionario Kaliáev, en 1905 (pág. 57).

(7) III Congreso del P.O.S.D.R. Se celebró en Londres en abril de 1905. El Congreso condenó a los mencheviques, como «una parte que se había separado del Partido» (los mencheviques no asistieron al Congreso y convocaron una Conferencia aparte en Ginebra). En el III Congreso fué acordada la táctica del Partido en la revolución democrática que comenzaba (pág. 65).

(8) «Zemstvo»: Llamábanse así los órganos locales de administración en la Rusia prerrevolucionaria. Los zemstvos entendían en los asuntos puramente locales, que atañían a la población rural (construcción de caminos, hospitales y escuelas). En ellos desempeñaron un papel destacado los terratenientes liberales (pág 71).

(9) «¿Qué hacer?»: famoso libro de V. I. Lenin, que vió la luz en marzo de 1902. Los principios teóricos expuestos en «¿Qué hacer?» sirvieron de fundamento a la ideología del Partido bolchevique (pag. 85).

(10) «Iskra»: primer periódico ilegal marxista para toda Rusia, fundado por Lenin en diciembre de 1900. Se imprimía en el extranjero y se difundía clandestinamente en Rusia.

La «Iskra» de los años 1900-1903 es conocida en la historia como la «vieja» «Iskra», la «Iskra» «leninista». Preparó en el terreno ideológico y de organización la formación del Partido bolchevique. En noviembre de 1903 (a partir del número 52) los mencheviques se apoderaron dela «Jskra» y pasaron a propugnar desde sus columnas sus puntos de vista oportunistas. Desde entonces se comenzó a hablar de la «nueva» «Iskra» (menchevique) (pàg. 85).

(11) Revista «Rabocheie Dielo», órgano de prensa de la «Unión de socialdemócratas rusos en el extranjero», editado de 1899 a 1902 en Ginebra. Uno de sus redactores fué Martínov. La revista mantenía los puntos de vista de los llamados «economistas», partidarios de la corriente oportunista en la socialdemocracia rusa a fines del siglo XIX y comienzos del XX, los cuales negaban la lucha política de la clase obrera y reconocían únicamente su lucha económica (de aquí la denominación de «economistas») por sus intereses cotidianos (pág. 85).

(12) Kifa Mokiévich: uno de los personajes de la obra del escritor ruso Gógol «Las almas muertas». Pasaba sus días absorto en «profundas» y estériles meditaciones (pág. 86).

(13) Subátov, coronel de la gendarmería, jefe de la «Ojrana» de Moscú: creó bajo la tutela de la policía organizaciones obreras falsas con el fin de apartar a los obreros del movimiento revolucionario (pág. 88).

(14) «Reunión de los obreros»: se alude a la organización del tipo de las de Subátov, creada en 1904 por el cura provocador Gapón («Reunión de los obreros fabriles rusos de Petersburgo») (pág. 88).

(15) Tropas de la Vandée, es decir, tropas contrarrevolucionarias. El departamento de la Vandée, en la Francia occidental, fué uno de los focos de los levantamientos contrarrevolucionarios durante la revolución burguesa de Francia a fines del siglo XVIII (pág.95).

(16) Dubásov, general-gobernador de Moscú, es conocido por su cruel represión de la insurrección armada de los obreros de Moscú en diciembre de 1905 (pág. 98).

(17) «Acuarium»: parque de verano y teatro en Moscú; en 1905 servía ordinariamente de lugar de celebración de mítines revolucionarios (pág. 99).

(18) Bulyguin, ministro de Asuntos Interiores, autor del proyecto de decreto de convocatoria de una Asamblea representativa (la Duma de Estado) de carácter consultivo. Bajo la presión de los acontecimientos revolucionarios del otoño de 1905 el gobierno zarista se vió obligado a desistir de este proyecto y prometer la convocatoria de la Duma de Estado investida de atribuciones legislativas (pag. 108).

(19) Rada de Kíev—Rada Central—: gobierno contrarrevolucionario de Ucrania en los años 1917-1918, que colaboró activamente con los ocupantes alemanes (pág. 111).

La impresión de esta obra se realizó, para Ediciones Libro Abierto, en los talleres de Gráficas Mundo Nuevo, en junio de 1976.

Los textos que la integran se tomaron de la edición original soviética, publicada a fines de la Segunda Guerra Mundial.